EL HOMBRE-MONO

Y LOS

PRECURSORES DE ADÁN

ANTE LA

CIENCIA Y LA TEOLOGÍA

POR

FR. DIERCKX, S. J.

OPÚSCULO TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR JOSÉ FUSTER TOMÁS

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.

1895

ES PROPIEDAD

1.306 — ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE AGUSTÍN AVRIAL
Calle de San Bernardo, núm. 92.

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN.... 1

CAPITULO PRIMERO.

El hombre mono según Darwin y Haeckel.

I.—Retrato del hombre-mono 5
II.—Genealogía..... 8
III.—Crítica de la genealogía de Haeckel..... 15
a) La generación espontánea..... 17
b) El encadenamiento de las especies.... 24

CAPITULO II.

El hombre-mono y la paleontología.

I.—La sucesión de los fósiles y la evolución... 33
II.—El hombre y los monos fósiles..... 42
III.—Los cráneos fósiles del hombre cuaternario..... 51

CAPITULO III.

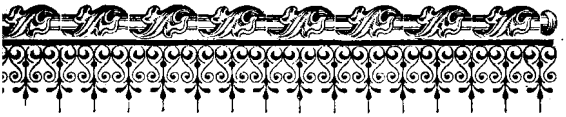
El hombre-mono, la anatomía y la fisiología.

I.—Exposición de la cuestión..... 55
II.—El cerebro, la microcefalia y el atavismo.. 60
III.—Los órganos rudimentarios 73
IV.—Semejanzas anatómicas entre el hombre y los monos..... 78
V.—Nuestro inmediato antecesor..... 85
VI.—La embriogenia y la evolución. 92

CAPITULO IV.

El hombre-mono y los precursores de Adán ante la Teología.

I.—Tendencias religiosas de Darwin y Haeckel..... 101
II.—El transformismo y la fe católica.. 107
III.—Los peadamitas y la Biblia..... 110
IV.—El cuerpo humano y la evolución..... 118
a) Sistema de M. Mivart.—La Sagrada Escritura y la tradición católica..... 120
b) El sistema de M. Mivart justificado por el P. Leroy..... 132
Conclusión..... 151



INTRODUCCIÓN

Las últimas investigaciones de la Geología y las hipótesis darwinistas han despertado en esta segunda mitad del siglo XIX un movimiento de ideas tan extraño respecto de los primeros capítulos del Génesis, que seguramente formará época en los fastos de la controversia religiosa.

Pretenden los escépticos y adversarios de lo sobrenatural que los progresos científicos les han proporcionado un arsenal de objeciones contra la revelación cristiana. De ser cierto lo que afirman, "La teología no encontrará en las ciencias los argumentos necesarios para probar la certeza de los principios que proclama, siendo, por el contrario, muchos los errores de

importancia en que han incurrido los observadores por haber admitido como axiomas dogmas católicos sin prueba ni experimentación [1].„

Los intérpretes de las Sagradas Escrituras, por su parte, no han permanecido ociosos, y han defendido la integridad del dogma, explicando la cosmogonía de Moisés y poniendo de manifiesto los puntos falsos contra los ataques de la impiedad. A medida que los conocimientos humanos van perfeccionándose, preciso es confesar que la ciencia moderna debe considerarse como la mejor aliada de la Religión, lejos de ser su adversaria; gran número de católicos va hoy, en efecto, al frente del movimiento científico universal.

Muchos de los descubrimientos en Arqueología y Paleontología son debidos, según reconoce la escuela materialista, á distinguidos sacerdotes y religiosos, y el alto clero ha fundado en distintas épocas varias secciones especiales de antropología, admitiendo y aceptando las hipótesis fundadas y racionales [2].

Las perplejidades pasadas tienen su lógica explicación. Ha sido preciso abandonar ideas

1 Ernesto Haeckel: «Historia de la creación, según las leyes naturales», 1874.—Prólogo de C. Martins, pág XXVII.

2 Du Cleuziou: «La Creación del hombre y las edades primitivas de la humanidad», 1887, pág. 50.

preconcebidas que se consideraban inseparables de la revelación, ya que la obscuridad de los libros sagrados hace que el origen de la vida, la formación del mundo y la aparición del hombre en la superficie de la tierra, estén envueltos, á pesar de los descubrimientos recientes, en el más profundo misterio. Admítense hoy en día hipótesis muy variadas para satisfacer á las dudas, y no son pocos los ensayos de conciliación entre la ciencia y el Génesis que han aparecido en pública luz.

Por estas razones hemos creído conveniente recoger en este opúsculo las conclusiones mejor fundadas, y con ellas definir el estado actual de la contienda sobre la formación del hombre. Tiene el dogma de la creación de Adán enlace tan íntimo con el destino final de la humanidad, que no es extraño haya inquietado desde un principio á la escuela materialista, la que no ha perdido medio de crear una nueva doctrina sobre este particular.

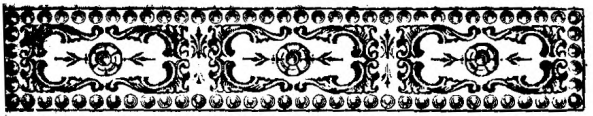
En 1888 decía con gran fundamento el canónigo Duilhé de Saint-Projet, catedrático del Instituto Católico de Tolosa: "El problema antropológico es el que más vivamente se discute en la actualidad. Algunos hombres eminentes, que han logrado formar escuela y arrastran en pos de sí muchos discípulos, no parece tengan otra

mira sino borrar los caracteres indestructibles del alma humana, negando ser creación especial de Dios y mostrándola cual si fuese el término actual de una continua evolución [1].„

Vamos á ver las razones aducidas por estos sabios; la confesión de un enemigo vale más que una disertación extensa, pues evita largas y minuciosas discusiones. En el estado actual de la ciencia sería, por otra parte, punto menos que imposible dar rigurosamente demostraciones científicas en pro ó en contra del asunto. Nos limitaremos, por lo tanto, á seguir paso por paso á los corifeos del transformismo y á los decididos emisarios del librepensamiento en la exposición de las dudas que propalan con motivo del aparecimiento evolucionista de nuestros mayores, concediéndoles de buen grado lo que no comprometa la ortodoxia, siquiera no esté completamente demostrado.

Aún continúa incólume la primera página del texto mosaico, ni ha podido ser sustituido el dogma de la creación de Adán por el criterio materialista que nos emparenta con el mono.

1 Relación, tomo II, pág. 621.



CAPÍTULO PRIMERO.

El hombre-mono según Darwin y Haeckel.

I

RETRATO DEL HOMBRE-MONO.

L hombre desciende de un animal menos perfecto. Es el último término de una serie de tipos, derivados unos de otros por modificaciones sucesivas, según las conocidas leyes del transformismo; en una palabra, á semejanza de los otros mamíferos, tiene sus ascendientes en la escala zoológica. Esta conclusión deduce Darwin en su célebre obra *La Descendencia del Hombre*, que vió la luz pública en 1871. A pesar de que en la actualidad no existe el tipo que sirvió de transición, pues ha debido desaparecer, como sucedió á otras especies, he aquí la pintura que de él nos hace el padre del transformismo:

"Los primeros abuelos del hombre estaban cubiertos de pelos; los dos sexos llevaban barba; sus orejas eran puntiagudas y movibles; te-

nían una cola provista de músculos propios. Los pies debían de ser (como lo indica el estado del dedo pulgar en el feto) prensiles, y nuestros ascendientes tenían sin duda los árboles por morada habitual, en país cálido y cubierto de bosque. Los machos poseían grandes caninos que les servían de formidables defensas [1].„

Ernesto Haeckel, catedrático de Zoología en la Universidad de Jena, añade á la pintura algunos perfiles: "El cráneo, dice, de nuestro progenitor era muy prolongado, la cara muy proeminente. Sus cabellos lanudos y la piel negra ó muy obscura, todo el cuerpo cubierto de más pelo que cualquier raza humana actual. Los brazos, más largos y más robustos; al revés las piernas, más cortas y delgadas, sin pantorrillas. La actitud algo inclinada, y las rodillas muy dobladas.

„Este hombre-mono debió de vivir á fines de la época terciaria. Se originó de los antropoideos (orang, gibbon, gorila, chimpanzé), en virtud de la costumbre de andar erguido, y por la diversa disposición de los dos pares de extremidades. El par anterior se volvió manos en el hombre, el par posterior quedóse pies. Aunque estos hombres-monos fuesen, no sólo por su configuración externa, más aún por el desarrollo de sus potencias intelectuales, más parecidos al hombre verdadero que todos los antropoideos, faltábales, sin embargo, la señal

1 Darwin: «La Descendencia del hombre». — Traducción francesa de Moulinié, 1872, tomo I, pág. 122.—Véase tomo II, pág. 408.

característica de hombre, el lenguaje articulado, y juntamente el desenvolvimiento de la inteligencia y de la conciencia del yo, que le es inseparable [1].»

Los partidarios del darwinismo muestran una inventiva digna de los grandes poetas. Hovelacque [2], director de la Escuela Antropológica de París, tomando por base los rasgos descritos por Darwin y Haeckel, y comparando los caracteres de los monos superiores con los de las razas humanas menos civilizadas, ha dibujado un retrato del *ser* que hubo de anteceder al hombre en la escala zoológica.

Finalmente, Camilo Flammarión, intrépido propagandista de muchos conocimientos científicos, sobre los cuales, sin embargo, *poetiza* más de lo que fuera de desear, ha publicado en la *Biblioteca popular* un grabado representando al hombre-mono, sobre cuya existencia, errante y primitiva, da los más novelescos pormenores [3].

Dejemos estas fantasías con sus alardes de científicas, y démonos prisa á establecer el árbol genealógico del hombre.

1 Haeckel: «Historia de la creación», páginas, 614, 585.
2 «Nuestro ascendiente», 2.ª edic., 1877.
3 Du Cleuziou, ob. cit., pág. 88.

II

GENEALOGÍA.

El afán de subordinar las nociones suministradas por la experiencia á hipótesis preconcebidas, obliga á Darwin á practicar esfuerzos inauditos, apareciendo sumamente confuso y embrollado en los dos pasajes de su libro *La Descendencia del Hombre*, en donde habla de la serie de nuestros antepasados, sobre cuyo origen muestra carecer de ideas bien fundamentadas. Dice así: "Los progenitores de los vertebrados fueron probablemente un grupo de animales marinos parecidos á las larvas de los *Ascidios*, hoy existentes. Aquéllos produjeron probablemente un grupo de peces tan inferiores como el Amphioxus, de los cuales descenderían los ganoideos, que son poco menos perfectos que los anfibios. Los reptiles y las aves andaban unidos estrechamente, como hemos visto en otro lugar, y aun al presente los *mono-*

tremos refieren los mamíferos á los reptiles. Nadie podrá señalar, sin embargo, en el estado actual de la ciencia, por qué línea de sucesión se derivan los reptiles, aves y mamíferos, de las clases inferiores de anfibios y peces. Se conciben fácilmente en los mamíferos los grados sucesivos que enlazaron los *monotremos* con los *marsupiales*, y éstos con los progenitores de los *placentarios*. Llegamos de esta suerte á los *lemúridos*, que casi se tocan con los *simiadeos*, los cuales se partieron en dos grandes troncos, *monos* del nuevo mundo y *monos* del antiguo; de estos últimos, en época lejana, nació el hombre, maravilla y prez del universo [1].„

En otro lugar reduce Darwin el hombre á la cepa catarrina de los monos del mundo antiguo, "aun cuando de esto se resienta nuestro orgullo„, y luego añade: "No caigamos en el error de suponer que el primitivo representante de toda esta parentela de monos (comprendido el hombre), fué idéntico ó semejante á los tipos hoy existentes„ [2].

Ahí está toda la genealogía del hombre, según Darwin.

Si la vara de medir el mérito de un sabio fuese la facilidad y serenidad con que levanta su sistema, deberíamos colocar á Haeckel muy por encima de Darwin. Desde 1868, el naturalista alemán dió á conocer con la mayor precisión sus ideas acerca de los lazos de paren-

1 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo I, páginas 214 y 229.

2 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo II, pág. 410.

tesco que tenemos con los animales en su *Historia de la creación según las leyes naturales.* Hemos de contentarnos con indicar las líneas generales del árbol genealógico del hombre, y corre uno gran riesgo de extraviarse si quiere particularizar rasgos y meter en escena los tipos zoológicos hoy florecientes [1].

Estas reservas guardan poca consonancia con el tono dogmático del libro.

No les parecieron demasiadas á los transformistas. El mismo Darwin, ensalzando tres años más tarde en *La Descendencia del Hombre* los grandes conocimientos de Haeckel, apenas le toma prestadas unas pocas experiencias. En cuanto á las ideas generales y teóricas, remite á las obras del profesor de Jena, los lectores que "quieran alcanzar lo que puede un *espíritu ingenioso* con el favor de la ciencia„ [2].

La genealogía de Haeckel, con ser tan novelesca, no ha hallado sustitución. Representa el esfuerzo más titánico hecho hasta el presente para dar cuerpo á las chocheces materialistas. A este título vamos á estudiarla.

Los primeros ascendientes del hombre eran extremadamente sencillos. Debieron ser (según las mismas palabras de Haeckel), *organismos sin órganos,* células rudimentarias, homogéneas y amorfas, compuestas de materia albuminoide y muciforme, sin estructura celular ni núcleo. Estas *moneras* protoplásmicas, nacie-

1 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 572.
2 Ob. cit., tomo I.—Introducción, pág. 5 y pág. 219.

ron por *generación espontánea*, á expensas de compuestos inorgánicos, que no eran más que combinaciones de carbono, hidrógeno, oxígeno y ázoe. Tal fué el tronco de todos los organismos vegetales y animales.

El segundo progenitor del hombre, ya fué una célula con núcleo, parecida al tipo *amibo* hoy existente, y á la célula ovular del hombre y de los animales. Los *sinamibos* sucedieron á los *amibos*. Sábese que el huevo fecundado se transforma por segmentación continua en una porción de células semejantes entre sí. Esta primera fase de la evolución embriológica representa, según Haeckel, la aparición de los primeros organismos pluricelulares, con toda seguridad.

Las células, semejantes en un principio, van presentando en los siguientes estadios diferencias más notables. En los *planeados*, las células ciliadas del tegumento externo se distinguen de las internas no ciliadas. En los *gastreados*, el conjunto de células se ahueca tomando forma de utrículo (gástrula) con un agujero, cavidad digestiva. El sexto escalón de la serie se forma por los *arquelmintos*, especie de gusanos que ya poseen órganos diversos, aunque sumamente tenues. A éstos siguen los *escolecídeos*, provistos de sangre y de verdadera cavidad abdominal; tras ellos vienen los *cordoniados*, gusanos sacciformes, parecidos á la larva de los ascidios, tienen cuerda dorsal, eje del esqueleto, situada entre la medula espinal y el canal intestinal en la parte delantera, conforme la

disposición característica de todos los vertebrados.

En la novena fase de la evolución nos hallamos con los homólogos del *Amphioxus lanceolatus* hoy existente, que abre paso entre los vertebrados y los invertebrados; carecen de cabeza, cráneo y cerebro. De los *acranios* de este tipo nacieron los craniotas, en los cuales se divisa cabeza, desarrollo más completo del sistema nervioso, segmentación del tronco y distinción de sexos.

Este nuevo grupo comprende por orden de sucesión: los *ciclóstomos*, de cerebro rudimentario, comparables á la lamprea; los *selacios*, análogos, á las rayas y tiburones; los *dipneustes*, representados actualmente por el *Ceratodus* y *Lepidosirenio*. Estos últimos peces, de respiración bronquial á la vez que pulmonar, son de una importancia capital para la teoría evolucionista. El *ceratodus* se halla en las aguas cenagosas de la Australia; cuando en época de calor las lagunas se desecan, estos peces se sumergen muy adentro, y recubren con una capa de moco las paredes de su agujero; y aguardan respirando pulmonarmente, que la estación de las lluvias llene de agua las lagunas para hacer uso otra vez de las branquias para respirar[1]. Según los transformistas, los dipneustes se acomodan á la vida terrestre por la transformación de la vejiga natatoria en pulmón aéreo. Esta fase genealógica intro-

1 Claus: «Tratado de Zoología», pág. 1267.

duce en el mundo los seres de respiración pulmonar.

En efecto, los dipneustes dan origen á la clase importante de los *anfibios*. Con los anfibios (que aparecen en el terreno carbonífero) se introduce la división de las extremidades en cinco dedos, por la transformación de las aletas de los peces, que se transmitió á todos los vertebrados superiores. Los *sozobranquios*, que son los anfibios más antiguos, conservaban por toda la vida las branquias y los pulmones, como acontece actualmente con el *axolotl*. Los *sozuros*, de que son reminiscencias la salamandra y los tritones, se acostumbraron á respirar en su primera edad por branquias, y luego por pulmones, porque en su edad adulta por sucesivas metamorfosis perdían las branquias del período de crecimiento. Haeckel coloca aquí los *protamniotos*, seres ficticios, inventados para satisfacer las necesidades de la teoría evolucionista, de donde se derivaron por un lado los reptiles y por otro los mamíferos. El expediente no podía venir más á pelo.

"A partir del décimosexto grado, dice Haeckel, hétenos aquí en nuestra propia casa, tropezando con nuestros próximos abuelos, pues pertenecían todos á la gran clase de los mamíferos, á que pertenecemos aún."

Sí, estamos en casa, y para convencernos, preséntanos Haeckel sus *promamíferos*, otra forma *hipotética*, semejante á los actuales *monotremos*. El tipo es la cuna de todos los mamíferos. Los *marsupiales*, análogos por su es-

tructura al kanguro, alzan puente para pasar de los actuales *monotremos* á los *prosimios*. Comparables á estos últimos son los *maquíes* ó monos de hocico zorruno, que se derivan de los marsupiales por la formación de una placenta, ausencia de la bolsa marsupial y de los huesos de las caderas. Siguen á éstos los monos catarrinos (monocercos), verdaderos monos dotados de cola y cubiertos de abundante vello. En la época terciaria nació vesosímilmente de éstos una especie de *antropoideos* sin cola, que hoy no existen y constituyen el tronco de los hombres-monos. Los *pitecántropos* tenían la posición vertical; eran bimanos. Al rayar de la época cuaternaria, ó tal vez antes, dieron origen á los verdaderos hombres, por la transformación gradual de los gritos en lenguaje articulado. El ejercicio de la función del lenguaje trajo consigo el desenvolvimiento y perfección de la laringe y del cerebro.

"Supuesto que los más eminentes filólogos están conformes en que no todos los idiomas proceden de una lengua primitiva, preciso es admitir que el tránsito del hombre-mono, desprovisto del lenguaje articulado, al hombre que goza de este beneficio, se efectuó en diversas ocasiones [1]." Las varias especies humanas (Haeckel admite doce), vinieron al mundo aisladamente, en distintas partes, derivándose, sin embargo, de un progenitor común [2].

1 Haeckel: «Historia de la creación», páginas 573 y 586.—«Antropogenie oder Entwickelungsgeschichte des Menschen», 1877, páginas 377 y 526.

2 Haeckel: «Hist. de la creac.», pág. 594.

III

CRÍTICA DE LA GENEALOGÍA DE HAECKEL.

TAL es el donoso sistema, en cuya virtud la antigua controversia sobre el origen del hombre, se halla por vez primera resuelta con arreglo á un criterio científico [1]. De esta suerte, y con el nombre de *monismo*, establece Haeckel como un hecho innegable la generación espontánea, las transformaciones ilimitadas de las especies, el encadenamiento y sucesión de todos los tipos organizados, vivos ó extinguidos, y la confusión del hombre (cuerpo y alma) en la serie animal.

Este es el evolucionismo en su sentido más radical, universal é ilimitado, es la negación de la creación y de un Dios-Creador, el destierro de toda distinción real entre el ser racional y el bruto, y por lógica consecuencia, la demoli-

1 Haeckel: «La teoría de la evolución y la filosofía natural», en la *Rev. Scient.*, tomo xx, pág. 531.

ción de todo orden moral, la absoluta licencia concedida á todos los apetitos, desórdenes y maldades.

El advenimiento de la teoría *monista* (según el mismo Haeckel declaró en su discurso dirigido al Congreso de naturalistas alemanes que se celebró en Munich el año 1877) denota la definitiva emancipación del espíritu humano. "El *monismo* ó el mundo concebido en su perfecta unidad, es el lazo de unión entre todas las ciencias, es una gran palanca de todo progreso y bienandanza, en calidad de poderoso medio de educación ha de ejercer su autorizada influencia en el interior de las aulas; no ha de entrar en ellas por vía de tolerancia, sino tomando la férula y dirigiendo el rumbo pedagógico [1].

No participamos nosotros de ese entusiasmo, ya que "para apreciar el grado de perfección intelectual del hombre, no hay mejor piedra de toque, según el profesor de Jena, que la aptitud para admitir la teoría evolucionista y la filosofía monista que de ella se deriva„ [2]. Sírvenos, sin embargo, de algún consuelo, nuestra solidaridad con el veterano de la ciencia alemana, Virchow, que ocupa el nivel antievolucionista, baldonado por el profesor de Jena.

Adviértase que Virchow no puede ser tachado por nadie de ultramontano ni ortodoxo, y, sin embargo, su discurso pronunciado en el mismo Congreso, es en verdad una continuada

1 Ob. cit., páginas 531 y 533.
2 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 617.

diatriba contra Haeckel, su discípulo audaz. Contra él desenvainó las más crudas verdades.

¡Cuán poco fueron estos principios del agrado de Haeckel, bien pronto lo demostró éste en un folleto titulado *Respuesta á Virchow*, en donde rompe definitivamente lanzas con su antiguo maestro [1]!

"Cuando la teoría evolucionista, decía Virchow, haya alcanzado la firmeza que la atribuye Haeckel, entonces pediremos que se enseñe en las aulas como artículo de necesidad. ...¡Sabido es lo que pasa por ahí, con qué ardor levantan á las nubes esa teoría, y cómo nuestras proposiciones se disfrazan y se nos presentan con un disfraz que nos espanta: señores, imaginaos qué ruido no hará esa teoría en la cabeza de un socialista [2]!„

Las obras de Haeckel tuvieron gran resonancia. La razón es fácil de adivinar. No fué, cierto, por su mérito científico. Prueba de lo que vale, es la historia de la monera primordial.

A)—*La generación espontánea.*

Según el zoólogo alemán, "todos los cuerpos naturales están igualmente animados, sien-

1 Haeckel: «Las pruebas del transformismo». «Respuesta á Virchow», 1879.

2 *Rev. Scient.*, 1877, tomo xx, páginas 536 y 537.—En su «Respuesta á Virchow», Haeckel protesta (páginas 6 y 9), contra los que atribuyen á la teoría evolucionista la responsabilidad de los atentados de Hoedel y Nobiling, contra el emperador de Alemania, y los horrores de la *Commune* de París.

do vana la antigua distinción entre el reino de los cuerpos vivos y el de los cuerpos muertos. La caída de una piedra en el suelo, según leyes determinadas, y la formación de un cristal en una solución salina, son fenómenos tan propios de la vida mecánica como el crecimiento y florescencia de las plantas, la multiplicación y actividad consciente de los animales, la sensibilidad y entendimiento del hombre„ [1].

La aparición de la vida en la superficie del globo no difiere de la producción de un compuesto mineral cualquiera. La vida se dejó ver primero en una materia sin forma ni organización definida y de poca consistencia, que no denotaba carácter distintivo del orden animal ó vegetal, dotada de sentimiento y voluntad idónea para desarrollarse y organizarse de diferentes maneras bajo el influjo de los agentes exteriores. Este protoplasma, difuso en su origen, fué adquiriendo la estructura celular por la aparición del núcleo y la membrana envolvente; y más adelante las segmentaciones y diferencias progresivas dieron lugar al origen de las innumerables especies hoy reinantes de los dos reinos animal y vegetal. Muy acertado habría sido apoyar esta teoría en alguna observación experimental.

En el año 1868, Mr. Huxley, profesor honorario de la Real Escuela de Minas de Londres, y uno de los naturalistas más preclaros de Inglaterra, creyó haber descubierto, entre los

1 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 21.

objetos recogidos en las profundidades del Atlántico, un ser *protoplásmico,* vivo, amorfo, que tapizaba el fondo del mar por vastas extensiones. Descubrió en él la forma de transición entre el reino mineral y el orgánico, ó sea la *monera primitiva* de Haeckel. Dedicólo pomposamente al profesor de Jena con el nombre de *Bathybius Haeckelii* [1].

Sin embargo, algunos años más adelante, en 1879, decía humorísticamente Huxley ante el Congreso celebrado en Sheffield por la Asociación Británica: "Creí que mi joven amigo Bathybio me daría alguna gloria, pero siento tener que decir que no ha cumplido las promesas de su tierna edad." En efecto, después de un detenido examen, se había llegado á la conclusión de que el Bathybius Haeckelii no era más que un precipitado químico determinado en el agua de mar por la unión del alcohol empleado como preservativo.

"En vista de este resultado, escribe el ilustre Lapparent, ¿no sería fuera de propósito refrescar la memoria de aquel astrólogo, que, según refiere la leyenda, descubrió la existencia de los animales en la luna, porque se introdujo un ratoncillo en el tubo del telescopio? Tales son las sorpresas que la ciencia positivista nos prepara siempre que pretende acomodar observaciones á hipótesis preconcebidas [2]."

1 «Nature», 1875, tomo XII, pág. 316.—Haeckel: «Antropogenie», 1877, pág. 416.—«Historia de la creación», pág. 165.

2 De Lapparent, Le Bathybius: *Rev. quest. scient.*, 1878, tomo III, pág. 73, y 1880, tomo VII, pág. 59.

Sea por respeto á su autor, sea por espíritu de secta, se tendió un denso velo sobre este resbalón de Huxley. Hasta hay materialistas que pretenden ignorar la condenación solemne del bathybius. Fuera eso perdonable si no hubieran tenido la misma ignominiosa muerte sus compañeros de infortunio el *eofiton*, el *espirofiton*, y el más que todos célebre *eozoon canadiense* [1].

Es además un hecho incontrovertible que los experimentos de laboratorio no han proporcionado apoyo favorable á la generación espontánea. ¿Será menester traer aquí los trabajos de Pasteur, Schultze, Schwann, Tyndall y Milne-Edwards, confirmados por Payen, Quatrefages, Claudio Bernard y Dumas [2]? Los toneles llenos de infusiones vegetales ó animales que sirvieron hace treinta años á las investigaciones del sabio ilustre, se han conservado intactos, sin ofrecer el menor indicio de vida [3].

Estos resultados meramente negativos dejan curso libre á la discusión científica. Es verdad; por eso vemos propuesta la generación espontánea en forma de tesis por los materialistas interesados en darle publicidad. No argüimos á nadie; pero corren peligro los que exigen que una teoría tan mal cimentada sirva de base á todos los conceptos humanos sobre

1 De Lapparent: «Tratado de Geología», 3.ª edic. 1893, página 733.—Motais: «El origen del mundo según la tradición», 1888, página XXIII.

2 Proost: «La Doctrina de la generación espontánea», de la *Rev. quest. scient.*, 1879, tomo VI, pág. 502.

3 De Nadaillac: «El Problema de la vida», 1893, pág. 25.

la vida [1]. Siquiera contase con la aprobación de los sabios. Mas ¡cuánta guerra no le mueven sus propios amigos!

Darwin, el primero, pasa como por ascuas volando al tratar del origen de la vida: notólo Tyndall en su famoso discurso de Belfast. Darwin remitía la solución del problema á un porvenir remoto, si algún día llega el hombre á resolverlo. El segundo es Tyndall, que pretendió buscar la vida fuera de los límites de una demostracion experimental, opinando que es un misterio insondable el tránsito del pasado á la actualidad [2]. En carta dirigida más tarde á Wallace y á Haeckel, declara terminantemente no poder aceptar la formación de los nuevos organismos por la acción única y exclusiva de las fuerzas físicas y químicas [3].

Vienen luego Carlos Vogt, Huxley, Spencer, Littré y otros, los cuales, vista la incapacidad de la ciencia actual para resolver el problema, prescinden de él en sus especulaciones, y confían que más adelante recibirá la solución apetecida. A Haeckel, sin embargo, no se le conoce flaqueza. En medio de confesar que nadie ha visto producirse en el laboratorio sus *moneras*, porfía que estas experiencias, hechas en condiciones artificiales, no representan las cosas que el mundo vió en las épocas primitivas [4]. Preciso es, por lo tanto, no obstante las

1 *Rev. Scient.*, 1877, tomo xx, pág. 540.
2 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo I, pág. 36.
3 Tyndall: «Cartas», páginas 502 y 506.
4 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 301.

razones contrarias, dar soga á la generación espontánea y considerarla como hecho indubitable, como piedra angular del edificio *monista*. ¿No parece inexplicable este modo de discurrir en un hombre que empieza por rechazar todas las ideas espiritualistas como faltas de demostración experimental, y sólo hace presa en pruebas palpables, en hechos sensibles? La extravagante mescolanza del dogmatismo ciego por un lado, y del más desatinado escepticismo por otro, bastaría para probar que otros son los móviles á que obedecen los materialistas en sus disquisiciones al parecer científicas. Oigamos lo que á este propósito dice en propios términos Haeckel:

"Si no se admite la hipótesis de la generación espontánea, preciso es acudir al milagro de una creación sobrenatural. Introducir al Criador en este solo acto de la evolución regular, cuando por lo demás la materia se desenvuelve ordenadamente sin su cooperación, es una teoría tan caprichosa y poco satisfactoria, que ni la debe admitir el corazón del creyente ni la inteligencia del sabio. Esto me parece á mí [1]."

Con una frase de impresión cree el célebre profesor dar por terminada la cuestión; echa en olvido que no basta simular una convicción para convencer á los demás y ahogar toda crítica científica.

Sir William Thompson y otros secuaces de

1 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 307.

Haeckel, queriendo eludir la dificultad en este punto capital, opinaron que el primer germen vivo fué importado á la tierra envuelto en la materia mineral de algún bólido desprendido de otro planeta [1]. El profesor Richter, de Dresde, emitió la idea, con mucha anterioridad, de que la vida había reinado eternamente en el universo, transmitiéndose de planeta en planeta por gérmenes microscópicos. Mas ¿cómo explicar la conservación de dichos gérmenes en las peripecias de un viaje tan rápido por los espacios, especialmente cuando el meteorito alcanzó tan crecido calor al penetrar en nuestra atmósfera? ¿De qué manera explicar la inicial aparición de la vida en el astro que la transmitió á los demás?

Reina hoy día en ciertos escritores la manía de creer que una cuestión aplazada es una cuestión resuelta. ¿Qué ganan con arrojar á Dios del mundo? Aun haciendo salva á la generación espontánea, no pueden cantar victoria; les queda Dios Criador en el principio de las cosas. Dice Wolf, astrónomo del Observatorio de París, miembro del Instituto: "La primera parte del problema cosmogónico, á saber: cuál sea la materia primitiva del caos y cómo dió origen á las estrellas, está hoy bajo el imperio de la novela y de la imaginacion [2]."

Más explícito es Faye, émulo de Laplace, á quien nadie negará competencia en este asunto, cuando afirma:

1 Van Tieghem: «Curso de Botánica», 1884, pág. 981.
2 Wolf: «Hipótesis cosmogónicas», 1886, pág. 5.

"Vanísima cosa es decir que el cosmos se reduce á una serie indefinida de transformaciones; que lo que aparece á nuestra vista es el resultado lógico de un estado anterior, y que así ha sucedido y sucederá por toda una eternidad: nosotros no comprendemos cómo pudo existir un estado anterior al caos, ó sea á la nebulosa extremadamente diluida de que se formó el mundo actual. Preciso es admitir un punto de partida, y pedir á Dios, como lo hizo Descartes, la materia diseminada y las fuerzas que la gobernasen [1]."

B)—*El encadenamiento de las especies.*

Supongamos, según lo dicho, que por un momento sea cierto el paso de la materia inerte á la materia organizada por generación espontánea; examinemos el desarrollo ulterior de la vida.

¿Es admisible, en términos de buena lógica, el árbol genealógico que dispone Haeckel en *obsequio* del hombre?

Un afamado materialista y librepensador, Carlos Vogt, responderá por nosotros. Aun siendo partidario decidido, ya que no convencido [2], de la descendencia animal del hombre,

1 Faye: «El Origen del mundo», 2.ª edic., 1885, pág. 287.

2 Dice Vogt, en sus «Lecciones sobre el hombre»: «Jamás el sistema monista ha llegado á convencerme; sin embargo, no hallando otro que le sustituya, confieso francamente mi ignoran-

el profesor de la Universidad de Ginebra no ha cesado jamás de denunciar con lealtad las dificultades que presenta la teoría, hasta el punto de no dejar sin mutilación ni enmienda parte alguna de su propio sistema. "Desde la *monera* primordial, hasta el hombre dotado del lenguaje articulado, todos los escalones de la serie zoológica van asentándose tan sólo por inducción en número de veintidós, y todas estas fases se colocan en las eras geológicas correspondientes. Todo anda por sus pasos contados; pero desgraciadamente á este árbol genealógico tan completo, le falta, como al caballo de Rolando, una menuda condición, la realidad; la realidad se echa de menos en él como en el alazán del célebre paladín. Todas las fases zoológicas están constituidas por seres imaginarios, de que no se ha hallado el más ligero vestigio, y, sin embargo, hay que admitirlos como reales. Si no hay rastro de ellos en lo descubierto, tal vez se descubra más adelante, ó tal vez por su constitución no hayan podido conservarse hasta nuestros días [1]."

Esta apreciación general, sobre la falta de realidad de la teoría, va apoyada por el profesor ginebrino en un minucioso y detenido análisis [2]. Empieza excluyendo de la escala zooló-

cia sobre este particular.» Esta frase pinta de cuerpo entero al impío obstinado y al experimentador leal.

1 Vogt: «El origen del hombre», de la *Rev. Scient.*, 1877, tomo XIX, pág. 1058.

2 Ibid., páginas 1088 y 1090.—«Dogmas de la Ciencia», en la *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, pág. 617.

gica á los *prosimios*, yendo en pos de los trabajos de Alfonso Milne-Edwards y Alfredo Grandidier. Niega sean los *protamniotos* y los *promamíferos* la cuna de los marsupiales, que se supuso existían en los principios de la era secundaria, y siguiendo al naturalista inglés Owen, cree que los mamíferos tienen más puntos de conexión con los reptiles que con los anfibios, evitándose de esta suerte la fantástica creación de aquellos peces que Haeckel colocaba como forzosos intermediarios; y, finalmente, pone en duda haya parentesco alguno entre los vertebrados inferiores y los *ascidios*. En una palabra, la genealogía del hombre hasta los vertebrados queda por entero descabalada. En cuanto á los ascendientes invertebrados, sus cuerpos blandos no han dejado huella alguna entre los restos fósiles, siendo inútiles los estudios paleontológicos sobre este particular. Los descubrimientos anatómicos y embriológicos sobre las especies actuales dejan totalmente indecisa la solución.

Huxley, menos hostil á la idea general de la descendencia haeckeliana, propone, sin embargo, á su amigo de allende el Rhin, varias modificaciones de importancia. En un punto especialmente, la manera de concebir los tiempos geológicos, el disentimiento entre ambos es total. Para explicar los cambios bruscos de la fauna en dos sedimentos consecutivos, admite el profesor de Jena largos periodos de tiempo transcurridos entre la sedimentación de las capas contiguas; únicamente de esta suerte, pue-

de justificar la introducción de estos tipos intermedios que no hemos llegado á conocer. Huxley declara inadmisibles é inverosímiles esos anteperíodos correspondientes á épocas de emersión de los continentes, de los cuales no nos quedan documentos orgánicos; únicamente deben atribuirse á la influencia obscurantista de supersticiones geológicas [1].

Buena porción de censuras han azotado después el frágil edificio de los evolucionistas; sólo citaremos una [2].

Según Haeckel, los *monorrinios* del segundo grado, representados por los ciclóstomos, mixinoideos y lampreas, nacieron de los acranios del tipo *Amphioxus lanceolatus*, por el *crecimiento gradual*, debido á la adaptación y á la lucha por la existencia. Más recientemente Dohrn propone un linaje de procedencia del todo opuesta; según la cual el amphioxus y los ciclóstomos, *vertebrados degenerados*, han perdido, por *adaptación regresiva*, sus extremidades, la cabeza, y todos los caracteres que los clasificaban entre los vertebrados.

"Este punto de vista, que yo admito como cierto, dice Carlos Vogt, va adquiriendo cada día mayores prosélitos, al paso que se van profundizando los estudios, y destruye de raíz la hipótesis de Haeckel haciéndola inadmisible. Los ciclóstomos y el amphioxus, son, en efec-

1 Huxley: «Los Problemas de la geología y de la paleontología», 1892, páginas 116, 119, 125 y 128.

2 Proost: «Los naturalistas filósofos», en la *Rev. quest. scient.*, 1879, tomo VI, pág. 166.

to, según yo observo, productos de una época relativamente moderna, engendrados por la degeneración sucesiva de los vertebrados, mejor organizados en un principio [1].»

Las contradicciones crecen sin medida, hasta tal punto, que series completas de animales reciben explicación, en sentido inverso, de naturalistas de igual competencia, que admiten unos el progreso de las especies, y otros la degeneración hereditaria. No ha exagerado nada Vogt, al decir, en vista de esto, que el árbol genealógico de Haeckel, se asemeja á los tejos caprichosamente podados con que la raza adamítica embellecía los jardines.

La exposición del sistema evolucionista va ya saliendo algo más que grotesca. ¿No es evidente, en efecto, que en el método haeckeliano, para que todo encaje en el marco preconcebido, se truncan á voluntad los caracteres de los tipos existentes, se hacen colosales esfuerzos de imaginación para acumular semejanzas y conexiones problemáticas, se miran como anormales las observaciones que contradicen la teoría, se hace una elección arbitraria entre los fenómenos recogidos, se forjan por imaginación las formas intermedias que hacen falta, y, para justificarlo todo, se pregonan descubrimientos *que están en lo posible, leyes supuestas, causas que hoy no podemos conocer?* Difícil era, en efecto, que teoría alguna hiciese

1 Vogt: «Dogmas de la ciencia», en la *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, pág. 550.

abuso más antojadizo de los hechos. Así Haeckel ha caído bajo la definitiva sentencia.

Su *Respuesta á Virchow,* escrita en 1879, es una prueba incontrovertible de lo dicho. "Nadie hasta ahora me ha motejado de falta de imaginación; todas las gentes, por el contrario, escandalizadas, me baldonan por el exceso con que el cielo me dotó de esta facultad [1]." Por desgracia, tiene aún muchas otras menguas que le delatan á la censura pública.

El ilustre Quatrefages, modelo de moderación en las discusiones, echaba en cara á Haeckel la manía de apelar á lo desconocido, y de sacar argumentos de su misma ignorancia; el afán de fantasear en todo y dar por cosas demostradas hechos puramente ficticios; la consonancia que pretendía establecer entre el transformismo y sus doctrinas filosóficas; las polémicas personales, su arrojo é intolerancia; las declaraciones altivas, los asertos atrevidos y las palabras seductoras que no podían menos de hechizar á ciertos hombres, extraviando por torcidos senderos la juventud [2].

Claparède, naturalista ginebrino, y amigo personal de Haeckel, le trata de *niño travieso* de la doctrina darwinista. Sin embargo de su celo por el transformismo, escribía en 1870, á propósito de las exageraciones notadas en dicha escuela: "Vemos al presente á un *cierto* naturalista, ocupado en reconstruir, sin

1 Haeckel: «Las pruebas del transformismo», pág. 58.

2 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo I, páginas 7 y 8; tomo II, páginas 83 y 131.

pestañear, todo el árbol genealógico de cualquier especie á través de las épocas geológicas; le dibuja y pinta con tanta limpieza y desenvoltura, como pintaría el de un hidalgo prusiano. Luego viene un rival que se decide por otro sistema de selección diferente, y nos planta para la misma especie un árbol diverso. Ambos emplean un tono de autoridad tan acentuado, que á una de las obras más importantes publicadas en Alemania sobre el transformismo se le ha dado este significativo título: *La Biblia del Darwinismo* [1].„

Darwin, en una carta dirigida á Haeckel, le dijo: "Que su audacia le causa temblor á veces„ [2]. Virchow, en el Congreso celebrado en Munich el año 1877, exclamaba, con motivo de las ridículas baladronadas de su fogoso discípulo en defensa de la enseñanza obligatoria del *monismo:* "Entre tantos como aquí somos, sólo se hallan semisabios en ciertos asuntos. Apenas poseemos algunos retazos de la ciencia de la naturaleza; no hay uno que pueda con justo título representar todos los órdenes del conocimiento natural. Razón es que nos limitemos á generalizar los teoremas, hasta el punto preciso en que puedan ser efectivamente verificados [3].„

Finalmente, entre las conclusiones de Hux-

1 Se trata de la «Morfología general de los organismos», de Haeckel.—Claparède: «La selection naturelle», de la *Revue des cours scient.*», 1870, pág 564.

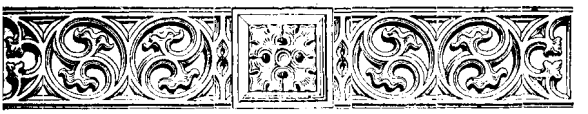
2 «Vida y cartas de Darwin», 1888, pág. 420.—Edic. francesa de Varigny.

3 «La libertad de la ciencia en el Estado moderno», en la *Rev. Scient.*, 1877, tomo xx, páginas 537, 539.

ley, al censurar las *especulaciones* del profesor Haeckel sobre la genealogía de las formas animales, leemos ésta: "Ya estemos conformes ó desavenidos con este sabio, es lo cierto que ha planteado de tal suerte el problema, que vale más extraviarse que quedar inmóvil [1]." Palabras llenas de ironía y paradoja. Ellas dicen claro que Huxley llegó á calar los intentos de Haeckel en su teoría.

El principal, atestiguado en toda su vida, era granjear fama de anticatólico y deberla á sus violentos ataques contra el catolicismo. ¿Qué importa, llegado el caso, disparate más, disparate menos, aun á costa de la verdad y del progreso, si se consigue que la opinión pública dé importancia á sus escritos y los materialistas le tejan á la frente coronas? ¡Honores, por cierto, pocos y efímeros! Haeckel ha perdido la gracia. Los transformistas serios no le perdonarán jamás, el haber comprometido las doctrinas de su escuela con sus excentricidades científicas.

1 Huxley: «Los Problemas de la geología», pág. 122.



CAPÍTULO II.

El hombre-mono y la paleontología.

I

LA SUCESIÓN DE LOS FÓSILES Y LA EVOLUCIÓN.

El fracaso de las teorías de Haeckel, no ha entibiado el ardor de los darwinistas. Al desechar todo sistema establecido *a priori*, varios de ellos ocupan el terreno de la observación y experiencia, valiéndose de las armas de la paleontología, anatomía y fisiología comparadas. Sus baterías no aguantan el fuego de la crítica, ni pueden patrocinar el punto culminante de la doctrina, el origen animal del hombre.

Es un hecho incontrovertible que las distintas capas geológicas guardan en su seno á montones los restos más ó menos informes de organismos contemporáneos á las épocas sucesivas de sedimentación, bien bajo forma de osamentos, de conchas ó de huellas cualesquiera. Es-

tas cosas se conceptuaban hasta fines del siglo pasado *caprichos de la naturaleza;* algunos barruntaron si serían señales indelebles del diluvio descrito por Moisés. No es mucho que Voltaire, por no acrecentar el crédito de esta hipótesis, divulgase que los mariscos petrificados eran relieves de festines celebrados en las montañas por peregrinos y caminantes [1].

A Cuvier se deben los primeros estudios sobre estos preciosos documentos de las eras pasadas. De las indicaciones resultan, entre otras leyes, la siguiente, á saber: las formas se suceden, en los terrenos, desde las más ínfimas hasta las superiores por orden de perfección creciente; las más sencillas vivieron antes que las otras, y dieron después lugar á organismos más complicados.

El desenvolvimiento progresivo de la forma paleontológica es, al decir de Darwin y secuaces, una prueba de la evolución específica. En su opinión, los animales fósiles son los ascendientes de los actuales, y éstos provienen de aquéllos por generación á vueltas de profundas modificaciones. "Cada fósil, dice Huxley, ocupa un sitio medio entre formas conocidas, y puede indicar el curso que la naturaleza siguió en su obra. Mas con todo eso, el descubrimiento de una forma fósil no significa que la evolución haya ido adelante por medio de la misma; todo cuanto se afirme en este sentido no pasará de

1 Voltaire: «Física», cap. xv.—«Rarezas de natura».—Edición Lefèbre, París, 1888, tomo XIX, pág. 369.

presunción, á favor del evolucionismo en general[1].„

Pero si varias formas parecen ser etapas sucesivas de una modificación en sentido progresivo, y si se hallan ordenadas en yacimientos más modernos, tómanlas los transformistas por anillos de la misma cadena genealógica, y sin más razón concluyen que provienen las unas de las otras por evoluciones sucesivas. Esta inducción no se tiene en pie ante la crítica de una buena lógica. Véase en que términos se explica Carlos Vogt:

"Es indudable que jamás podremos probar experimentalmente la sucesión de dos especies contiguas en la escala zoológica, quiero decir, jamás nos será dado demostrar con *hechos palpables,* que una liebre que al azar matamos cuando vamos de caza, deba proceder necesariamente de otra liebre más antigua. En ambos casos no tenemos más que meras probalidades de acierto, pero se convierten en certezas para nosotros cuando no se nos demuestre nada en contrario[2].„

De esta suerte enunciada, nada tenemos que objetar á la tesis de Vogt. Todo el mundo conviene en que así debe ser; pero en la aplicación del principio está la diversidad de pareceres. Sea como fuere (lo declaran á porfía Haeckel, Huxley y Vogt), la sucesión y tránsito de los organismos prehistóricos á los actuales es *un*

1 Huxley: «Los Problemas de la Geología», pág. 218.

2 Vogt: «Los Dogmas de la ciencia», en la *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, pág. 647.

postulado lógico para los que no admiten actos creadores particulares para cada especie.

Soltó un día Huxley una frase muy significativa, á propósito de la curiosa distribución geográfica de los mamíferos en los últimos períodos geológicos. "Se puede concebir que cada especie haya recibido una creación particular, de una potencia sobrenatural que la formara del barro ó de la nada... Pero mientras esto no se me demuestre con prueba decisiva, me guardaré muy bien de insultar á ningún hombre dotado de razón, suponiéndole seriamente adherido á esta idea[1]." Tal es el estilo de todos los materialistas y librepensadores que, por no abandonar los prejuicios de secta, tomán á pechos defender sus errores.

Cualquiera entenderá luego la razon que pone á los materialistas en el caso de referir con tanto ardor á un solo origen todas las formas. El problema halaga las pasiones; y poco importa que los espiritualistas le hayan mirado con ningún interés. Muchos de ellos, favorables á un transformismo limitado, dedicaron largas horas á molestas investigaciones de esta índole. No pocos enlaces de metamorfosis morfológicas han sido patentizados por las diligencias de Alberto Gaudry y del marqués de Saporta[2]. No podemos notarlos aquí. Detengamos empero la pluma en la serie clásica y muy conocida de los caballos europeos prehistóricos.

1 Huxley, ob. cit., pág. 243.

2 Juan d'Estienne: «Las etapas del reino vegetal», en la *Revue des quest. scientif.*, 1879, tomo VI, pág. 454.

Entre principios de la época terciaria y los tiempos actuales, el grupo de los *equídeos* ha sido representado por una serie de formas que parecen reducir los caballos actuales á los paquidermos imparidigitados más antiguos.

El *Hiracoterio* (Eohipo) del eoceno inferior, el primer animal conocido del grupo de los caballos, poseía cuatro dedos completos en los pies delanteros, y tres dedos en los pies traseros. Por el contrario, el *Equus* actual sólo tiene un dedo completo en cada pie; los otros dedos están figurados por rudimentos más ó menos atrofiados. En el primero, los dientes caninos se presentan á la vista bien formados; los molares, de corona reducida y de raíces presto desarrolladas, ofrecen un dibujo muy sencillo. En en el segundo, los premolares son diminutos; los verdaderos molares, de corona corta y de raíces tardíamente desarrolladas, presentan un dibujo muy caprichoso; en las hembras, los caninos desaparecen más ó menos completamente. Los equídeos de las épocas intermedias poseen indicios de transición. Desde los más antiguos hasta los más recientes, van complicándose los repliegues del esmalte en los molares y simplificándose las extremidades de los miembros, adquiriendo cada vez mayor solidez. El *Paleoterio* (Mesohippus), del eoceno superior, sólo tiene en sus pies delanteros tres dedos iguales y un rudimento del cuarto. En la mitad del *mioceno* hállase el *Anchiterio* (Miohippus) con el dedo medio muy desarrollado, en tanto que los laterales, si bien más delgados,

tocan aún el suelo. Ya en el *mioceno* superior y en el *Hipparion*, el dedo medio es el único que se apoya en el suelo, quedando los demás sumamente reducidos. Finalmente, en el *plioceno* el *caballo* tiene un solo dedo poderoso; pero aparecen por debajo de la piel dos apéndices óseos, restos de los dedos laterales de los supuestos ascendientes. En América se ha encontrado una serie paralela y acorde con la europea que acabamos de ver; los términos de transición estudiados en el nuevo continente llegan á diez.

Los secuaces de la evolución advierten que entre los esqueletos del *Hipparion* recogidos en el yacimiento de Pikermi en Grecia y distribuidos por Gaudry entre veinticuatro individuos distintos, las diferencias de talla y las variaciones de forma son tales, que es difícil á primera vista atribuir todos los individuos á una misma especie; y, sin embargo, es imposible entre ellos marcar línea de separación cuando se reunen muchos huesos. Finalmente, se comprende que estos hechos y otros análogos cuadran mal con la teoría transformista y dan licencia para creer que gran número de formas orgánicas, juzgadas hasta el presente por características de especies distintas y apuntadas en los catálogos con nombres distintos, no son en realidad sino simples *particularidades de raza*. En otros términos, muchas especies *nominales* son para el fisiólogo meras variedades más ó menos definidas.

A pesar de estas advertencias, la teoría trans-

formista aplicada á los fósiles conserva un hechizo especial, y no nos cabe duda que si las capas geológicas presentaran en sus yacimientos, y para todas las especies, series tan auténticas como las que acabamos de notar en los equídeos, serían pocos los que no hubieran pasado con armas y bagajes al campo evolucionista. Y, sin embargo, ¡cuán poco favorable es este mismo ejemplo de los equídeos para los transformistas!

Pero ni por este lado pueden apellidar triunfo. Gaudry, al fin de su magistral obra *La sucesión del mundo animal,* no se recata de afirmar: "Repasando los materiales aducidos en mi obra, me convenzo cada vez más de los muchísimos huecos que no podemos llenar cuando nos empeñamos en establecer de una manera rigurosamente científica la filiación de los seres antiguos[1]."

Siendo esto así, para generalizar el principio del desarrollo progresivo de las especies zoológicas, tienen que admitir los materialistas que han desaparecido muchos de los tipos de transición, y que (según reflexión del célebre geólogo Carlos Lyell, principal mantenedor de las teorías darwinistas) *los descubrimientos paleontológicos hechos hasta el presente son nada en comparación de los que se harán en el porvenir* [2]. Este modo de salir del paso se comprende satisfaga á los evolucionistas, pero no

1 Ob. cit., tomo III—«Mamíferos terciarios», pág. 245.

2 Lyell: «La antigüedad del hombre», trad. francesa de Chaper, 1860, pág. 430.

á quien pretenda pasar por hombre de ciencia. Lyell calculaba que lo explorado de la corteza del globo terrestre no pasa de $^1/_{400}$ de su superficie total. Otorguemos más amplitud á esa cifra y añadamos que nuestros conocimientos se han aumentado en estos últimos años; mucha materia queda para estimular el afán de investigación.

Pero aún hay otra dificultad más grave. Si las variaciones relativamente pequeñas de los equídeos han exigido todo el período de los terrenos terciarios, las profundas y radicales diferencias existentes entre los fósiles y los seres imaginarios que los materialistas les dan por progenitores, suponen que los vertebrados existieron mucho tiempo antes del representado por los restos hallados en los terrenos.

"Si la teoría transformista tiene algún viso de verdad, exclama Huxley, cada clase debe ser infinitamente más antigua que los individuos más antiguos que se puedan señalar en la superficie terrestre [1]."

No es nuestro intento decidir la cuestión, pero nos disgusta el ver amontonadas tan á la ligera las hipótesis. El alcance general de las observaciones infunde desconfianza respecto de la doctrina evolucionista.

"La vida (palabras de Lapparent en la tercera edicion de su *Tratado de Geología)* tomó posesión del globo, no por lenta y progresiva evolución de organismos inferiores, sino, según

1 Huxley: «Los Problemas de la Geología», pág. 234.

es permitido juzgar, por la aparición casi inmediata de tipos dotados de toda la perfección que consentían las circunstancias ambientes en que habían de funcionar.„—"Las primeras apariciones de familias nuevas, lejos de hacerse por tipos incompletos ó atrofiados, se revelan por *géneros fisiológicamente más desarrollados,* y tal vez de tamaño superior al que tendrán los individuos en el tiempo futuro. Tal sucede á los paradóxidos, tal á los ortóceros y cefalópodos de la tercera fauna. Estos hechos no constituyen una especialidad del tiempo silúrico, repítense con frecuencia en la historia del globo, y hay que tenerlos muy en cuenta para apreciar debidamente las leyes reguladoras de la serie orgánica [1].„

1 De Lapparent: «Tratado de Geología», 3.ª ed., 1893, páginas 754 y 1594.

II.

EL HOMBRE Y LOS MONOS FÓSILES.

Por lo menos el hombre, objetan los materialistas, no puede separarse del grupo de los monos fósiles; y si admitimos como evidente la sucesión y enlace de las formas en una parte importante del reino animal, en la más perfecta y reciente, ¿no será legítimo deducir por analogía que esa sucesión y enlace existen en los otros grupos menos conocidos? ¿El capítulo final de una obra no da una idea cabal de todo el tratado?

Cerremos los ojos á la legitimidad de esa consecuencia; admitámosla como buena, aunque no falten lógicos que la encuentren defectuosa; poco pierde la verdad; pero veamos si es lícito deducir de los documentos suministrados por la Geología, que el hombre proviene de una forma antigua, desconocida, extinta, de la familia de los monos.

Dejemos, para resolver el problema, que pongan de manifiesto sus teorías los transformistas; traslademos la autoridad de Mortillet, corifeo de los materialistas franceses y profesor de la Escuela Antropológica de París. Su libro *Prehistoria y antigüedad del hombre,* publicado en 1883, atesora revelaciones inesperadas:

"Está plenamente demostrado que en los terrenos terciarios existían seres asaz inteligentes para encender lumbre y cortar el sílex y la cuarcita. ¿Qué seres eran estos? Se dijo en un principio que eran hombres, pues no hay otro ser con suficiente inteligencia para ejecutar estos actos; pero las leyes de la paleontología no permiten admitir esta hipótesis.

„A partir de los depósitos del sílex cortado, la fauna mamífera ha variado por lo menos cuatro veces, bastando las modificaciones para caracterizar géneros diferentes; ¿y ha de ser el hombre el único tipo que permanezca invariable, estando á la cabeza de los animales y gozando del más complicado organismo? Esto va contra todas las leyes... no es lógico que el hombre sea una excepción de las leyes generales. Basta pasar la vista por las poblaciones actuales para entender que el hombre varía tanto ó más que el resto de los animales.

„Pues lo que ahora vemos, ha sucedido en todas las épocas geológicas: sabémoslo á ciencia cierta.

„El hombre cuaternario antiguo ni era el hombre que ahora es, ni el que le sucedió en

tiempo de las cavernas, como lo atestiguan los cráneos hallados en Néanderthal, Eguisheim, Denise, Canstadt, y la mandíbula de Naulette. Las diferencias al principio del cuaternario son tan notables, que por mucho tiempo se dudó si los restos sobredichos se referirían al hombre. Debemos admitir, por lo tanto, fundándonos en los hechos observados, que los animales inteligentes que sabían encender fuego y cortar piedras en la era terciaria, no eran hombres, en la acepción geológica y paleontológica de la palabra, sino animales de otro género, verdaderos *precursores del hombre* en la escala zoológica, á los cuales he dado el nombre de *Anthropopitecus* [1].

„Discurriendo de esta suerte, sólidamente fundado en observaciones exactas, he llegado á descubrir de una manera cierta la existencia de un ser intermedio entre los antropoideos actuales y el hombre. Esto me trae á la memoria al célebre Leverrier, que descubrió, sin instrumento, por el solo cálculo, la presencia de un nuevo planeta en la esfera celeste; y á los filólogos que han descubierto también la existencia del pueblo *aryo* por los solos estudios lingüísticos... [2]„

Si lo que pretendió Mortillet con esta página risible por lo fanfarrona, fué hacerse lugar en el panteón al lado de Voltaire y Renán, ocúpelo en hora buena; pero entienda que el verdadero

1 «Revista Antropológica», 15 Enero 1879, pág. 17.
2 De Mortillet: «La Prehistoria», pág. 102.

mérito tiene más modestia que todo eso. Diez años han bastado para dar en tierra con ese donoso andamio de afirmaciones gratuitas y de groseros sofismas. ¡Y pensar que el profesor Mortillet se proponía nada menos que reformar de raíz los estudios prehistóricos, como dice con énfasis al principio de su libro! "La Paleontología seria debe estudiarse con ánimo libre de toda idea preconcebida. Es preciso levantarlo todo sobre sólidos fundamentos de observación directa, y analizar los hechos con la crítica más severa. Nadie, por desgracia lo ha hecho hasta el presente [1]."

Veamos ahora si los antecesores de Mortillet resolvían mejor la cuestión. En el Congreso Antropológico celebrado en París el año 1867, el abate Bourgeois, director del colegio de Pontlevoy, anunció por primera vez la aparición del hombre en la era terciaria. En una aldea del departamento de Loir-et-Cher (Thenay) había hallado en 1862, en una marga miocena, cierto numero de sílex que creyó cortados por el hombre ó descascados por el fuego de que se debieron servir los hombres de aquella era [2]. El hallazgo fué un acontecimiento en el mundo científico; partiéronse en dos bandos los arqueólogos, discutióse con calor en todos los congresos científicos la cuestión del hombre terciario. No es posible hacer aquí un resumen

1 De Mortillet: «La Prehistoria», pág. 33.

2 Bourgeois: «La cuestión del hombre terciario», en la *Revue quest. scient.*, 1877, tomo II, pág. 561; 1879, tomo V, pág. 34; 1889, tomo XXV, pág. 5.

de los largos debates; baste citar las conclusiones de Gaudry, miembro del Instituto y catedrático de Paleontología. Partiendo de la simple observación, admite este sabio la formación sucesiva de las especies animales por vía de descendencia y de transmutación. Dice así:

"El abate Bourgeois ha dado con unos sílices; créelos cortados por un ser más inteligente que los animales actuales, y á su opinión se adhieren antropólogos tan competentes como Vibraye, Vorsae, Mortillet, Quatrefages y Hamy. Es innegable que la capa térrea y llena de guijarros donde se encuentran los sílex dichos, descansa sobre el piso calizo de Beauce. Cierto, el abate Bourgeois es un geólogo muy diestro para que nadie ponga en duda sus determinaciones estratigráficas. La cuestión ha de estar tan sólo en si los sílices fueron cortados. Hállanse junto á otros sílices rodados, y yo creo que si se mezclan los rodados y los otros, pocas personas llegarán á establecer, con limpieza y claridad ajena de duda, un límite entre los sílex que llaman cortados y los que no lo están. En el estudio de instrumentos humanos, más confianza merece el criterio de las personas que los han tratado, que el mío propio; pero al presente, y en vista de un hecho tan importante como la aparición de un cortador de sílex en la época del mioceno medio, yo quisiera ver pruebas que todos los geólogos pudiesen apreciar sin ninguna vacilación [1].

1 Gaudry: «La sucesión en el mundo animal», tomo III, 1878, pág. 238.

Según los últimos descubrimientos de los señores Ault du Mesnil y Daleau, los sílex golpeados, astillados y descascados descansan en Thenay en las capas eocénicas no revueltas, mucho más antiguas que las capas revueltas por Bourgeois. Arcelin ha descubierto en las arcillas eocénicas del Maconnais, muchos sílex parecidos á los de Thenay. Ahora bien; la mayor parte de los geólogos no admiten la presencia del imaginario *Anthropopitecus*, ni mucho menos del hombre, al comienzo de la era terciaria. Finalmente, las últimas experiencias dan motivo para atribuir los sílex cortados de la era terciaria á la sola acción de causas naturales [1].

En la actualidad comúnmente se admite que los otros hallazgos de huesos humanos terciarios, ó de señales dejadas por un ser inteligente en sílices, huesos, dientes de animales terciarios, tampoco son de valor para persuadir [2]. Para cobrar fama y embaucar al lector crédulo, Mortillet se entretiene refutando los descubrimientos anteriores al año 1883, no embargante el provecho que escritores más escrupulosos querían sacar de ellos en favor de nuestro origen simio, y eso con una lógica inflexible, que debió él haber imitado sin apartarse de ella jamás. Los dos hallazgos que porfía sostener como auténticos, sin contar el de Thenay, no sufren el rigor del examen. Hace años, su antropopiteco *Ramesii* de Aurillac, y su antro-

1 «Materiales para la historia del hombre», Junio y Septiembre, 1885, páginas 241 y 385.

2 *Rev. quest. scient.*, 1889, tomo XXV, pág. 14.

popíteco *Ribeiroi* de Portugal, duermen en el mundo de las quimeras. Mucho dudamos que Mortillet en su nuevo libro, *El Origen del hombre*, que se está imprimiendo, se esfuerce en despertarlos del sueño [1].

Podemos, pues, afirmar con Arcelin que "el hombre terciario no encontrará jamás acogida favorable entre los sabios imparciales, mientras sus partidarios no le civilicen un poco [2]."

1 «El carácter eminentemente humano y la capacidad normal de los cráneos cuaternarios más antiguos obligan á los transformistas á colocar la cuna del hombre en una época anterior al mammuth.—La solución adoptada por Mortillet, nos parece demostrar la poca fe que tiene en el hombre terciario.

Seamos imparciales: si el *inventor* del anthropopíteco no aduce en favor de los silex cortados de Thenay los argumentos precisos que exige para todos, responde, por lo menos de una manera perentoria á la crítica de sus adversarios. Véase un hecho que lo demuestra:

Habiéndole preguntado D'Acy el uso que podían tener las piedras cortadas de silex, tan pequeñas é irregulares, respondió Mortillet: «Nada puedo definir, pues ni he vivido en aquella época, ni siento las necesidades de aquel animal, pero os daré una explicación, que, si no es cierta, puede pasar por verosímil; y me la ha sugerido Nicole, uno de mis colegas. Los objetos de silex descubiertos en Thenay son una especie de raspadores ó alfileres, los cuales, como dice con acierto D'Acy, no deben haber servido ni para curtir las pieles, ni para hacer en ellas orificios, supuesto que el ambiente cálido en exceso de la era terciaria hacía inútiles las prendas de vestir, y así lo debieron comprender los seres inteligentes vivos en aquella época, tanto más cuanto que su velloso cuerpo era más sufrido que el del hombre. Por el contrario, el anthopopíteco, debía tener mucho que rascar, más que el hombre, y eso que no le falta. Los raspadores y agujas debieron servir para rascarse cuando ¡la picazón era muy viva...» (*Boletín de la Sociedad Antropológica*, 3.ª serie, tomo VIII, pág. 180.)

Bueno fuera preguntar á Mortillet, para cuándo guardaba el antropopíteco las uñas.

2 «Congreso científico internacional de Católicos», París, 1888, tomo II, pág. 667.

Veamos, en fin, el asunto relativo á los huesos humanos en la época terciaria. El año 1856, Eduardo Lartet, paleontólogo de mérito nada vulgar, anunció á la Academia de Ciencias de París el hallazgo del fragmento de la mandíbula inferior de un mono, llevado á cabo por Fontan en el mioceno medio de Saint Gaudens (Alto Garona). El *Dryopithecus Fontani* (este es el nombre del animal), ha tenido la honra, entre los demás antropomorfos, de ser el único comparable al hombre. Sus molares poseen igual tamaño que los de la especie humana. Pareció que los caninos, en vez de estar inclinados, como los de los monos, tenían su posición recta, y lo mismo debía acontecer con los incisos; de ahí querían inferir que su cara era, por otra parte, mucho más pequeña que la de los demás simios. En este sentido, dice Lartet, el *dryopithecus tiene muchos puntos de semejanza con la raza negra.*

Era natural que los darwinistas se creyesen otra vez en víspera de dar con el rastro del hombre-mono. ¡Vana ilusión! Nuevas excavaciones, practicadas en estos últimos años, facilitaron á Gaudry la ocasión de ofrecer á la Academia de Ciencias, el 24 de Febrero de 1890, una segunda mandíbula inferior del dryopithecus, procedente también de Saint Gaudens, pero en mejor estado de conservación que la primera. "Quedé sorprendido, exclama el sabio paleontólogo en su relación, pues perteneciendo á la misma especie que el ejemplar presentado en 1856, nos conduce á resultados diametralmente opues-

tos... Todos pueden ver cuánto difiere esta mandíbula de la que es propia del hombre... La cara del dryopithecus debía ser tan prominente como la del gorila y más que la del orangután y chimpanzé. Otra diferencia me choca más, y es el poco sitio que queda para la lengua... Con seguridad no será este tipo el que pondrá en claro el origen de la palabra... En resumen, el dryopithecus, á juzgar por los ejemplares que poseemos, no solamente está á gran distancia del hombre, sino que ni siquiera puede ponerse al lado de los monos actuales. Como este es el más perfecto de los simios fósiles, hay que confesar que la paleontología no ha podido ofrecer hasta el presente el tipo intermedio entre el hombre y los animales [1].»

1 «Crónica de la Academia de Ciencias», tomo cx, 1890, página 373.

III.

LOS CRÁNEOS FÓSILES DEL HOMBRE CUATERNARIO.

No rinden por eso las armas los secuaces del origen simio. Nadie ignora la importancia que en antropología tiene el cráneo, pues proporciona los caracteres distintivos de las razas humanas [1]. Las cuevas que el hombre habitó en la era cuaternaria, las cavernas donde enterraba los muertos, los ríos y torrentes que en sus aluviones arrastraban cadáveres, nos han conservado una gran porción de cráneos fósiles, que en su mayor parte presentan evidentes señales de inferioridad con relación á los nuestros.

Según Quatrefrages y Dupont, célebre explorador de las cavernas del valle del Meuse, el hombre desde la era cuaternaria presenta una

1 Arcelin: «La Antropología», en la *Rev. quest. scient.*, 1879, tomo VI, pág. 426.

diversidad de tipos que no pueden estar acordes con la hipótesis de un origen reciente y con la descendencia de un tronco único. La existencia de las razas humanas, distintamente constituidas en el período de los glaciares, ¿será por ventura un argumento favorable á las presunciones de aquella escuela que afirma la existencia anterior del hombre y los vínculos de parentesco entre diversas castas y varias parejas de monos antropomorfos simultáneamente transformados en diferentes puntos del globo?

Centenares de observadores han contribuido en estos últimos años á esclarecer este capítulo obscuro de la historia de nuestro origen [1]. A medida que los descubrimientos se multiplican, va siendo más imposible la defensa del sistema darwinista. Las declaraciones de Virchow en el Congreso Internacional de Moscou el año 1892, presidiendo la sección de antropología, no consienten más ilusiones, y nos evitarán largas contiendas. El ilustre médico alemán, conocido por sus tendencias progresistas, tanto en política como en ciencia, se expresa en su discurso sobre los *Problemas de la Antropología*, en esta forma:

"Está fuera de duda, ningún sabio admitirá en el día de hoy la existencia del hombre terciario, ni hay probabilidad de que la raza humana apareciera en dicha época... Tenemos á la vista un inmenso vacío, y nos esforzamos

1 Ibidem, pág. 442.

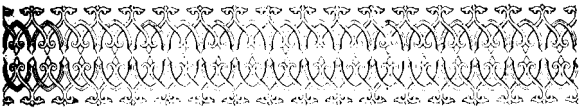
en llenarlo de imágenes fantásticas; mas con ningún objeto real y existente cubrimos su profunda vaciedad...

„Los objetos paleontológicos son tan escasos y tan expuestos á engaño, que hasta la hora presente cuantas tentativas se hacen para descubrir el hombre cuaternario son ilusorias. En Europa hemos tenido dos ejemplos que poco aliento infunden: la tentativa hecha á propósito del cráneo de Canstadt, y el fracaso del cráneo de Neanderthal, los cuales, como ya habían previsto dos sabios eminentes, habían pertenecido á los aborígenes extintos de la raza europea primitiva. En el Congreso de antropólogos alemanes celebrado hace quince días en Ulm, hemos discutido con amplitud sobre el hallazgo de estos dos cráneos, y hemos comprobado que el de Canstadt no pertenece á la era cuaternaria, y que el de Neanderthal dista mucho de ser una forma típica.„

„No proseguiré, continúa Virchow, toda la serie de descubrimientos análogos que sólo nos muestran ejemplares únicos excepcionales; pero debo declarar que aun cuando dichos cráneos fuesen tales cuales han sido descritos, y su posición en las capas geológicas fuera exactamente definida, jamás harían argumento favorable á la existencia de una raza inferior primitiva, término de transición entre los animales y el hombre actual. Muchos de estos cráneos se presentan como antiguos, pero tienen todos los caracteres de las razas modernas y aun civilizadas. Vano es todo afán de buscar el

eslabón de la cadena, *the missing link*, que sirva para unir el hombre al mono ó á otra especie animal [1].„

1 Virchow: «Los problemas de la Antropología», en la *Revue Scient.*, tomo L, 1892, pág. 590.



CAPÍTULO III.

El hombre-mono, la anatomía y la fisiología.

I.

ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Acabamos de ver en los dos capítulos anteriores que tanto los evolucionistas como sus adversarios han convenido en la ineficacia de las armas que presentaban aquéllos para el triunfo de su causa. Así parece lo entrevió Darwin, pues jamás quiso apoyar su teoría de la descendencia del hombre en argumentos de ducidos de la paleontología, cuando en sus últimos años rehusó toda controversia en este sentido.

Su táctica, siempre hábil por todo extremo, desvía la controversia, trasladando la discusión al terreno de la anatomía y fisiología. Cuántos tránsfugas, cuenta, sin embargo, el sabio inglés en este campo por él escogido! He aquí las consideraciones en que estriba para demostrar que el hombre proviene de un ser inferior.

Supuesto que el hombre está constituido bajo el mismo plan que los restantes mamíferos, los caracteres que se invocan para separarle de los monos antropomorfos no pueden en manera alguna justificar esa separación, porque entre el hombre y les antropomorfos hay más analogías que entre éstos y los demás monos inferiores.

El hombre pasa por las mismas fases de desarrollo embriogénico que los vertebrados superiores, y conserva muchos órganos rudimentarios é inútiles que sin duda tuvieron aplicación entre sus ascendientes simios. Por otra parte, con frecuencia reaparecen en el hombre caracteres que le asemejan al bruto y recuerdan su antigua prosapia.

Si, pues, el hombre hubiera tenido origen diverso del que ha gozado el resto de los animales, no se explican estas coincidencias; y resultan lógicamente inteligibles si el hombre con los demás animales desciende de una forma desconocida y primordial [1].

Darwin sigue más adelante. En su sentir, los hechos demuestran palmariamente que no tan sólo la evolución progresiva, determinada sobre todo por la selección natural, ha dado al hombre la forma corporal que hoy presenta, sino que de la misma manera se han producido sus facultades mentales. Ciertos instintos comunes al hombre y al bruto, la memoria, la imaginación, la razón, el lenguaje, *la concien-*

1 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo I, pág. 200.

cia del yo, el sentimiento de la belleza, el sentido moral, la creencia en Dios, la Religión, todo esto lleva el sello de un lento, gradual y costoso progreso. Darwin desciende á determinar los medios probables por donde las facultades morales y mentales del hombre se desprendieron poco á poco de la vil materia [1].

La discusión sosegada de estas atrevidas aseveraciones no cabe en los estrechos límites á que nos hemos ceñido; fuera menester un estudio general del transformismo. Nos limitaremos á aquellos puntos que se relacionan con nuestra especie, y en los cuales insisten con mayor complacencia los evolucionistas; dejemos á los filósofos el cuidado de demostrar la inmensa distancia entre el alma espiritual del hombre y el principio vital del bruto [2]. Las razones de Darwin contra estas verdades son tan especiosas, que es ardua tarea buscar entre ellas alguna digna de discutirse con seriedad. La doctrina espiritualista tiene además por defensores á muchos sabios, poco amigos de la ortodoxia católica.

Paul Bert decía: "El sentido común admite como característica en el hombre la superioridad intelectual, esa facultad de la abstracción en cuya virtud busca lo bello, lo bueno, adora á

1 Darwin: «La Descendencia del hombre», caps. II, III, IV y V.

2 El abate Lecomte: «El Darwinismo y la expresión de las emociones en el hombre y en los animales», en la *Rev. quest. scient.*, 1878, tomo III, pág. 75.—El abate Hamard: «El lugar del hombre en la creación», Ibid., 1876, tomo IV, pag. 190.—El abate Lecomte: «El Darwinismo y el origen del hombre», 2.ª ed., 1873.—De Bonniot, S. J.: «El bruto comparado con el hombre», 2.ª ed., 1889.

Dios, triple aspecto que le aisla y ennoblece, colocándole muy por encima del reino animal [1].„ Russell Wallace, émulo de Darwin, después de exponer su opinión acerca del desarrollo del hombre, añade: "Nuestra teoría ni nos fuerza á suprimir el *abismo intelectual* que separa al hombre del mono, ni á poner en litigio las grandes analogías que existen entre ellos bajo otros puntos de vista [2].

En cuanto á Huxley, tratando de la demarcación entre el reino animal y el hombre, sin rebozo declara "ser pueril toda tentativa de distinción psíquica„, y poco después, contradiciendo lo dicho, escribe: "nadie hay que esté más convencido que yo del inmenso piélago que separa á los animales del hombre civilizado; nadie me aventajará á mí en la firme creencia de que, ora emane de ellos, ora no emane, el hombre no es un simple animal, y jamás trataré con ligereza la dignidad actual del *único ser de inteligencia consciente que hay en el mundo* [3].„ ¿Cuál de estas dos afirmaciones contradictorias tomaremos por legítima expresión del pensamiento del anatómico inglés? Por nuestra parte, no cabe duda; ya hemos llamado la atención sobre el combate que con frecuencia libra Huxley entre sus prejuicios de secta y el testimonio

1 Bert, citado par Quatrefages: «Noticias sobre el progreso de la Antropología», 1877, pág. 80.

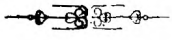
2 Wallace: «La Selección natural», trad. francesa de Candolle, 1872, pág. 346.

3 Huxley: «Lugar del hombre en la naturaleza», edic. de 1891 pág. 87.

de la experiencia. Su lealtad científica no le deja cerrar los ojos á la evidencia de los hechos. El segundo dictamen que acabamos de citar equivale á la justa reflexión de Quatrefages, firmada por todos los pensadores imparciales y de seso.

"Sea cual fuere la ascendencia que atribuyamos al hombre, el naturalista ha de tomarlo tal cual es. Para incluirlo en una clasificación taxonómica es preciso tener en cuenta *todos* sus caracteres, si el método científico se ha de aplicar con fidelidad lógica; no hay facultad para escoger al antojo. Siendo así, ¿es justo olvidemos los títulos más excepcionales del hombre? ¿Es racional considerar el *cadáver del hombre*, dejando á un lado las claras manifestaciones de ese no sé qué residente en nosotros, que nos constituye tal cual somos [1]?"

1 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», 1894, tomo II, página 52.



II.

EL CEREBRO, LA MICROCEFALIA Y EL ATAVISMO.

El cuerpo humano posee organización animal: admitámoslo con Darwin. Repitamos con él que las leyes fisiológicas y patológicas del organismo humano no difieren de las propias de los animales. Sin embargo, observa con razón Virchow, á pesar de esa uniformidad existe un límite definido que separa al hombre del bruto; ninguna experiencia ha destruido ese límite. El límite es la *herencia,* que transmite á los hijos las facultades de sus padres. "Jamás hemos visto que un mono engendre hombres, ó que el hombre tenga monos por hijos. Todos los hombres de aspecto simio son productos patológicos [1].„

Carlos Vogt no participaba de esta opinión hace algunos años; opinaba, por el contrario

1 *Rev. Scient.*, tomo L, pág. 590, 1892.

que el hombre-mono ha dejado, en las generaciones actuales, huellas de su existencia. Los idiotas, los microcéfalos, los imbéciles, son seres que por su cerebro reducido, por sus incompletas facultades, por sus trazas bestiales, presentan un caso de atavismo intermitente y expresan el estado normal del progenitor directo más cercano, del hombre *pitecoideo*, privado de la voz articulada.

¿Es dable admitir la significación y la realidad que Vogt atribuye á estas singulares reapariciones de las señales de abolengo? Veámoslo. Los mamíferos superiores y el hombre ofrecen notable semejanza. Son dignos de reparar en ambos órdenes los mismos elementos anatómicos, la misma distribución y subordinación de partes, idéntica solidaridad entre sus funciones. Si suponemos que por cualquier accidente el cerebro del hombre padezca una alteración que, rebajando el tipo humano, le derribe á la condición del mono, maravilla no será que los otros órganos degeneren al propio tiempo; pero si se manifiestan otras aproximaciones entre el hombre degenerado y la bestia, por lo menos será preciso, para que la teoría de Vogt prevalezca y sea admisible, que dichos puntos de contacto tiendan á estrechar los antiguos lazos de parentesco.

Siendo esto así, resulta un grave infortunio para la teoría del atavismo; y es que, en el caso de microcefalia, las nuevas relaciones de semejanza no se entablan con los monos más elevados, los antropoideos, sino con los monos de

cola prensil del nuevo mundo, que son precisamente los excluidos por Haeckel [1] y por Darwin [2] de la lista de nuestros mayores.

Más: la semejanza supuesta entre el monstruo humano y el mono ha sido exaltada con indebida exageración. Según el testimonio de Pedro Gratiolet, á quien han dado gran celebridad los estudios sobre las relaciones del cerebro y facultades en el hombre y en los animales, el cerebro de los microcéfalos tiene con frecuencia muchos menos repliegues que el de los antropomorfos, con quienes no se puede asemejar. Jamás, si no es por las exigencias de la teoría, hubieran visto los sabios en la microcefalia otra cosa más que un estorbo al desarrollo cerebral, debido á causas meramente mecánicas y fisiológicas. Hoy día, gracias á los trabajos de ilustres teratologistas, como Geoffroy-Saint-Hilaire, Meckel, Vrolick y otros, se conocen, con copia de experiencias, las causas del raquitismo cefálico, las cuales ha sacado á plaza con frecuencia el sabio Dareste [3].

"Un cerebro humano, detenido en el curso de su desarrollo, puede presentar muchas maneras de modificaciones. O bien conserva, aunque muy reducidos, los caracteres del hombre, ó se asemeja á los monos por alguna particularidad ó por otras desviaciones. Puede presentar analogías con otros mamíferos inferiores,

1 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 569.

2 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo I, pág. 213.

3 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, pág. 45; en la *Rev. Scient.*, tomo XIX, 1877, pág. 1062.

ó, finalmente, será la perturbación de tal índole, que no se le encuentre cosa semejante en toda la naturaleza. *De todos estos casos tenemos hartos ejemplos.* Dejemos en silencio, por ahora, los hechos que nos moverían á tenernos por descendientes de tipos desconocidos. Si fuéramos á considerar las anomalías como indicios de las llamadas *formas de abolengo* del hombre, el solo estudio del cerebro nos guiaría á colocar en nuestro árbol genealógico tanto los rumiantes como los monos [1].„

No es esto sólo. Las funciones de reproducción suspenden ó menoscaban su actividad cuando el cerebro detiene el curso de su desarrollo. Y la infecundidad, ¿puede acaso contemplarse como fenómeno de atavismo? Sostener eso fuera arrancar de cuajo los fundamentos del sistema transformista, que todo por entero estriba en la sobrevivencia de aquellos individuos que presentaron alteraciones accidentales; y eso supone una infecundidad mayor en el hombre-mono, puesto que el hombre-mono debió hacerse lugar y salir triunfante en la lucha por la existencia. Si esto es así, ¿con qué justicia invocan como argumento la alteración del cráneo y del encéfalo, dejando olvidada la atrofia del aparato reproductor? ¿Por qué han de estimar la primera por señal de abolengo, y han de remitir la segunda á fenómeno de monstruosidad? ¿Así tiran y aflojan á su talante los

1 Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, páginas 37 y 38.

evolucionistas? Otras anomalías ponderan en favor de su doctrina; pero, ¿no es evidente que si el cerebro, el cráneo, los huesos de la cara, carpo y tarso, el útero, ofrecen argumentos genealógicos, la más elemental noción de lógica obliga á extender estas analogías al organismo entero? ¿No es razón que admitan por fenómenos de atavismo todas las formas anormales del cuerpo humano? ¿Por qué no las aceptan? "¡Ah! Bien saben los transformistas que el rigor del raciocinio los llevaría á patentes absurdos [1]. Sería preciso colocar entre nuestros antecesores á seres sin cerebro y sin medula espinal; á seres de un solo ojo al remate de una especie de trompa; á seres sin brazos ni piernas ó destituidos de extremidades; á seres sin cabeza ni tronco, reducidos á un par de piernas plantadas en una suerte de abdomen rudi-

1 Un anatómico eminente, M. Testut, profesor en la Facultad de Medicina de Lyon, ha estudiado cuidadosamente «Las anomalías musculares del hombre y sus relaciones con la Antropología». Según resulta de sus investigaciones, una sola anomalía, la del músculo *gran pectoral*, relaciona íntimamente al hombre con dos antropomorfos, con tres monos del antiguo mundo, con uno de América, con los lemúridos, en común, con un quiróptero, con dos insectívoros, con los roedores (especialmente al ratón), osos de Europa y América y coatíes, con cuatro fieras (entre ellas la zorra y el gato), con el caballo, foca, carnero, cerdo, con un desdentado, con dos marsupiales, con el ornitorinco, con los cetáceos, los pájaros en general (en particular la paloma torcaz), y, finalmente, con los reptiles, batracios anuros y urodelos.

A estas semejanzas conducen las anomalías acerca de *un solo músculo*. ¡Qué resultaría si refiriésemos al atavismo todo el sistema muscular!—A Testut no le espantan estas consecuencias tan extrañas, como quien conceptúa todas las especies animales, aun las de ínfima calaña, por verdaderos progenitores del hombre; no por eso es menos cierto que, en virtud de la ley de la

mentario; á seres, en fin, compuestos de una bolsa cutánea rellena de grasa, de tejido celular, y de algunos vasos sanguíneos.

Evidentemente, nadie introducirá semejantes monstruosidades en la genealogía humana. Es claro, las exigencias de la teoría fuerzan á veces á admitir como significativas aquellas únicas particularidades que convengan, y á desechar las otras porque cuadran mal con tendencias de escuela ó son indiferentes al fin propuesto. ¿Qué derecho tienen, decía Vogt, para escoger entre los hechos observados y decir: *esto vale, esotro no* [1]?„

Estas observaciones son casi todas de Quatrefages: "Las razones acumuladas por Vogt en un tiempo carecen de valor; con seguridad no las aduciría al presente [2].„ Carlos Vogt

calificación permanente, éstos tipos arriba mencionados no pueden figurar en un mismo árbol genealógico.

Topinard, siguiendo las huellas de Testut, es de opinión que las anomalías nos dan buena luz sobre el origen del hombre, y «demuestran las profundas raíces que tiene éste en el seno de la *animalidad*», de donde colige que, atendiendo á los caracteres de atavismo en el hombre, dimanan de los peces como de fuente original.

Finalmente, el mismo Testut, habiendo descubierto anomalías musculares, cuyo origen no se halla en la serie zoológica, las considera como *Disposiciones anormales que nos conducen á un tipo más perfecto que el tipo humano.* Pero hete aquí que Broca, describe un microcéfalo, cuyo origen, según esta interpretación, «estaría relacionado con los carnívoros y rumiantes, y con el hombre del porvenir». Esto es el colmo de la contradicción, es casi el error erigido en sistema. V. Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, páginas 39 y siguientes.

1 Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, páginas 44 y 45.

2 Ibid., pág. 36.

nada ha objetado á este pasaje, aun después de sometido á su aprobación [1].

No faltan pruebas suficientes para demostrar que la forma más reducida é imperfecta del cerebro no denota *variación regresiva*, ni la vuelta á un ser anterior al hombre, ni mayores afinidades con el mono.

Cuando se estudia el cerebro del hombre comparado con el de los animales, nadie porfía que á mayor volumen absoluto del mismo co-

1 A nadie será sospechoso el testimonio de Quatrefages en la presente controversia, pues, si bien es antitransformista, no se declara partidario de las creaciones sucesivas, y por todos los sabios ha sido universalmente reconocido su recto criterio é imparcial modo de discurrir. Darwin, que le apreciaba en alto grado, escribíale en cierta ocasión:

«Las más de las censuras de V. son severas, pero siempre se descubre en ellas un fondo de cortesía y de estricta exactitud. Puedo decir á V., en verdad, que prefiero ser criticado de esta suerte que alabado por otros... Habla V. de mi buena fe, y es lo que más me complace, pero ciertamente á nadie le cuadra mejor este dictado que á quien, como V., lleva impreso en cada palabra el sello del amor á la verdad. De V. con sinceridad respetuoso y afectísimo,

CARLOS DARWIN.»

(*La Antropología*, 1892, tomo III, pág. 10).—Aún hay más. En el capítulo dedicado á Vogt, en el último libro de Quatrefages «Los émulos de Darwin», se imprimió bajo forma de artículo en *Le Journal des Savants*, y comunicado al profesor ginebrino. La respuesta que dió este á su ilustre censor fué: «En resumen, es imposible que yo añada una *jota* á lo que ha escrito V., y agradezco con toda mi alma la puntualidad del análisis.»

La cita está tomada del mismo Quatrefages («Los émulos de Darwin», tomo II, pág. 1, nota). «Así (palabras textuales), Vogt y Darwin, adversarios científicos míos, han atestiguado la exactitud que me ha guiado en la exposición de las doctrinas que por deber mío combatí. No debo añadir que este ha sido siempre el criterio que me guió cuando hube de analizar las opiniones de los sabios con quienes no he podido estar de acuerdo.»

rresponda un desarrollo más perfeccionado de las facultades intelectuales, pues en tal supuesto nos veríamos obligados á dar la primacía en inteligencia á los mamíferos de tamaño mayor, al elefante, á la ballena, al delfín [1].

Y si hablamos del peso relativo, es decir, de la relación notada entre el peso del cerebro y el de todo el cuerpo, tropezamos con graves inconsecuencias. Establece Duvernoy que en los europeos la razón del cerebro al total del cuerpo disminuye desde la juventud hasta la vejez. ¿Diremos por eso que el adulto tiene menos inteligencia que el niño, y que ya el viejo se acerca más al mono? ¿Y qué diremos del canario y del abejaruco que, á proporción, poseen más cerebro que el hombre? ¿Con qué fundamento se dirá que se acerca al tipo de los pájaros aquel hombre cuyo cerebro pese algunos gramos más que de ordinario?

Digamos, pues, con Gratiolet [2]: "El microcéfalo, por diminuto que sea, no es un bruto, es un hombre pequeño." Así lo afirman casi todos los naturalistas actuales, como Virchow y el mismo Carlos Vogt [3].

El crecimiento del embrión comprueba maravillosamente nuestras conclusiones. Según Gratiolet, las circunvoluciones cerebrales se producen por orden inverso en el hombre y en el mono: "las que se muestran primero en el

1 Milne-Edwards: «Lecciones sobre la Anatomía y Fisiología comparadas», tomo XIV, pág. 188.

2 «Boletines de la Sociedad Antropológica», tomo I, pág. 34.

3 *Rev. Scient.*, tomo L, 1892, pág. 589.

hombre son las últimas que se forman en el mono; de aquí resulta que si, merced á un accidente cualquiera, se detiene el desarrollo cerebral de un niño, en vez de asemejarse su cerebro al del mono, se diferenciará más. ¡Según esta cuenta, el cerebro de un Newton ó de un Pascal es más conforme con el de los simios que el de un idiota!...„ "El defecto de paralelismo en el desarrollo de los órganos correlativos (el cerebro y las manos) denota conveniencias diferentes y fines diversos. En el mono todas las partes se ordenan á la conveniencia material; por el contrario, en el hombre todas conspiran á fines de inteligencia superior de que se halla dotado [1].„

Sigamos, no obstante, á los transformistas, y llevemos hasta el cabo nuestras deducciones. Wallace, émulo de Darwin, con haber llegado á las mismas conclusiones que él, nos da armas con que combatirlas. A juicio de Darwin, la selección natural se apoya en el principio de la *utildad personal inmediata*, es decir, las variaciones de forma actuadas en una especie responden siempre á la lucha *actual* entablada entre los individuos de dicha especie. La selección no produce en ningún caso *variaciones perjudiciales;* tampoco pueden admitirse *variaciones inútiles,* si todo ha de subordinarse á la lucha por la existencia. Pues bien; en el hombre salvaje el desarrollo del cerebro no

1 «Memoria sobre las circunvoluciones cerebrales del Hombre y de los Primates», París, 1854, pág. 84.

guarda proporción con su valor fisiológico; pues, según Galton, un cerebro algo más voluminoso que el del gorila es muy suficiente para las necesidades intelectuales que ha observado en sus largos viajes por la Australia, por la Tasmania ó por la Tierra de Fuego. No tiene fuerza la objeción que presentan los transformistas al decir que si al presente no tiene aplicación el excesivo desenvolvimiento cerebral de las razas inferiores, es, sin embargo, indispensable para la mayor cultura y extensión de conocimientos que de su trato con los países civilizados pueden adquirir, pues si así fuera sería esto indicio evidente de que hay una inteligencia superior que previene y se adelanta al porvenir, de la misma suerte que un agricultor pone los medios necesarios para producir en el cultivo una mejora que ya ha previsto en su entendimiento.

Wallace, que aun cuando evolucionista es lógico casi siempre en sus deducciones, á juicio de Darwin, admite una especie de *selección divina* mal definida, ó sea la acción de "un Espíritu Superior que ha dirigido la formación de la raza humana por medio de agentes sumamente sutiles y que, hoy por hoy, no conocemos..." y "la intervención de una Inteligencia individual distinta que concurre á la produccion del hombre intelectual, moral, indefinidamente perfectible[2]."

1 Wallace: «La Selección natural, pág. 349.—Véanse los capítulos IX y X ó «Los émulos de Darwin, tomo I, páginas 73 y 101.
2 Ibid., pág. 378.

Hablar así es afirmar el dogma católico sobre la creación del hombre, sacándole de los principios transformistas. Harto lo sintió Darwin, y sin rebozo manifestó su despecho en carta dirigida á Lyell, donde lamenta la defección de Wallace y su arrojo en tachar de insuficiente la teoría transformista para resolver el problema fundamental de nuestro origen. Elogia una obra de Wallace, y luego añade: "Pero en lo relativo al origen del hombre estoy con él en total desacuerdo; paréceme raro é increíble lo que opina Wallace... tentado me vi á creer ajenos y apócrifos esos renglones, á no estar convencido de que todo fué escrito por la misma mano [1].„

Las últimas observaciones etnográficas no pueden destruir las conclusiones de Gratiolet acerca de la anatomía comparada del cerebro en los mamíferos superiores y de los casos de microcefalia en el hombre. Recientemente, uno de los oradores más admirados en los Congresos Antropológicos internacionales, Virchow, ha hecho clarísimas protestas sobre el particular en presencia de los naturalistas reunidos en Moscou, hasta el punto de parecer dar la vuelta hacia las docrinas espiritualistas.

„Se creyó hasta hace poco que entre las razas humanas hoy existentes se hallaban muchas que permanecían en el estado inferior y primitivo de su organización; pero habiéndose estudiado con suma escrupulosidad los carac-

1. «Vida y cartas de Darwin», pág. 135.

teres de las razas inferiores, sabemos con plena certidumbre que su organización, no sólo es idéntica á la nuestra, mas aun superior, como se ha comprobado en los esquimales y habitantes de la Tierra del Fuego, cuya cabeza es comparable á las más completas. Las razas de cabeza pequeña, como las del archipiélago Andamán y de Ceylán, no pueden considerarse como verdaderos casos de microcefalismo, pues un estudio exacto y minucioso descubre las diferencias que hay entre ellas y los microcéfalos. La cabeza de un andamán ó de un vedd es muy regular, y sólo se nota que sus partes son algo menores que las del hombre ordinario. Las cabezas, que yo llamo *nanicéfalas,* no reunen los caracteres distintivos de las verdaderamente microcéfalas.

„Una casta hay que hasta ahora ha sido poco estudiada, la de los *orang-simengs* y *orang-cekai,* que habita la región Norte de la Malesia. El intrépido explorador Miklackho-Maklai, el único que ha penetrado en el interior de este montañoso país, ha notado en algunos individuos de los simengs lo diminuto de la talla y lo crespo de sus cabellos. Deseosos de adquirir más noticias sobre este interesante asunto, hemos enviado una nueva expedición encargada de averiguar la parte antropológica de los orang-cekai, y he tenido la fortuna de recibir hace poco un cráneo y unos mechones de cabellos; esta casta es negra, de cabello ensortijado; su cabeza braquicéfala se distingue por el volumen interior muy moderado, mas

no presenta el menor indicio de desarrollo bestial [1].„

Hemos querido hacer hincapié en los rasgos anatómicos del encéfalo, por lo mismo que han dado en llamarle órgano *secretorio* del pensamiento. Aun hay quien afirme, con gran resolución, que la evolución de la inteligencia, del sentimiento moral y religioso, se debe á la evolución del sistema nervioso.

1 Virchow: «Los Problemas de la antropología», *Rev. Scient.*, t. L, 1892, pág. 590. — Véase Nadaillac: «Las Razas inferiores», *Rev. quest. scient.*, 1893, t. XXXIII, pág. 5.

III.

LOS ÓRGANOS RUDIMENTARIOS.

Otro de los fenómenos del imaginado *atavismo* que Haeckel y los discípulos de Darwin invocan á su favor como "la prueba perentoria de la verdad de la doctrina genealógica„, es la persistencia de ciertos *órganos rudimentarios* inútiles. "¡Ah! ¡En qué desesperación caerían los teólogos y dualistas si llegasen á comprender todo el valor de estos hechos!„ Así vocea con desenfado el caudillo de los transformistas [1]. Concedemos de buen grado que no cabe explicación plausible de la existencia de estos órganos, en concepto de aquellos sabios, que, encerrados dentro de su sistema, no admiten otra creación del hombre sino la puramente mecánica de la evolución; pero tam-

1 «Historia de la creación», paginas 254 y 258.

poco los esfuerzos de Darwin en dar cuenta de estos fenómenos satisfacen á los transformistas.

Examinemos los argumentos y veamos qué mérito tienen. "No hay un solo animal de organización superior que no ofrezca partes en estado rudimentario. Estas, ó no traen utilidad, v. gr., las tetillas de los machos, ó se la procuran tan limitada, que es imposible suponer se hayan desarrollado en las condiciones á que hoy quedan reducidas... Por su variabilidad desaparecen con frecuencia, para reaparecer más tarde [1].

El hombre no forma excepción de la regla. Muchos animales, especialmente el caballo, tienen la facultad de mover ciertas partes de la piel por la contracción de los músculos subcutáneos. Al decir de Darwin, en el hombre se descubren vestigios de esos mismos órganos. Los músculos que en varios animales sirven para mover las orejas, el tercer párpado ó membrana nictitante de los pájaros, la cola de los vertebrados, la capa vellosa uniforme de los mamíferos; todo se halla en el hombre en estado rudimentario. ¿Hemos de considerar estas conformaciones imperfectas como caprichos del Creador, ó son complemento exigido por la reproducción intencional del tipo progenitor del árbol genealógico?

En concepto de los transformistas, la forma-

1 Gaudry: «La Sucesión en el reino animal», tomo III. — «Los Mamíferos terciarios, pág. 140.

ción independiente de los seres conforme á un plan preconcebido no es explicación científica. Darwin opina que "para entender la existencia de los órganos rudimentarios, hemos de suponer que nuestros antepasados poseían enteramente desarrolladas las dichas partes, las cuales después vinieron á menos y se empequeñecieron con las alteraciones de costumbres de la vida„. Según esto, los órganos rudimentarios, en vez de contrariar el orden del mundo orgánico, señalan los trámites por donde pasan las especies en su evolución incesante, y dejan entrever la constitución de los tipos anteriores pertenecientes á la misma serie.

La explicación no deja de ser sutil. También satisface á los transformistas moderados que colocan al Artista divino al frente de la creación. ¿Pero es verdad todo cuanto afirma? ¿Ha arrojado alguna luz sobre la genealogía humana? ¿A qué forma primitiva nos conduce la cubierta vellosa tan característica del linaje humano, desarrollada *por orden inverso al que se nota en todos los mamíferos?* ¿Está bien demostrada la inutilidad y el carácter de *atavismo* de ciertos elementos anatómicos?

Oigamos las reflexiones de Huxley, uno de los fundadores de la anatomía comparada, y apellidado por Quatrefages "el más puro y fiel darwinista„ [1]. "Muchas veces, pensándolo, me ha parecido, dice este sabio inglés, que los órganos rudimentarios son un arma de dos filos.

1 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, pág. 62.

Si suponemos, con los transformistas, que los órganos inútiles se atrofian, la existencia de los rudimentos de artejos laterales en el pie del caballo nos proporciona este dilema: ó dichos rudimentos no sirven al animal, y entonces ya debían haber desaparecido desde la época pliocénica en que apareció el caballo, ó traen utilidad real, y entonces no sirven de argumento á los transformistas. La existencia de los pezones y glándulas mamarias de los mamíferos masculinos es otro argumento aún más fuerte contra la evolución, puesto que se han registrado muchos casos de funcionamiento de estos órganos; en este supuesto, ¿cómo se explica que no habiendo sido jamás útiles para la nutrición de los hijos las glándulas mamarias del macho, se hayan conservado hasta nosotros, presentando casos tan anómalos como los que acabamos de apuntar? En realidad, ¿puede ser útil su conservación? Es posible que sí; mas en tal caso, su valor demostrativo se perdió [1].»

Huxley opina que los órganos rudimentarios no ofrecen argumento de valor, de la misma suerte que no lo ofrecen tampoco las meras analogías morfológicas de los miembros normalmente desarrollados. Carlos Vogt convence de este aserto á sus lectores en su aguda diatriba contra los *dogmas de la ciencia*. Los fenómenos que sirven á los transformistas son tan heterogéneos y contradictorios como el

1 «Los problemas de la Geología», pág. 113.

axioma de la evolución; formas idénticas demuestran un mismo origen [1]. Este axioma, ¿favorece á los partidarios del origen simio? Veamos qué responden los evolucionistas.

1 *Rev. Scient*, 1891, t. XLVIII, pág. 78.

IV.

SEMEJANZAS ANATÓMICAS ENTRE EL HOMBRE Y LOS MONOS.

En cierta ocasión, refiere Huxley, hube de quedarme largas horas solo y pensativo en la cumbre de Grands Mulets. Al contemplar á mis pies el pueblo de Chamounix, parecióme verlo sepultado en un abismo. Antojábaseme inmensa la profundidad de la sima; ignorando el camino que debía conducirme á la población, me hubiera perdido indefectiblemente entre las quebradas de la montaña; sin embargo, yo sabía que el abismo que me separaba de Chamounix, aunque á mis ojos infinito, no lo era para los que, conociendo el terreno, iban provistos de medios seguros para hacer la travesía.

„Lo que entonces pensaba, me viene á la memoria cada vez que comparo al hombre con el mono: que hay, ó que hubo camino para pasar del uno al otro, no lo dudo; pero estoy en

la firme convicción de que entre ambos media un abismo *(plainly abysmal)*, y por mi parte prefiero confesar que ignoro el sendero, antes que exponerme á dar conmigo en un barranco, como sucede á los impacientes que no esperan los progresos de la ciencia [1].„

Nos gusta citar á Huxley. No obstante su aversión á las doctrinas espiritualistas, es un sabio leal y sincero, y goza como nadie de autoridad suficiente para dar lecciones á los más empedernidos materialistas, como aconteció cuando el célebre Bathybius Haeckelli.

En otro pasaje de sus obras es aún más categórico el anatomista inglés. Después de protestar contra los que estiman por de poca significación las diferencias de estructura entre el hombre y los monos más perfectos, añade: "Cada hueso del gorila lleva grabado un sello que le distingue del hueso correspondiente en el hombre: en la creación actual, quien porfía en negar la distancia ó el abismo infinito que va del hombre al troglodita, merece baldón ó se deleita en absurdos [2].„

Pondrá en litigio el mérito de este testimonio quien lea á renglón seguido estas otras palabras: "La línea de demarcación no es menos profunda, y por falta de formas intermedias no es menos completa entre el gorila y el orang, ó entre el orang y el gibbon.„ En otra parte dice: "Sea cual fuere la porción de la economía ani-

1 Huxley: «Lugar del hombre en la naturaleza».
2 Loc. cit., pag. 79.

mal, la serie de músculos, la víscera que escojamos para entablar comparación, al fin venimos á parar en lo mismo, á saber, que los monos inferiores y el gorila se diferencian entre sí más que el gorila y el hombre [1].„

La respuesta no ofrece dudas. Ante todo, la postrera proposición de Huxley es inexacta. Quatrefages se arrepintió de haberla admitido por verdadera, fiado en el dicho de un tan eminente anatómico: las comparaciones de este género son vidriosas, llevan consigo el achaque y participan de las tendendencias del que las hace [2]. Si las aseveraciones tan explícitas de Huxley son conformes á la realidad, proclaman siquiera la independencia genética del hombre y los antropomorfos, y por lo mismo la necesidad de referirlos á un antecesor común mucho más antiguo en la serie zoológica. Eso prueba que no tenemos noticia de nuestros progenitores inmediatos, y que toda buena razón y toda legítima observación clama contra la hipótesis de nuestro origen monesco. Los monos más elevados serán á lo más parientes por línea colateral, y habremos de *inventar* nuevos tipos que reconstituyan nuestra línea ascendente.

Con razón dice Vogt, que, aun suponiendo ya conocido *el precursor fósil* del hombre, "el puente para pasar de ese mono á los otros monos, de éstos á los prosímidos, de éstos á otras formas de mamíferos más antiguos, viene á ser

1 Ibid., pág. 47.

2 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, pág. 116, nota 3.ª

como el arco iris de la fábula, que conducía á la Walhalla, y por el cual cabalgan las walkirias y otros seres fabulosos [1].

Muchos libros se han dado á luz [2] sobre las relaciones anatómicas entre el hombre y el mono. Todas las piezas del esqueleto y todas las partes blandas del cuerpo han sido confrontadas: cráneo, dientes, columna vertebral, pelvis, miembros, manos y pies, cerebro, músculos, vísceras y aparato fonético. Hace tiempo que

1 Vogt: «Dogmas de las ciencias», en la *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, pág. 648.

2 De Quatrefages: «Los émulos de Darwin», tomo II, páginas 163 y 164. — El abate Hamard: «Lugar del hombre en la creación», en la *Rev. quest. scient.*, 1878, tomo IV, pág. 165.— El abate Le Hoi: «Quatrefages y la evolución», en la *Rev. quest. scient.*, 1892, tomo XXXII, páginas 368 y 372.—El abate Lecomte: «El darwinismo y el origen del hombre», 1873

En la obra de Huxley, «Lugar del hombre en la naturaleza», y en la más reciente de Topinard, «El Hombre en la naturaleza», 1891, se contiene un estudio muy completo de las relaciones anatómicas que tratamos. Topinard es escritor serio cuando *no generaliza* las conclusiones: su libro encierra algunos pasajes que, confrontados entre sí, demuestran á qué consecuencias se ven forzados los materialistas cuando quieren defender á todo trance sistemas concebidos *a priori*.

Citemos algunos párrafos.

«La primera condición en *antropología* es situarse en regiones elevadas por encima de las luchas de los hombres, procurar tranquilidad y desprenderse de toda influencia mezquina, de toda tendencia subjetiva» (pág. 12).

«El asunto que se discute (lugar del hombre en la naturaleza) es muy sencillo. Para su resolución basta enumerar los hechos observados, comparando aparatos y órganos, y señalado el pro y el contra, ver cuya es la victoria» (pág. 171).

«El órgano tenido en más estima por su importancia, el cerebro, es el asiento de maravillosas facultades *ajenas á nuestra controversia*, que hacen del hombre el rey de la creación» (página 178).

«Consultada la craneoscopia, debemos decir que todo milita

Wallace preguntó si puede considerarse como resultado de la selección natural la piel desnuda del hombre, sus pies no prensiles, su estatura recta, que tanto le apartan de los monos. Otros autores han estudiado con toda minuciosidad el desarrollo del feto y aun los más insignificantes pormenores, deduciendo las mismas conclusiones.

Sería superfluo, para nuestro propósito, recorrer con detención todas estas particularida-

contra la inclusión del hombre y de los antropomorfos en un mismo grupo» (pág. 248).

«Por la parte inferior del tronco, los antropomorfos se separan completamente del hombre, debiendo ser colocados en el grupo de los monos» (pág. 264).

«Por sus miembros superiores, los antropomorfos se acercan al hombre; por los inferiores se alejan buen trecho» (pág. 281).

«Aunque morfológicamente y fisiológicamente los antropoideos se parezcan al hombre, son, sin embargo, verdaderos monos. El hombre debe quedar aislado, y superior por sus caracteres generales (actitud, conformación, etc.), al grupo de los monos, y antropoideos que forman el orden de los primates» (pág. 298).

«El hombre es, ciertamente, una de las más espléndidas manifestaciones de esa potencia creadora disimulada con el nombre de evolución» (pág. 299).

«Muy perdido debe andar por un sistema quien no vea la inmensa distancia que va del gorila y orangután al Apolo de Belvedere ó á la Venus de Milo» (pág. 317).

«Las anomalías y los órganos rudimentarios abogan con energía en favor del origen animal del hombre, y hacen patentes las profundas raíces que tiene nuestro ser en el seno de la animalidad» (pág. 318).

«¿Es admisible que la microcefalia reproduce el estado que debió tener el hombre-mono, ó hemos de afirmar con más fundamento que ciertos estados teratológicos son verdaderos casos patológicos?» (pág. 320).

«Cualquier anomalía que reproduzca una forma animal anterior, no debe conceptuarse retroceso zoológico» (pág. 323).

«El hombre, por las propiedades de su órgano cerebral, por el juicio exacto que forma de las cosas, por su *memoria*, que le

des. Sólo nos interesa esta conclusión; hace tiempo no tienen más remedio que admitirla los darwinistas. Hela aquí: Si el gorila se asemeja más al hombre por los caracteres anatómicos de sus manos y pies, el gibbon es quien más semejanza tiene por la configuración de su caja torácica, el orangután per su cerebro y el chimpancé por su cráneo y dientes... En una palabra, las relaciones morfológicas son distintas según son distintos los caracteres

deja *almacenar* muchas observaciones, deduciendo del conjunto de ellas teoremas generales, por su iniciativa, ajena de ideas rutinarias, y por sus ideales conceptos, puede, con *un esfuerzo de ingenio*, considerarse como colocado en un reino aparte en el *cosmos*» (pág. 333).

«Cuando se quiera medir el intervalo que hay entre entre el hombre y los antropomorfos, hágase un cómputo general, examínense todas las divergencias que á veces provienen de contemplar un solo aspecto del problema. Así hemos procedido nosotros (¡!)» (pág. 335).

«Los antropomorfos difieren de los monos *infinitamente* menos que del hombre» (pág. 338).

«Si el hombre no ha sido criado de una manera excepcional y fuera de las leyes naturales, si se ha formado de un tipo preexistente, es razonable afirmar, para que el *salto* sea menor, que deriva de uno de los grupos inmediatamente inferiores y que más semejanza tiene con él. Ahora bien; *en esto no cabe duda; el grupo menos apartado* (Topinard acaba por decir infinitamente apartado) en el sub-orden de los simios, es el de los *antropomorfos*. Estos, que han nacido de los otros monos por derivaciones sin número, pueden, ó conducir al hombre, ó formar una serie especial en la evolución que no lo incluya» (pág. 341).

«Para aventurar algunas conjeturas sobre el hombre ó su precursor mioceno (ambos á dos ciertos, aunque carezcamos de pruebas), hay que contentarse con probabilidades generales suministradas por la historia natural. Lo habemos visto, la historia natural demuestra, sin que pueda ponerse en disputa, que el hombre desciende de un primate» (pág. 347).

La lógica de Topinard es una pura chanza; quien así discurre, posee de sus lectores un concepto bien triste!

que se consideren; y para fijar quién fué nuestro antecesor, hemos de echar mano arbitrariamente de las que queramos. Por esto ningún sabio de buena fe osa afirmar que tengamos lazos de parentesco inmediato con cualquier tipo de los monos antropomorfos.

V.

NUESTRO IMMEDIATO ANTECESOR.

Darwin y Haeckel introdujeron formas hipotéticas de transición entre el hombre y los primates más elevados. Razón era que las apariencias justificasen tan gratuitas descripciones [1].

Según el testimonio de Topinard [2], Huxley nunca expresó su sentir sobre el inmediato origen del hombre. El anatomista inglés prefiere dejar á la discreción de Darwin las consecuencias de los principios que sostiene... [3]. Arbitrio muy cómodo y poco expuesto á fracasos.

Carlos Vogt, que publicó en el curso de 1862

1 Darwin: «La Descendencia del hombre», tomo I, pág. 229. — Haeckel: «Historia de la creación», pág. 585. — «Antropogenia», pág. 520.

2 Topinard: «Las últimas etapas de la genealogía humana», en la *Rev. de Antropología*, 1888, pág. 318.

3 Huxley: «Lugar del hombre en la naturaleza», prólogo, pág. VI.

á 1864 un libro titulado *Lecciones sobre el hombre*, saca por consecuencia la multiplicidad de las especies humanas, y atribuye su origen á monos de diversa especie, aun admitiendo la existencia de seres intermediarios desconocidos. "Si en distintos puntos del globo pudieron los antropoideos provenir de diferentes troncos, no vemos por qué esas mismas series en su obra consecutiva no habían de llegar al hombre. En otros términos: ¿por qué los hombres americanos no se han de derivar de monos americanos, los negros de monos africanos, y los negritos de monos asiáticos [1].„

La magnífica obra del profesor ginebrino *Los mamíferos*, que vió la luz pública el año 1883, descubre un cambio de ideas total, ó más bien una incertidumbre muy notable en persona que repara poco en declararse, y que da mucho que pensar á Topinard [2].

Según Carlos Vogt, no se ha verificado "evolución alguna del tipo simio á través de los períodos geológicos„, y es imposible "señalar progreso alguno en este tipo á partir del terreno mioceno superior„. Por lo tanto, "el hombre no está en relación genésica directa ni con los monos actuales ni con los monos fósiles, pero los dos (el hombre y el mono) han nacido de un padre común, cuyos caracteres se revelan mejor en la niñez que en la edad adulta [3]. Vogt se guarda muy bien de señalar quién fué ese

1 Vogt: «Lecciones sobre el hombre», páginas 617 y 626.
2 *Rev. de antropología*, 1888, pág. 321.
3 Vogt: «Los mamíferos», pág. 65.

padre común; pero de sus razonamientos parece deducirse que sería un *Ungulado*, cosa que Topinard no puede consentir.

Finalmente, en 1891, en un artículo sobre "Los dogmas de la ciencia", habla de esta suerte sobre la genealogía de Haeckel: "Nada hay bien deslindado en este territorio... Entre tanta behetría de opiniones divergentes y contrarias, no se divisa ni el primero, ni el medio, ni el último de los jalones, y, sin embargo, nos cuentan, y gravemente nos participan, sin dejar lugar á réplica, que la serie de los antecesores del hombre constituye una cadena no interrumpida de formas, derivadas unas de otras en unidad continua, y que la ley debe aplicarse á todas las especies sin distinción [1].

Aquí tenemos á Vogt reducido al extremo de no seguir sistema ninguno: como quiera, la confesión de su ignorancia le honra. Otros sabios hacen menos esfuerzos que él por defender la verdad. Véase, en corroboración de este aserto, lo que dice Topinard, secretario de la Sociedad Antropológica de París. Perdónenos el lector si citamos á un librepensador y materialista: conviene que el público juzgue como es razón las declamaciones incoherentes y ruidosas de estos hombres. En su libro *Últimas etapas de la genealogía del hombre*, publicado en 1888 por la *Revista de Antropología*, se lee:

En el asunto de la derivación del hombre, no hay para qué especificar á qué tipo de los tres

1 *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVII, pág. 649.

que conocemos entre los antropoideos le corresponde la paternidad, porque si entramos á examinar de cerca las cosas, nos veremos forzados á rechazar los tres tipos á la vez... El antropoideo que en un tiempo se trocó en hombre, no le conocemos al presente... No hay especie que positivamente conduzca del mono al hombre.„ De aquí concluye con gran lógica [1] Topinard que "*descendemos del mono, ó por lo menos las cosas suceden como si descendiéramos de él.*„ Por toda justificación apela al sospechoso método de los que pretenden descubrir cierto encadenamiento de restos animales fósiles, á pesar de ser insuficientes los datos de observación. "En paleontología, añade, todo lo que enseñan como series de especies, no es en realidad más que series de caracteres. La antropología comparada nos muestra una porción de caracteres en forma de series, que van de los monos al hombre, pasando ó no por los antropoideos [2].„

La teoría de nuestro parentesco simio descansa en este solo hecho, á saber: que examinados en general varios hombres de diversas razas, se puede señalar la existencia de algunas anomalías, monstruosidades ó propiedades individuales, realizadas las unas en el gorila, otras en el chimpancé, otras en el orangután, otras en cualquiera de los monos inferiores. Pero ¿cómo ha podido el hombre, siguiendo las

1 *Rev. de Antropología*, 1888, páginas 322, 331 y 342.
2 Topinard: «El hombre en la naturaleza», pág. 341.

leyes de la evolución, tomar de cada animal lo que ha querido sin descender de ninguno de ellos? ¿Qué relación guarda el hombre con el *tipo general* de que hace mención Topinard y que tan sólo existe en su imaginación? ¿Para alcanzar todos los caracteres divergentes y entrecruzados que aparecen por atavismo, nos remitirá acaso, como Haeckel y Mortillet, á la rebusca de formas extintas? ¿Pero qué es esto sino conceder al tronco hipotético del mono más perfecta organización y más parecida al hombre que las diversas ramas de él derivadas?

En conclusión, excepto Haeckel, nadie ha llevado tan adelante la extravagancia como Topinard. Y prosigue diciendo:

"Descendemos del mono; pero ¿de qué clase de monos? ¿de los conocidos en la actualidad ó de otros? No lo sé, pero seguramente de ninguno de los antropoideos de hoy. Tampoco puedo afirmar si han sido distintos los predecesores del hombre, ó uno solo; no sé aún si soy monogenista ó poligenista. Estudiando las razas humanas, siempre descubro argumentos en pro y en contra... [1]."

Siquiera suspende el juicio esta vez, porque en el estado actual de cosas la prudencia impone á los sabios la obligación de no sentenciar á la ligera; mas luego Topinard, unas líneas más abajo, echa un borrón á su fama científica por acariciar sus ideas preconcebidas. Dice así:

1 *Rev. de Antropología*, 1888, pág. 331.

"Descendemos del mono, ciertamente, pero por medio de una tropa de seres intermediarios, más ó menos antropopítecos: de ellos no queda vestigio en la paleontología, pero nuestra imaginación los columbra, los primeros, con un cerebro como el de los microcéfalos de Vogt, y los siguientes con cerebro mayor, mayores lóbulos frontales, más circunvoluciones, hasta llegar al tipo actual. Al principio, quizá en los albores del mioceno, hombre y mono eran una misma cosa; entonces se produjo una ruptura, la hendedura creció, convirtióse en cañada, después en abismo escarpado, como las quebradas del Colorado; abismo, que aunque Hovelacque no lo quiere admitir, basta que agrade á Huxley y Vogt, poco sospechosos de ortodoxia. El abismo aumenta de día en día á nuestra vista, y si bien aún se pueden rastrear los senderos que conducen de una á otra ladera, y de ellos habla Huxley, llegará día en que sea infranqueable, tanto por la desaparición de los últimos antropomorfos actuales, como por el fenecimiento de las últimas razas humanas inferiores, quedando el hombre aislado y majestuoso, proclamándose con ufanía Rey de la Creación."

"Nuestros deseos, pensamientos y acciones no tienen límite; todo gira en torno nuestro. ¿Qué más falta? ¿Ser dioses? Tal vez eso llegue en su día; la evolución no ha pronunciado aún su última palabra. Si ha existido el *antropopíteco,* existirá el *antropoteomorfo.* Hovelacque ha reconstituido el primero; ¿por qué no he-

mos de constituir el segundo, el hombre del porvenir [1]?„

Felicitamos cordialmente á los lectores de Topinard, que han tenido valor para aficionarse á tan monstruosas fantasmagorías. La ciencia ha de ser implacable contra quien de esta suerte abusa de lo que á su alcance pone todo el furor de la incredulidad.

Desgraciadamente, la turba de necios se deja fácilmente hechizar, en especial cuando se les avivan las pasiones. Bien dijo el poeta:

"Del más hermoso clavel,
honra del jardín ameno,
el áspid saca veneno,
la industriosa abeja miel.„

1 *Rev. de Antropología*, 1888, pág. 332.

VI.

LA EMBRIOGENIA Y LA EVOLUCIÓN.

Del estudio de los hechos embriogénicos pretenden los haeckelianos sacar argumentos en favor de su sistema. "Los que interponen un abismo entre el hombre y el resto de la creación, no reciben placer de esta suerte de hechos, y menos le reciben los que no quieren se les hable de nuestro origen animal [1]."

En 1824, el médico francés Serres, célebre por sus obras sobre la anatomía comparada, observó que todo animal superior reproduce sucesivamente, durante su período embrionario, los principales grados de organización inferior, y que el hombre, desde el estado de simple infusorio, va adquiriendo los caracteres de molusco, articulado, pez, reptil y mamífero. Darwin se apoderó de esta idea y la ajustó á

1 Haeckel: «Historia de la creación», pág. 261.

sus teorías evolucionistas, admitiendo que existen conexiones entre el desarrollo individual de una especie y la filiación de la misma, y que la sucesión de formas en el embrión puede revelar enlaces de esta especie con otros tipos, y tal vez el órden de sucesión á partir de los primeros organismos.

Darwin, que era naturalista eminente y observador sagaz, quiso particularizar más este punto, pero le abandonó sin conseguir su intento. Haeckel, que según la maliciosa observación de Vogt, "*todo se lo sabe*", formuló luego, con la seguridad que le distingue, "*la ley biogenética fundamental*", que resume sus ideas sobre el particular. Enunciemos esta ley traduciendo las palabras de Haeckel, pero notemos, sin embargo, que en el prefacio de la edición francesa, Martins se ha creído obligado á explicar los neologismos inútiles del naturalista alemán, y Vogt se confiesa incapaz de entenderlos, aun teniendo el diccionario griego á la vista [1].

"La historia del óvulo es un extracto de nuestra propia historia; en otros términos, la *ontogenia es una recapitulación compendiada de la filogenia*, ó, mejor todavía, la serie de formas que recorre el organismo individual en su desarrollo á partir de la *célula-huevo*, hasta el estado de perfección debido á su tipo, es una recapitulación sucinta de las formas que los antecesores de este mismo organismo (ó las

1 *Rev. Scient.*, tomo xx, 1877, pág. 1080.

formas primitivas de la especie) recorrieron desde los tiempos más remotos, desde la llamada creación orgánica hasta nuestros días [1].

Aplicando al hombre esta ley en los dos primeros meses de su vida embriológica, el feto pasa por cierto número de formas que reproducen los principales términos de la serie genealógica de Haeckel. Desde el estado de simple célula, se transformará sucesivamente, adquiriendo los rasgos generales del amphioxus, lamprea, tiburón, dipneuste, anfibio, marsupial, prosímido y mono, dando de esta suerte, en su corta evolución embrionaria, una excelente idea de sus remotos orígenes.

En sí misma considerada, esta ley no parece inverosímil, y concebimos que habría podido expresar fielmente el contenido de las observaciones. El hombre nace, efectivamente, como todos los vertebrados, de una *célula-óvulo* con núcleo, que por segmentación y diferenciación progresiva da un *producto* semejante, en un momento dado, á los embriones del mono, del perro y de otros géneros inferiores. Pero las observaciones de la embriología comparada no dan licencia para afirmar otra cosa más. Haeckel, que en tono tan arrogante proclamaba su ley, hubo de confesar que el paralelismo era muy imperfecto. Para defenderlo cita, como Darwin [2], algunas *semejanzas aisladas* sin clara significación ni cosa de importancia. Mas los

1 Haeckel. «Antropogenia», 1877, pág. 6.
2 Darwin: "La Descendencia del hombre", pág. 15.

dibujos que representan los embriones de diferentes especies (el hombre entre ellos) han debido falsearse para satisfacer á las exigencias de la ley biogenética de Haeckel [1]. Este rasgo de probidad científica, que por sí solo resuelve la cuestión, no pasmará á los lectores del profesor alemán; cada página de su libro es una delación de sus ordinarias prevenciones.

A pesar de todo, Carlos Vogt quiso honrar á Haeckel, discutiendo las pruebas alegadas en favor de la ley. Su juicio es para nosotros de tanta mayor estima, cuanto que el profesor suizo admitía, hace poco, un paralelismo bastante riguroso entre las diversas fases del desarrollo de los animales hoy florecientes y la sucesión de fósiles desde su primera aparición hasta la época moderna.

Haeckel no podía ocultar que su famosa ley se hallaba en frecuente contradicción con los descubrimientos de los naturalissta; contradicción que hubiera arredrado á cualquiera menos al creador del sistema monista; pero lejos de desazonarle, impulsóle á defender *su dogma* con la imaginada *ley de la herencia resumida,* según la cual, las series de formas evolutivas inferiores pueden quedar interrumpidas ó incompletas, y con la ley de la *herencia falsificada,* merced á la cual ciertos tipos de una genealogía pueden presentar anomalías inexplicables ó estar *alterados.* Vogt se su-

1 *Rev. quest. scient.,* 1889, t. xxxv, pág. 131.—Vigouroux: "Los Libros santos y la crítica racionalista", tomo II, pág. 608, nota.—De Nadaillac: "El Problema de la vida", pág. 48, nota.

blevó contra este amaño, que sustituía la arbitrariedad de un sistema á la realidad de los hechos, y los delirios de una imaginación exaltada á los datos positivos de la observación.

En 1877 escribía [1]: "Es evidente que, considerando las cosas bajo el punto de vista de Haeckel, no hay ontogenia ni filogenia que no se haya falsificado de un cabo al otro cabo.„ Más adelante, combatiendo la *ley biogenética fundamental*, decía: "En vez de abandonar la doctrina cada vez más insostenible, se ha inventado una cosa más insostenible aún, si ser pudiera. Hablan de *cenogenia* ó *embriogenia* falsificada. ¡Pobre lógica, á qué torturas te someten! ¡La naturaleza desnaturalizando su propio plan con la introducción de elementos heterogéneos que echan por tierra la homogeneidad de la ley biogenética!... ¡Maldito embrión, que desobedece á las leyes otorgadas por un príncipe de la ciencia; mereces el estigma de la reprobación como falsario [2]!„

Recientemente, ha vuelto Vogt á reprobar aún más acremente las incalificables invenciones de Haeckel. La tesis que demuestra en su artículo sobre "Los dogmas de la ciencia„, de Mayo de 1891, es como sigue:

"*El paralelismo primitivamente establecido entre los embriones y nuestros antepasados,*

1 Vogt: "Orígenes del hombre„, en la *Rev. Scient.*, 1877, tomo XIX, pág. 1059.

2 Vogt: "Algunas herejías darwinistas„, en la *Rev. Scient.*, 1886, tomo XXXVIII, pág. 485.

se ha abandonado ya, en vista de la imposibilidad que existe cuanto á la reducción filogénica pura de las formas embrionarias. Se ha abandonado en cuanto se ha reconocido que en muchos casos no es posible reconocer en los antepasados fases de desarrollo ontogénico; y ha sucumbido del todo cuando debemos decir con Lang, que el desarrollo (ontogénico) puede seguir vías diferentes hasta llegar á la misma fase final.„

La evidencia acaba por triunfar en los ánimos más rebeldes. El fogoso profesor de Jena, que siempre ha hecho semblante de creer que sus principios y consecuencias estaban por encima de toda crítica, no ha podido menos de opinar como su colega de Ginebra. Véase lo que aparece escrito de su mano en la *Revista Científica*, de 18 de Noviembre de 1893. Convencido Haeckel de la imposibilidad de reconstituir series enteras de tipos por efecto de la destrucción muy probable de una infinidad de formas fósiles, exclama:

"En vista de esto, los naturalistas han abierto otros senderos más amplios y sinuosos, y también menos fecundos. Partiendo del principio que el desarrollo de un organismo es la sucesión entera ó abreviada de los fenómenos morfológicos que un día le dieron origen, han creído que los hechos embriogénicos podían (por lo menos en común) ser consultados para reconstruir los estados anteriores del ser, ó, dicho de otra suerte, que la *ontogenia reproduce la filogenia condensada.*

„Si esta proposición hubiera gozado de la certeza que se le atribuye según su forma aforística, el problema de la evolución animal ó vegetal, habría hallado su solución natural en los estudios embriogénicos. Pero la naturaleza se amolda mal á la rigidez de nuestras fórmulas, así que los más apasionados embriologistas se han visto obligados, después de titánicos esfuerzos, á reconocer que los datos embriogénicos adquiridos en zoología, si bien muy fecundos en sí, no forman, aun después de pasarlos por la criba de una severa y rigurosa interpretación, un caudal de hechos aptos á constituir sillares suficientes para una clasificación evolutiva.

„Este fracaso parcial del principio en el terreno zoológico se había de convertir en verdadero desastre en los dominios de la Botánica. Podemos afirmar resueltamente que si la ciencia de los animales se ha enriquecido con el conocimiento de los estados embriogénicos llenos de enseñanzas para la evolución, nada satisfactorio se ha deducido de los hechos numerosos registrados por los botánicos que han estudiado la embriogenia vegetal. Tal es el balance, tal la situación en este doble terreno.„

Nueva confesión de la impotencia del materialismo. ¿Y es este aquel mismo Haeckel que veinte años atrás tomaba sobre sí la incumbencia de "divulgar por doquiera las verdaderas relaciones entre el hombre y el resto de la naturaleza„, y de encaminar nuestros filósofos y teólogos que crean llegar por puras especula-

ciones y divinas inspiraciones á conocer el organismo humano?

Concluyamos. La llamada *ley fundamental del desarrollo orgánico*, es una gratuita generalización, que por su aspecto seductor ha merecido los aplausos de la escuela transformista. En cuanto á las leyes complementarias de la *herencia alterada* y la *herencia abreviada*, nadie las invoca (según las mismas palabras de Vogt), sino por presunción, por ignorancia ó por pereza.

Acabamos de examinar las principales razones presentadas por los partidarios de nuestro origen moneseo; todas quedan reducidas á meras conjeturas ó inducciones ilegítimas. Los propios darwinistas reconocen su poco valor. No obstante, la ciencia es deudora á Darwin, á Wallace y á sus discípulos de una multitud de observaciones exactas é ingeniosas. La hipótesis transformista ha ocasionado hermosos estudios, que han arrojado mucha luz sobre las analogías entre los organismos fósiles y los actuales de entrambos reinos.

Todos los sabios acatan la existencia de dichas analogías. Es evidente que los animales se reducen á un número determinado de tipos principales, los unos derivados de los otros

mediante modificaciones razonables. Los naturalistas averiguaron este hecho desde muy antiguo, y las clasificaciones propuestas por Lamark y Linneo atestiguan bastantemente sus esfuerzos en agruparlos con método según el orden real, aunque á veces poco aparente, de su complicación progresiva. Mas sea cual fuese el modo de aparecer que las especies tuvieron, no lo debemos olvidar, se han de hallar semejanzas más notables entre unas formas que entre otras; y es muy problable que cada tipo, ora de los antiguos, ora de los actuales, ya hubiera nacido por generación espontánea, ya por evolución lenta ó por creación, ocuparía el lugar correspondiente en nuestros cuadros taxonómicos. Por esto, las clasificaciones, á falta de otras pruebas, no establecen, por muy lógicas que sean, sucesivo encadenamiento por vía de descendencia, porque, digan lo que quieran los darwinistas, la unidad de plan no es la unidad de origen, y el parentesco ideal nada tiene que ver con el parentesco real.

CAPÍTULO IV.

El hombre mono y los precursores de Adán ante la Teología.

I.

TENDENCIAS RELIGIOSAS DE DARWIN Y HAECKEL.

L transformismo aplicado al hombre no resuelve la cuestión de su origen. ¿Es conciliable con la fe católica? Oigamos á Darwin, á sus secuaces, á los intérpretes de las Sagradas Escrituras y á los sabios cristianos.

Cuando en 1859 Darwin publicó su notable obra *El Origen de las especies*, se defendió de aquella imputación de haber querido "herir los sentimientos religiosos de algunos [1]." En el libro *La Descendencia del hombre*, dado á luz en 1871, no se le ocultó que sus opiniones serían denunciadas como altamente antirreli-

1 Ob. cit., traducción francesa de Mlle. Royer, 1862, pág. 665.

giosas; pero añadía [1]: "¿Es acaso más irreligioso explicar el origen del hombre en virtud de las leyes de la variación y de la selección natural, que explicar por las leyes de la reproducción ordinaria la formación y nacimiento de cada individuo?„

Darwin se hallaba perplejo á las últimas consecuencias de su sistema, y jamás quiso hacer de sus ideas una máquina de guerra contra las verdades religiosas. En una de sus últimas cartas al Rdo. J. Fordyce, se declara víctima de la duda, y asegura no haber sido en su vida ateo [2].

1 Ob. cit., traducción francesa de Moulinié, 1872, tomo II, página 416.

2 "Vida y cartas de Carlos Darwin„, traducción francesa de Varigny, tomo I, pág. 353.—Mucho se ha discutido con motivo de las opiniones religiosas de Darwin. Creemos que el lector verá con gusto el resumen publicado por Quatrefages.

En un fragmento autobiográfico escrito en 1876, Darwin nos descubre que en un viaje de circunnavegación á bordo del *Beagle* era "buen ortodoxo„, hasta el punto de citar como argumentos irrebatibles diversos pasajes de la Biblia, lo cual le valió algunas pullas de sus compañeros„, "que eran también protestantes ortodoxos„. Pero hacia el 1836 ó 1839 tenía la fe tan quebrantada, "que vino á negar la revelación divina en el Cristianismo„.

Después le trajo turbado la idea de un Dios personal y expuso en el mismo fragmento autobiográfico las razones en pro y en contra de esta creencia. El mal que hiere, no sólo al hombre, sino á todos los seres sensibles, le parece "un argumento muy sólido„ para negar la existencia de una Causa Primera Inteligente. Por el contrario, llama en su favor varias razones sentimentales, añadiendo:

"Otra causa para creer en la existencia de Dios que toca á la razón y no tiene que ver con el sentimiento me impresiona vivamente. Esta causa es la suma dificultad, ó, mejor dicho, la absoluta imposibilidad de concebir el universo prodigioso é inmenso; comprendiendo al hombre y sus facultades, de relacionar el pasado con el porvenir, como el efecto del acaso ó de una necesidad

En cambio, para la mayor parte de los evolucionistas de hoy día, el principal mérito de estas doctrinas está en que parecen abolir toda fe y creencia sobrenatural.

Al decir de ellos, no ha habido creación ni Creador. El divulgador del materialismo contemporáneo, Haeckel, es quien asienta estas terminantes conclusiones.

El profesor de Jena, como ya sabemos, no participaba de los escrúpulos de su maestro. "Importa poco, decía, que las conquistas de la ciencia perjudiquen ó dejen de perjudicar á las

fatal. Esta reflexión me fuerza á admitir una causa primera dotada de espíritu inteligente análogo al del hombre, y merezco de esta suerte el nombre de deísta. Esta conclusión estaba vigorosamente fija en mi espíritu, en cuanto acierto á recordar, cuando yo escribí (1859) *El Origen de las especies:* desde aquella sazón se ha debilitado hasta el punto de quedar hoy sometida á muchas perplejidades. Pero, ya en este estado, me asalta una nueva duda: este espíritu humano que, según mis prejuicios, ha empezado por no tener otro desarrollo que el propio de los animales más inferiores, ¿puede asemejarse á ellos una vez veo yo mismo que es capaz de deducir estas conclusiones? No pretendo arrojar luz sobre los problemas abstractos. El misterio del Principio de todas las cosas no tiene solución para nosotros, y por mi cuenta bastante haré si me contento con ser un agnóstico."

Una carta escrita á Graham (3 de Julio de 1881), encierra un pasaje del mismo género, pero más significativo y curioso: "Vos acabáis de expresar mi convicción íntima mucho mejor de lo que pudiera haberlo hecho yo, á saber: que el universo es imposible que haya sido producido por el hado. Pero entonces vuelve á enseñorearse de mí la horrible duda, si las convicciones del hombre, *que proviene del espíritu de los animales inferiores*, son de algún valor y merecen alguna confianza. ¿Habrá quien fíe de las convicciones de un mono, si es el mono capaz de tener convicciones?"

Que Darwin fluctuó hasta el fin de sus días entre estas alternativas de incredulidad y de duda, parece demostrado en el resumen de una conversación que sostuvo con el duque de Agryll el

fantasías de la fe. La fe dimana de la imaginación poética [1].„

En su concepto, el relato de Moisés es más una mera hipótesis, y la doctrina católica sobre la grandeza original del hombre un sueño fruto de la soberbia. ¿Cómo reconocer en el hombre al rey del universo y al objeto final de la creación? Nacido de brutos irracionales, dejóse ver en la tierra en plena degradación bestial. A la selección natural y á la lucha por la existencia debió el ser elevado, penosamente y por grados sucesivos, al actual estado de alta perfección moral é intelectual.

Entiende ya cualquiera de lo dicho, la aparición simultánea del hombre en distintos parajes del globo. Creer que todos los hombres descienden de una sola pareja, es, á los ojos de Haeckel, tan absurdo como afirmar que todos los perros de caza y todos los caballos de ca-

año de su fallecimiento (1882): ha sido reproducida por Francisco Darwin. El duque acababa de mencionarle algunos de sus más interesantes trabajos, de cuyas conclusiones se colegía la necesidad de admitir en la naturaleza una Inteligencia. "Darwin me miró entonces, dice Agryll, fijamente, y dijo: Esta creencia me domina á menudo, pero en otras ocasiones, dijo, meneando la cabeza, la creencia parece se me va.„

Veamos el último término á que llegó Darwin en sus oscilaciones y dudas, según él mismo nos lo dice en una carta escrita en 1879:

"En mis más atrevidos extravíos, jamás he llegado hasta el ateísmo en el verdadero sentido de la palabra, esto es, hasta negar la existencia de Dios.

„Creo que, en general (y sobre todo al paso que me hago viejo), la descripción más exacta de mi ánimo es la de un agnóstico.„

De Quatrefages: "Los émulos de Darwin„, 1894, tomo I, pág. 14.

1 Haeckel: "Historia de la creación„, páginas 9 y 650.

rrera se derivan de un tronco único, y tan fuera de sentido como afirmar que todos los ingleses y alemanes provienen de un solo origen. Cada especie nueva procede de otra preexistente, y el lento trabajo de metamorfosis abraza una larga cadena de individuos diversos. Supongamos que desfila ante nosotros la serie de parejas de hombres pitecoides y monos antropomorfos que figuraron realmente entre los antecesores del género humano, no nos sería menos imposible en tal situación indicar en dicha serie cuál fué la primera pareja, parte monesca, parte humana. Cualquier designación que hiciéramos sería del todo arbitraria. Es asimismo imposible considerar como nacidas de un solo par cada una de las doce castas ó especies humanas [1].

Muchos admiradores de Darwin, á buen seguro, no se atreverían á firmar tan groseras impiedades, que suprimen de un golpe la solidaridad del linaje humano en el pecado original de Adán y la economía de la Redención de Jesucristo.

No faltan, con todo, filósofos y teólogos católicos que, seducidos por el encantador espejismo de las ideas evolucionistas, se han lanzado á la candente arena de las concesiones. ¿Los precursores de Adán que han vislumbrado en los albores de la cuna del género humano, son algo más que meros fantasmas? ¿Podrá conducir el estrecho sendero de las hipótesis á

1 Haeckel: "Historia de la creación„, pág. 595.

través de lo desconocido, á un paraje despejado en donde puedan contemplar holgadamente y sin peligro de ilusiones la misteriosa realidad de nuestro origen?

No nos atrevemos á dar respuesta. Como quiera, las ideas evolucionistas, no parecen incompatibles la con ortodoxia católica.

II.

EL TRANSFORMISMO Y LA FE CATÓLICA.

En la refutación de los *últimos escritos filosóficos de Tyndall*, hecha con gran tiento y finura por el malogrado P. Delsaulx, S. J., sincero admirador del físico inglés que acaba de morir, leemos:

"La doctrina de la evolución, tomada en su acepción general, ha ejercido en mi ánimo una atracción irresistible. Yo soy de aquellos que deseaba el eminente físico inglés ver colocados *por encima del ardor de los prejuicios y prontos á aceptar cualquiera conclusión propuesta por la ciencia, con la condición de que esté sólidamente apoyada en los hechos.* La teoría de la evolución, si fuese verdadera, satisfaría mejor que la doctrina de las creaciones sucesivas á la idea que me he forjado de la sabiduría y potencia de Dios. ¿No hemos admitido

ya la evolución de los mundos en astronomía y la transformación de las fuerzas en física [1]?„

Este pasaje, más de una vez reproducido por los sabios católicos, puede ser considerado como su fórmula de conciliación.

En 1880, el P. Carbonnelle, S. J., en su notable estudio sobre "*La ceguera científica*„, determinó con más ahinco la sentencia. Dice así: "Nosotros rechazamos las doctrinas transformistas, pero sólo por razones científicas. Si muchos de sus partidarios son irreligiosos, es porque involucran intempestivamente aserciones materialistas que nada tienen que ver con la esencia del transformismo. Muchos espiritualistas y católicos abrazan este sistema sin detrimento de sus convicciones ni de su fe. Creer que la materia se organizó espontáneamente, esto es, por la acción de las solas fuerzas moleculares que producen los fenómenos inorgánicos, y constituidos así los primeros organismos se modificaron y desenvolvieron en virtud de las mismas fuerzas hasta producir todos los vegetales y animales, puede ser un error científico, pero no va contra la fe, ni será contradictorio á la doctrina revelada, que en este particular nada nos enseña. Los que afirman lo contrario, lo hacen gratuitamente, bien sea con achaque de defender la religión, bien para combatirla. El cristiano se halla por lo tanto en perfecta libertad para inclinarse á

1 Ob. cit., pág. 61.

uno ú otro sentido, según las luces que de la ciencia reciba [1]».

Excusado es decir que el principio de la libre discusión así enunciado, no se extiende á las verdades fundamentales que conciernen al dogma católico y están conformes con la razón, tales como la creación de la materia, el gobierno del mundo por la divina Providencia y la especial intervención de Dios en el origen del género humano. Los católicos protestan unánimes contra la teoría de la eternidad del mundo y de la exclusiva intervención del *acaso* en los fenómenos naturales; pero las opiniones difieren cuando se quiere determinar el grado de intervención divina en la creación. ¿Ha formado Dios en particular cada tipo específico? La vida ¿se comunicó en su origen á una sola forma primitiva ó á varias?

La ciencia sola es la que debe resolver la cuestión, pues el dogma cristiano no se interesa en ella. Lo mismo debe decirse de ciertas hipótesis, más ó menos recientes, que se han fraguado para concordar el relato mosáico sobre la creación de Adán y Eva con los últimos adelantos de la arqueología prehistórica.

1 *Rev. quest. scient.*, 1880, tomo VIII, pág. 154.

III.

LOS PREADAMITAS Y LA BIBLIA.

De todas estas hipótesis, la más digna de atención es la de la existencia de los *praedamitas*.

Un infatigable naturalista, Boucher de Perthes, el primero que señaló la famosa mandíbula de Moulin-Quignon (cerca de Abbeville), admitía en 1841 dos apariciones del hombre en la tierra, separadas por un diluvio diferente del diluvio de Noé. Las armas y utensilios de sílex cortado han debido pertenecer á los hombres antediluvianos. "Esos hombres no dejaron, dice, sucesión, y nosotros no somos hijos suyos... El caos y la nada los separan de la creación actual [1]."

Los precursores que nos asignó Boucher de

1 Boucher de Phertes: "Antigüedades célticas", Abbeville, 1846, tomo I, pág. 243 y nota 38.

Perthes eran pitecoides, muy próximos á los los monos, para que confundamos sus restos fósiles con los de los primates.

Esta idea fué recogida como mera hipótesis, por el P. Valroger, del Oratorio, en un trabajo publicado en 1876 por la *Revista de las cuestiones históricas*. Coincidió esto con el descubrimiento de los sílex cortados en las capas miocénicas de Thenay, que parecía anunciar la existencia del hombre en la mitad de la era terciaria. Los sabios se dividieron; los unos negaban los hechos, otros creyeron poder desentenderse hasta cierto punto de las ideas que corrían sobre el origen reciente del hombre; el P. Valroger declaró que la hipótesis de *un linaje precursor del hombre* parecíale aceptable.

"En el actual estado de la ciencia, decía, no hay motivo bastante sólido para adoptar esta conclusión; pero ni mi razón, ni las reglas de mi fe religiosa, me obligan á negarla *a priori*. La idea de esos *precursores* misteriosos del hombre podrá ser quimérica, pero no es heterodoxa. Puede figurar en las teorías ateas, materialistas y poligenistas arbitrariamente, pero puede limpiarse de toda mezcla funesta y peligrosa... La hipótesis de los praedamitas no me parece demostrada, ni lo será jamás, pero puede ser verdadera sin tener *pruebas, ni verificaciones*. Basta que sea *posible*, para que la anotemos al lado de las demás teorías sobre la antigüedad de nuestro origen... Es suficiente para derribar de un golpe *las cronologías pre-*

históricas, arbitrariamente opuestas á lo que engañosamente se llama *cronología bíblica* [1]..

En la conferencia que el P. Monsabré predicó el año 1875 sobre el origen del mundo, no retrocedió ante este medio de conciliación. "Una de dos, dijo, ó los sabios reconocerán que han encarecido el valor de sus cronómetros y tendrán que dar á los terrenos períodos más cortos de duración, ó nuevos descubrimientos nos pondrán sobre la pista de un ser antropomorfo que haya sido en la admirable progresión del plan divino el boceto y el precursor del hombre, y á cuya industria habremos de atribuir los instrumentos hallados en la época terciaria. ¿No habéis observado en el reino animal admirables ensayos de la industria, más diré, de la sociedad humana? Hay, en efecto, animales tejedores, hilanderos, fabricadores de cestas, leñadores, albañiles, arquitectos, destiladores y aun monárquicos y republicanos. ¿Por qué no hubo de existir un cortador de piedra, quiero decir, un animal capaz de ajustar toscamente las piedras á sus necesidades, fabricando de mejor ó peor manera martillos, tijeras, cuchillos, puntas, agujas para abrir los frutos y arrancar y limpiar las raíces de que debió alimentarse [2]?"

El P. Monsabré y el P. Valroger coinciden por lo tanto con Mortillet en admitir, *si no como cierto*, *siquiera como posible*, la existencia de

1 «La Arqueología prehistórica», en la *Rev. quest. hist.*, 1876, tomo XIX, pág. 447.

2 Conferencias de Nuestra Señora, Cuaresma de 1875, pág. 98.

los precursores de Adán, harto industriosos para que sus huellas puedan confundirse con las del hombre. Pero difieren los referidos católicos del profesor de la Escuela Antropológica de París, en que niegan haya lazo de parentesco entre aquellos precursores y la especie humana. El abate Favre d'Envieu, catedrático en la antigua Facultad de Teología de la Sorbona, en cuyos escritos se inspiró sin duda alguna el eminente predicador de Nuestra Señora, va más lejos en este orden de ideas. Su libro *Orígenes de la tierra y del hombre*, dado á luz en 1873, ostenta conocimientos científicos de peso. Traslademos algunos párrafos:

"Los instrumentos antediluvianos no prueban por sí solos la existencia del hombre. A lo sumo, se saca de la existencia de esos artefactos, que se han descubierto huellas de un animal racional en los terrenos terciarios. No podemos sostener en verdad que no haya habido durante las formaciones antehexaméricas inteligencias servidas por órganos distintos de los órganos humanos... En la flora primitiva quizá reinó un animal inteligente que se alimentó de aquellas raíces, hojas ó granos. Puede que mucho antes de existir Adán, millares de criaturas inteligentes hayan glorificado al Creador en la tierra... Pudo ser que hubiese otros hombres, otros animales racionales, como sin duda los hay en muchos astros...

„¿Quién nos estorba creamos que en el curso de los tres primeros períodos geológicos hayan morado en la tierra razas de hombres ó de

otros animales racionales?... Un ser dotado de alma inteligente coronaba cada una de estas creaciones. Tuvieron tiempo de prueba, cumplieron su destinación terrestre, y ella terminada, Dios les dió galardón ó castigo... Comprendiendo que Dios haya querido ser glorificado por criaturas de diversas especies, nos explicamos la desaparición de otros mundos... ¿Quién nos cerciorará de que en las primeras capas del terreno cuaternario Dios no crió al hombre en el estado de naturaleza pura?... Puede que hayan existido sobre la faz de la tierra linajes anteriores al Adán bíblico... De muy buena gana creeríamos que la perversión de esos praedamitas fué la causa de su ruina... Cuando el tiempo prescrito para las razas que nos precedieron tocó á su término, Dios destruyó su morada... Restauró el mundo en la obra de los seis días, y procedió á la creación de una nueva estirpe de adoradores... [1]„

Como fácilmente se descubre, el abate Favre d'Envieu participaba de las ideas de Orbigny tocante á la formación de la tierra por vía de cataclismos violentos y repetidos. En opinión de este paleontólogo, que ha prestado notable servicio á la ciencia, "creaciones distintas repoblaron veintisiete veces toda la tierra con plantas y animales, después de cada perturbación geológica que destruía toda la naturaleza viviente„ [2].

1 Ob. cit., páginas 459, 478, 461, 479, 480.
2 A. d'Orbigny: "Curso de paleontología„, tomo II, pág. 204.

Esta teoría ha caducado. En el día de hoy ocupa su lugar la hipótesis más racional de la evolución del globo bajo la influencia de causas análogas á las que hoy rigen la dinámica terrestre. De esta suerte se desvanece la necesidad de señalar á cada creación sucesiva un intento peculiar, digno de la Divina Sabiduría. Ya no hay necesidad de suponer con el abate d'Envieu que á cada renovación de los terrenos geológicos haya creado Dios criaturas capaces de amarle y adorarle [1].

Los atrevidos pensamientos del profesor de la Sorbona, aun cuando no se opongan á la Revelación cristiana, tampoco han hallado fácil acogida entre los sabios católicos. Solamente se citan á título de curiosidad.

La hipótesis más ceñida del P. Valroger va por otro camino. En ningún lugar de la Biblia se excluye la existencia de seres más ó menos inteligentes que como precursores del hombre hayan en cierta manera anunciado su próximo advenimiento. De manera que si la paleontología llegase un día á demostrar la existencia del hombre terciario, se podría, sin atentar contra la integridad de la fe ni contra la veracidad del texto mosáico, considerarle como un antropoideo intermediario entre el hombre verdadero y los primates. El P. Monsabré y muchos distinguidos exégetas participan hoy día de esta opinión. Otros comentadores prefieren considerar al hombre terciario como descen-

1 Ob. cit., pág. 480.

diente de Adán, á pesar de la alta antigüedad que para ello necesitaríamos asignar á nuestra raza. La incertidumbre en la interpretación de la cronología bíblica permite remontar el origen de la humanidad hasta el período terciario.

Jamás la Iglesia ha impuesto á los creyentes el cómputo vulgar de la historia sagrada. Las cifras cronológicas de los Libros Santos no son dogmáticas; indudablemente fueron alteradas por la negligencia de los copistas ó desfiguradas por sus sistemas. De aquí la diferencia de quince siglos entre la Vulgata, el texto samaritano, y la traducción de los Setenta, en lo concerniente á la antigüedad de Adán. Además, la genealogía de Jesucristo, según San Mateo, ofrece omisiones ciertas: entre David y el cautiverio se pasan por alto tres generaciones. El paralelismo de varios textos descubre los intermedios, pudiendo entenderse la palabra *genuit* de un abuelo remoto. Esta omisión deja entrever otras en las genealogías de los patriarcas; con razón pudo exclamar el abate Le Hir: "La cronología bíblica flota indecisa; á las ciencias humanas toca fijarla, determinando la fecha de la creación del hombre."

Por falta de datos positivos nadie podrá al presente definir hasta qué límite podemos llegar en la antigüedad humana. Siendo así, aunque los paleontólogos divisaran huellas ciertas del hombre en las capas geológicas relativamente remotas, sería imposible por este

capítulo impugnar el relato del Génesis. Guárdense con todo cuidado los sabios, cuando anuncian descubrimientos recientes, de negar *a priori* las cosas. Un escritor católico advierte muy bien á este propósito "que en el terreno de los hechos corremos siempre peligro de engaño. Antes de Copérnico era axiomática en la ciencia la inmovilidad de la tierra en el universo, y Napoleón I, el gran genio de este siglo, notaba de ideólogos á los que creían realizable la navegación por medio del vapor[1]."

1 Juan de Estienne: "La humanidad primitiva y sus orígenes" n la *Rev. quest. scient.*, 1882, tomo XII, pág. 370.

IV

EL CUERPO HUMANO Y LA EVOLUCIÓN

Puesto caso que el origen monesco del hombre deba considerarse como una conseja inventada á placer por los materialistas, por más que invoquen las leyes de la descendencia natural y del perfeccionamiento progresivo, queda, sin embargo, otro problema mucho más delicado, al cual es ardua tarea dar una solución, á saber: qué parte tuvo el Creador en la formación del *cuerpo* de Adán.

En la hipótesis transformista, ¿no sería posible admitir "que el cuerpo del hombre se derivó de la animalidad y fué el coronamiento de la evolución orgánica y una como síntesis de todos los seres inferiores que le precedieron [1]"?

1 Leroy: "La Evolución de las especies orgánicas", 1887, página 33.

Y en la teoría que supone invariables los tipos, ¿no puede suponerse que para formar al hombre se haya servido Dios, no ya del barro informe sin organización, sino del cuerpo de unmono antropomorfo dotado de constitución anatómica parecida á la nuestra, y que antes de infundir á este cuerpo el alma racional, haya dado el Creador á la masa material del ser humano el último retoque y los delineamientos propios de la especie humana? ¿Es contrario á las sanas doctrinas atribuir la preparación del cuerpo de Adán exclusivamente á la acción de las causas segundas y dejar sólo á Dios la creación del alma espiritual?

Según parece, la Iglesia no ha derminado este punto. Concierne á la ciencia y á la exégesis guiar las conjeturas. Ningún católico habrá, me parece, que admita que Adán, animado en su germen por el soplo divino, haya nacido de una especie inferior por generación ordinaria, en el estado de debilidad propia de la infancia, en la imposibilidad de bastarse á sí propio, y en la necesidad de conquistar con los años las prerrogativas de la naturaleza humana. La conservación y el crecimiento del primer hombre no se explican bien si no es acudiendo á hipótesis gratuitas por demás. Pero tal manera de nacer no puede llamarse absurda. Dios pudo seguramente, por una intervención más ó menos inmediata, desarrollar en el óvulo propiedades capaces de modificar profundamente y perfeccionar su evolución embriogénica. ¿No vemos por ventura en la ac-

tualidad cómo por simples cambios de medio, por causas físicas ó morales, al parecer insignificantes, se producen desviaciones accidentales, monstruosidades ó caracteres de razas?

A)—*Sistema de M. Mivart.*

La Sagrada Escritura y la tradición católica.

Sea lo que fuere de lo que acabamos de apuntar, un naturalista católico, el profesor Mivart, ha emitido una teoría transformista especial, sin dejar de sostener con tesón la espiritualidad del alma y su creación inmediata por Dios.

En sus *Lecciones de la naturaleza*, observa el sabio inglés que, según los teólogos, Adán forma entre los hombres una categoría singular. El fué el único que estuvo desde el primer instante de su ser en pleno uso de la razón y de todas las facultades, que se desarrollan lentamente y llegan á la perfección en la mayor edad [1]. Según Mivart, el primer hombre salió ya *adulto* de las manos del Criador. Con este preliminar, veamos en qué términos se expresa el dicho autor respecto de la formación de Adán en su libro *La génesis de las especies*, publicado en 1871:

"Según la antigua definición escolástica, el hombre es un animal racional. Su animalidad

1 Mivart: "Lessons from Nature", 1876, pág. 157.

es distinta por naturaleza de la racionalidad, si bien inseparablemente unidas ambas á dos durante la vida en un solo individuo. El cuerpo animal del hombre ha de tener un origen diferente del alma que le informa, vista la distinción de los dos órdenes á que respectivamente pertenecen entrambas existencias.

„La Escritura parece significarlo con claridad cuando dice: *Formavit Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae* [1]. Estas palabras manifiestan que el *cuerpo* del hombre no fué creado en el sentido primero y absoluto de la palabra, sino que pasó por la evolución, partiendo de una materia preexistente simbolizada por la voz *de limo terrae,* y que vino al mundo de una manera derivada, esto es, por la acción de las causas segundas. El alma, por otra parte, fué creada de una manera totalmente diversa, no ya con el auxilio de un medio preexistente, distinto de Dios, sino por la inmediata y directa acción del Todopoderoso, significada en la palabra *inspiravit*. Tal fué el proceder de Nuestro Señor Jesucristo cuando confirió los poderes sobrenaturales y las gracias del Cristianismo; tal es el modo que emplea diariamente la Iglesia en sus ritos y ceremonias.

„El doble origen del primer hombre está en consonancia con lo que nos enseña la observación, porque si cada alma humana es producida por creación directa é inmediata de Dios,

1 Gen., II, 7.

cada cuerpo humano se desenvuelve por la acción ordinaria de las leyes físicas naturales [1].„

Un poco más abajo añade Mivart:

"Mi intento es defender la doctrina que explica la formación de las especies por las *leyes naturales* ordinarias (desconocidas en su mayor parte), en virtud de la acción *subordinada* de la "selección natural„; y al mismo tiempo recordar á ciertos lectores que *en las ciencias físicas nada hay ni puede haber que los prive de considerar esas leyes naturales* como ejecutoras del *fiat* omnipotente pronunciado en los albores del mundo primitivo por su Creador, Conservador y Señor.„

Finalmente, en otro capítulo de su obra, el profesor inglés significa claramente que, en su concepto, Dios cuida siempre que las leyes que estableció lleven á efecto indefectiblemente los fines de su Providencia. "En esto consiste la acción *natural* de Dios en el mundo, por oposición á la directa é inmediata que podríamos llamar *sobrenatural* [2].„

Sin engolfarnos ahora en reflexiones filosóficas más ó menos ajenas de nuestro asunto, nótese que, según Mivart, el cuerpo del primer hombre se apercibió por la evolución conforme á las leyes que son comunes á todo el reino animal. Terminada la transformación con la asistencia de Dios, el Criador intervino por

1 Mivart: "The genesis of Species„, 1871, páginas 325 y 326.
2 Ibid., pág. 290.

modo directo para darle la vida espiritual y separarle de los animales por un abismo invadeable.

El organismo de Adán habrá sido el de un mono antropomorfo, cuyo crecimiento corporal fué ordenado á la recepción futura de un alma inteligente. Cuando al cabo de ciertos años de vida el animal escogido entre todos hubo adquirido su completa perfección, Dios se limitó á sustituir el principio vital monesco por el alma inteligente como forma substancial única. Anatómicamente hablando, el hombre resultaría de esta suerte, el último y más perfecto grado de la evolución animal.

El profesor Mivart propone su teoría, no tan sólo como posible, sino también como probable. Créela conciliable con la fe católica, conviniendo, sin embargo, en que muchos sabios católicos no son de esa opinión [1].

Sea ó no ortodoxa esta nueva doctrina, lo cierto es que produjo gran resonancia. Wallace, émulo de Darwin, llegó hasta el extremo de atribuir á Mivart gran parte de la propagación rápida que logró el darwinismo en Inglaterra [2].

Mucho les costaba á los católicos abandonar el sentido literal del Génesis, en el punto concreto de la formación de Adán. En Julio de 1871, la *Dublin Review*, publicó un artículo anónimo, en que se censuraba acremente la

1 "Genesis of Species", pág. 217.—"Lessons from Nature", 1876, pág. 177.

2 "Augsburger Allgem. Zeitung", 1877. Beil Nr. 17. Citado por el P. Knabenbauer.

opinión del profesor Mivart. He aquí la conclusión:

"No es contra la fe suponer que todos los seres vivos, hasta el hombre *exclusivamente*, se hayan desarrollado según una ley natural, partiendo de gérmenes diminutos criados en un principio, ó partiendo de la materia inorgánica. Por otra parte, herético es negar la creación especial y distinta del alma humana. En cuanto á la cuestión de la formación inmediata instantánea, ó casi instantánea, del cuerpo de Adán y de Eva por Dios (el primero mediante la materia inorgánica, y el segundo con una costilla de Adán), ponerlo en duda es por lo menos temerario y quizá próximo á herejía [1]."

Muchos teólogos han sido también categóricos en condenar el sistema de Mivart. En tanto que la Iglesia no pronuncie el fallo, convendrá, así nos parece, usar de reserva, pues que los argumentos aducidos en pro de la sentencia sobredicha no persuaden con evidencia irresistible. Prescindiendo por ahora de la creación de la primera mujer (pues á juicio de algunos teólogos pueden haber tenido Adán y Eva distinto origen); discutamos someramente las pruebas alegadas en favor de la intervención inmediata y exclusiva de Dios en la formación del cuerpo de nuestro primer padre.

Se invoca el testimonio de los Padres de la Iglesia que han interpretado el texto de Moi-

1 "Evolution and faith", en la *Dublin Review*, Julio de 1871, núm. XXXIII, pág. 38.

sés [1]. La *Dublin Review* menciona á San Ireneo, á Tertuliano, á San Gregorio Magno, á Severiano de Gábala; el P. Palmieri, S. J., cita á San Gregorio Niseno, á San Ireneo, á San Juan Crisóstomo, á San Agustín, á San Juan Damasceno, todos los cuales comentaron espe-

1 *Dublin Review.*—"Evolution and faith„, Julio 1871, pág. 20.

S. Iren.: "Contra haereses„, lib. IV, praefat. (Migne, P. Gr., tomo VII, col. 975, B.)

Tertuliano: Lib. II "Adv. Marcionem„, cap. IV. (Migne, P. L., tomo II, col. 288, C.)

S. Gregor. Magno: Lib. IX, "Moralium„, cap. XLIX (Rec. XXVII), n. 75. (Migne, P. L., tomo XXV, col. 900.)

Severiano de Gábala: "De mundi creatione„, orat. V, n. 4. (Migne, P. Gr., tomo LVI, col. 476.)

Palmieri.—"Tractatus de Deo creante„, Romae, 1878, pág. 222.

S. Greg. Niseno: "De hominis opificio„, cap. XXVIII. (Migne, P. Gr., tomo XLIV, col. 230, 231.)

S. Iren.: "Contra haereses„, lib. V, cap. III. (Migne, P. Gr., tomo VII, col. 1129, C.)

S. Juan Cris.: Hom. XII in Genes., n. 5. (Migne, P. Gr., tomo LIII, col. 103.)

S. Agust.: "De Genesi contra manichaeos„, lib. II, cap. VII, números 8, 9. (Migne, P. L., tomo XXXIV, col. 200.)

S. Juan Damasc.: "De fide orthodoxa„, lib. II, cap. XII. (Migne, P. Gr., tomo XCIV, col. 919, B.)

Mazzella.—"De Deo creante„, Romae, 1880, pág. 356.

S. Basil.: Homil. IX in Hex., n. I. (Migne, P. Gr., t. XXIX, col. 187, C.)

S. Jeron.: "Comm. in ep. ad Philem.„ (Migne, P. L., tomo XXVI, col. 609, A.)

S. Greg. Naz.: Orat. XXXVIII in Theophania. (Migne, P. Gr., tomo XXXVI, col. 322, (C. D.)

S. Agust.: "De Civitate Dei„, lib. XIV, cap. XI. (Migne, P. L., tomo XLI, col. 418, n. 1.)

Tertuliano: "De resurrectione carnis.„ (Migne, P. L., tomo II, col. 800.)

El abad Ruperto: "Comm. in Proph. min. in Habacuc„, lib. XXXI. (Migne, P. L., tomo CLVIII, col. 628, A.)

S. Cirilo Jerosol.: Catech. XII. "De Christo incarnato„, números 29, 30. (Migne, P. Gr., tomo XXXIII, col. 762.)

cialmente el Génesis; el cardenal Mazzella, añade la autoridad de los Santos Basilio, Jerónimo, Gregorio Nazianzeno, Cirilo de Jerusalén, corroborando su argumentación con la doctrina de los preclaros teólogos Santo Tomás y P. Suárez. Pero hay que notar (y esto no se puede disimular) que muchos de los textos citados, ó nada prueban, ó sólo prueban de un modo dudoso el punto principal que separa al profesor Mivart de la masa de los escritores católicos.

Los textos alegados suelen pintar la excepcional solicitud de Dios en la formación del cuerpo del primer hombre; solicitud que el naturalista inglés no niega en manera alguna, pues establece por regla general que Dios emplea su providencia en las transformaciones de los organismos, á proporción de la excelencia del fin propuesto. Otros textos muestran á Dios modelando con sus manos el limo de la tierra. Mas en *cualquier hipótesis* las expresiones del Génesis son figuradas, y muchos lugares de la Escritura consienten la intervención más ó menos activa de los agentes naturales. Finalmente, algunos de los textos han servido para dar luz á puntos doctrinales de otro orden, y no manifiestan la intención de aclarar cosas ajenas del general intento. Aun los que parecen decisivos dejan lugar á la perplejidad é incertidumbre.

¿El sistema de Mivart usurpa el dominio de la Teología? ¿La fe católica tiene algo que ver con la *exclusión absoluta de las causas segundas* en la preparación del cuerpo de Adán?

Quizá sea así, pero no parece cosa demostrada. Al cabo, este sistema pone á salvo la creación y la infusión del alma por Dios y el especial concurso de la providencia en el apercibimiento evolucionista del cuerpo de Adán. ¿Es legítimo, tratándose de una cuestión más bien científica que religiosa (supuesto que se respeta ante todo la integridad del dogma), exigir á los Padres de la Iglesia ó á Santo Tomás, á Suárez y á sus contemporáneos, un juicio doctrinal y definitivo en una cuestión que en el transcurso de los siglos debía ser dilucidada con especiales razonamientos? ¿Era justo buscar en sus escritos la condenación de una idea que, según toda probabilidad, no llamó su atención? Puntos son estos obscuros, que deben aclararse antes de emitir el fallo.

Se dirá tal vez que los Padres de la Iglesia, incluso San Agustín, entendieron el segundo capítulo del Génesis en sentido literal. No lo disputamos. Pero ¿qué Padre de la Iglesia estuvo en condiciones de poder interpretar de otra manera la narración bíblica? Aun siendo unánime, su interpretación carecería del mérito que habría logrado, si la contreversia sobre el transformismo se hubiese propuesto y discutido en su tiempo, y hubieran tenido conocimiento de las luces experimentales que ha conquistado la ciencia moderna. Nos inclinamos á creer que la tradición no corta el nudo de la dificultad.

Dos palabras sobre los argumentos fundados en textos de la Sagrada Escritura.

En un estudio publicado el año 1877 por los *Stimmen aus Maria-Laach* [1], el Padre Knabenbauer, S. J., cita varios textos que, comparados entre sí, le inducen á corroborar la interpretación tradicional. Los adversarios hicieron caso omiso (debemos notarlo) de esos lugares escriturísticos. Según el sabio exégeta alemán, la Biblia no tolera la interpretación lata de las voces *formavit hominem de limo terrae*, y, por tanto, es inadmisible que los elementos constituyentes del cuerpo de Adán se tomaron de la tierra, en sentido remoto, y de un mono antropomorfo, en sentido próximo.

Los textos traídos en favor de su opinión, hablan de la creación de las plantas y de los animales [2]; pero hoy dia convienen los sabios en que son conciliables estos pasajes con la teoría evolucionista. Aun teólogos hay que opinan que la acción del *medio*, invocada por el transformismo, está claramente indicada en aquellas palabras del Génesis: *germinet terra, producant aquae* [3]. Es mucho decir; pero siquiera la argumentación del Padre Knabenbauer deja de ser plausible, no demostrando que la formación del cuerpo de Adán á expensas del polvo de la tierra no pueda entenderse en el sentido de una formación remota y mediata.

Los otros pasajes que se citan no son más concluyentes. Aunque hubiese Dios infundido

1 Knabenbauer: "Glaube und Descendenztheorie, Stimmen aus Maria-Laach, tomo XIII, 1877, pág. 121.

2 Gen., II, 9; II, 19.

3 Leroy: "La Evolución de las especies orgánicas„, 1887, pág. 25.

en el cuerpo de un mono un alma humana, en todo caso resultaría que el cuerpo del hombre proviene del polvo de la tierra, que después de muerto en polvo se tornará, que el polvo de la tierra fué en cierta manera, respecto de Adán, lo que es el seno maternal respecto de cada hijo de hombre.

Esto mismo ha notado el P. Delattre, S. J., en un artículo reciente, sobre *El Plan del Génesis* [1]. "La Biblia, dice, no señala significación material al acto del Criador cuando fragua sus obras. En lenguaje bíblico, todo hombre es hecho por Dios, así como lo fué el primero que salió de sus manos."

"Tus manos (dice Job) me formaron y modelaron por entero, ¿y Tú así me echarás á perder? Acuérdate que me hiciste como lodo y en polvo me convertirás. ¿Acaso no me exprimiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y de carnes me cubriste, con huesos y nervios me armaste [2]."—"¡El que plantó la oreja, no oirá, el que formó el ojo, no verá!, dice el Salmista [3]—Dice Dios á Jeremías: "Antes que te formase en el vientre, te conocí [4]."

En muchos otros lugares atribuye la Escritura á Dios la acción de las causas segundas.

A pesar de todas estas concesiones, toleradas tal vez por el capítulo de la creación de Adán, no deja de ser atrevida la idea de ver en

1 "La Ciencia católica", 1891, pág. 984.
2 Job, x, 8-11.
3 Salmo XCIII, 9.
4 Jerem., I, 5.

él el término de una evolución, aun con las reservas impuestas por el dogma católico.

Según el dictamen de muchos exégetas autorizados, Keil y P. Corluy, S. J., el versículo séptimo del capítulo II del Génesis, excluye la hipótesis de la sustitución del alma del mono por el alma del hombre. La Vulgata dice: *Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terrae, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem.* Pero según el texto hebreo: "Jehovah Elohim fabricó al hombre del polvo de la tierra y sopló en sus narices un soplo de vida *(nischmath chaïim)*, de esta suerte, *resultó un ser vivo (nephesch chaija.*„ Conclúyese de aquí que antes de infundir el *spiraculum vitae*, el organismo de Adán no estaba animado, ni siquiera por un principio vital inferior. Esta acepción se confirma en el libro III de los Reyes (XVII, 17), donde la expresión *nischmath chaïim* figura en el sentido de *respiración vital*, ó de *vida;* en diferentes lugares del Génesis (I, 20, 21, 24 y 30), en que la expresión *nephesch chaija* se emplea hablando de los peces, aves y animales terrestres, y, finalmente, en el mismo libro, vers. 22 del capítulo VII, se aplica la expresión *nischmath ruach chaïim* indistintamente al hombre y á los animales [1].

La historia de la creación de Eva, en que con suma razón el P. Knabenbauer, la *Dublin Re-*

1 C. F. Keïl: "Biblischer Commentar über die Bücher Mose's I. Band, Genesis und Exodus„, 3.° Aufl., 1878, pág. 52. — Véase allí mismo la discusión detallada de esta interpretación.

vicw y todos los teólogos insisten, parece aún más incompatible con el sistema flamante.

Según todos los indicios, y conforme parece insinuarlo la relación mosáica, Dios intervino tan directamente en la formación del cuerpo de Adán, como en la del cuerpo de Eva. Siendo así, ¿qué explicación evolucionista puede convenir al sueño misterioso de nuestro primer padre y á los incidentes que se siguieron [1]?

Si Adán y Eva salieron de una forma animal, las palabras enigmáticas del hombre al divisar á su compañera: *Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea, haec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est*, son un contrasentido. Pero la Escritura añade seguidamente: *Quamobrem relinquet homo patrem suum et matrem suam et adhaerebit uxori suae, et erunt duo in carne una.* ¿Qué explicación cabe en la escuela transformista para esta conclusión moral y manifiesta promulgación de las leyes fundamentales del matrimonio?... La tiene, sin embargo, y manifiesta, admitiendo que Eva fué formada de la misma carne de Adán; y no pudo ciertamente el Creador simbolizar de una manera mejor el vínculo indisoluble del matrimonio. Jesucristo, intérprete autorizadísimo de las Escrituras, tenía ciertamente presente la mística significación de la formación de Eva,

1 Etsi, ut ex Genesi patet, discrimen sit in modo quo Deus viri et feminae corpus efformavit; si tamen unice quaeratur utrum Deus immediata sua actione illud effinxerit, una eademque est quaestio de utriusque corporis origine. (Mazzella: "De Deo creante„, Romae, 1880, pág. 344.)

cuando, según San Mateo y San Marcos, opuso á los fariseos esas mismas palabras del Génesis, como la expresión divina de la ilicitud del divorcio.

¿No podríamos afirmar fuera también éste el pensamiento de San Pablo, cuando en su carta á los de Éfeso, describe los deberes recíprocos de los esposos y presenta el matrimonio cristiano como símbolo de la unión de Cristo con su Iglesia?

B)—*El sistema de M. Mivart justificado por el P. Leroy.*

Los secuaces de la evolución restringida, no tuvieron tal vez en cuenta al principio los anteriores textos, tan contrarios á las nuevas teorías. Invitados á fijar sobre ellos su atención, no han aventurado hipótesis alguna para explicar, con arreglo al criterio transformista, la creación de Eva.

No han tenido más remedio que admitir que el cuerpo de la primera mujer es la *obra inmediata y exclusiva de Dios*, afirmando por otra parte que el cuerpo del primer hombre proviene de la evolución natural.

El P. Leroy, de la Orden de Predicadores, no ha retrocedido ante este novísimo intento de conciliación. Su estudio sobre *La Evolución de las especies orgánicas*, publicado en 1877, es

una elocuente apología de las ideas transformistas.

El docto dominico se esfuerza en presentar las razones que militan en favor de la ortodoxia de la evolución y de su conformidad con los textos bíblicos. La teoría, al decir de su patrono, lejos de fundarse en conjeturas de fantasía, cuenta con todas las señales de verosímil. Los argumentos filosóficos y las consideraciones cristianas abogan tanto por la transformación, como los datos fisiológicos y experimentales.

"En cuanto á la descendencia simia del hombre, que han querido cargar á la doctrina transformista, no dimana de ella por ningún estilo. Cuando no hubiese entre el cuerpo del hombre y el de los monos superiores diferencia radical, tendríamos en la trascendencia del alma humana una barrera impenetrable que pone separación entre el reino animal y el humano, entre el hombre y el bruto.„ Sin embargo, "el cuerpo humano, rigurosamente hablando, podría derivarse de la animalidad; pero no hay razón que lo persuada, y yo concibo muy bien que se abrace la formación inmediata de nuestra carne por la mano de Dios, como más conforme á nuestra dignidad y á los dictámenes de los santos doctores.„

En otro lugar parece el autor hacer traición á la preferencia asentada. "Defiendan esa formación inmediata cuanto quieran y cuanto puedan razonablemente; defiéndanla como una obra adelantada, que conviene conservar contra los desafueros del materialismo, como una

opinión más conforme con el sentido de la Escritura y de la tradición: sea en buen hora; pero, por Dios, no la conviertan en torre del espiritualismo, en complemento de nuestra fe de cristianos.

"... Opino yo que sólo hay que temer un peligro, y es, cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la verdad, venga de donde viniere, ó defenderla desgarbadamente por miedo á las consecuencias [1]."

En 1891, el P. Leroy publicó, con el título de *La Evolución restringida de las especies*, una nueva edición refundida de su opúsculo, de la cual *Los Estudios religiosos* hicieron una crítica sumaria en el número de Noviembre del mismo año [2].

El P. Brucker, S. J., hostil al origen evolucionista del cuerpo del hombre, preguntó al autor qué sentia del argumento deducido de la Biblia sobre la formación de la primera mujer. El sabio dominico tuvo la cortesía de contestar en una correspondencia publicada por La *Ciencia Católica* en Febrero de 1892 [3].

El P. Leroy exime el cuerpo de Eva de la imperiosa y universal ley evolucionista. Hablando de la creación de la primera mujer, se expresa diciendo: "La manera de proceder del Criador en este punto es diferente de la seguida con Adán, es cosa muy manifiesta." No se-

1 Ob. cit., páginas 197, 193, 34.

2 Brucker: Boletín epistolar "Estudios religiosos", tomo LV, 1891, pág. 491.

3 Loc. cit., pág. 246.

remos nosotros los que pongan la menor dificultad á esta aserción. Antes, la diferencia asignada en este caso es para nosotros el argumento más sólido en pro de la interpretación tradicional del capítulo genesíaco. Sería tiempo perdido el amontonar aquí las reflexiones que en su confirmación se deducen de la lectura del Génesis, de los Evangelios y de las Epístolas de San Pablo, las cuales no habían quedado desapercibidas por los adversarios del evolucionismo.

El carácter original y la significación simbólica de la creación de Eva, no entran en el debate; hemos de buscar en otra parte el punto de la discusión.

"¿Acaso no existía en el momento de la creación del primer hombre en el reino animal un cuerpo femenino tan apto para recibir un alma humana, como lo había sido aquel en que Dios infundió el alma de Adán?„ Esto pregunta el P. Brucker.

"No sé qué decir á eso, responde el P. Leroy; pero lo que sí sé es que sus razones tuvo Dios para proceder de distinto modo en uno y otro caso. Mi contradictor se halla en el mismo trance que yo, esto es, en la necesidad de admitir una diferencia en el proceder del Criador, y trata de justificarle.

„Según su afirmación, Dios animó directamente el barro amasado por Él; ¿por qué no hizo lo mismo para crear á nuestra primera madre? ¿Acaso con Adán se acabó la *preciosa materia* constitutiva de su cuerpo? ¿Faltaba ya

barro en la tierra para la mujer? En manera alguna. ¿Por qué, pues, acudió Dios á la extracción de una costilla de Adán? Como se ve la misma cuestión pone el P. Brucker que yo las mismas explicaciones han de valer en una hipótesis que en la otra.„

La réplica es algo ingeniosa, pero desgraciadamente sólo salva las apariencias, dejando todo el nudo de la dificultad. Lo que disgusta en la teoría del P. Leroy, es que, deseando complacer á todas las escuelas, recoja con una mano lo que alargó con la otra, y todo arbitrariamente, poniéndose á riesgo de no contentar á nadie. Lo que desazona es que, por no romper violentamente con las doctrinas católicas, se limite á aplicar el evolucionismo al cuerpo de Adán, admitiendo para Eva el tan *temido milagro* de la creación inmediata de Dios. Lo que desagrada es que interprete literalmente el sentido del texto bíblico en lo respectivo á la creación de Eva, mientras se esfuerza en buscar sentido metafórico para la formación de Adán.

¿Una anomalía tan extraña, y una tan rara inconsecuencia, está suficientemente justificada cuando todo se reduce á dar vueltas en torno de la cuestión y á demostrar un punto que nadie duda, cual es que Dios tuvo sus especiales motivos para sacar de Adán el cuerpo de de Eva?

No lo creemos. *Lo que debe demostrarse es que el Creador quiso formar á Eva con sus propias manos, y dejar al cuidado de las cau-*

sas segundas la formación del cuerpo de Adán. Esto debería probar el P. Leroy, y no lo prueba. Aun parece que á ello se oponen los principios de la exégesis. El contexto del Génesis declara con evidencia en qué sentido Eva fué formada del hombre. Su origen fué inmediato: *De viro sumpta est* [1]. Las palabras de Moisés excluyen toda acción de agente intermedio. Lo concede el P. Leroy. Efectivamente, al intimar Dios al hombre la pena de su pecado, le recuerda su origen diciéndole: *De terra sumptus est* [2]. El paralelismo de estas dos expresiones quita el derecho de interpretaciones diversas. Así opina el P. Knabenbauer [3].

La disposición de ánimo y las circunstancias de la controversia ejercen su influencia en los escritores católicos siempre que se discuten cuestiones obscuras de exégesis, aun suponiendo en ellos sanísima intención. Mientras no sean de gran peso las razones que tenga en su favor la interpretación libre de un texto, será regla de prudencia no apartarse de las ideas tradicionales.

Pero volvamos á Adán. El P. Leroy ha dado á luz recientemente (en Septiembre de 1893), en la *Revista Tomista*, algunas consideraciones en orden á completar el origen de nuestra especie. Si no hiciéramos mención de ellas, podía acusarnos el sabio religioso de haber disfrazado sus pensamientos y de no haber tenido

1 Gen., II, 23.
2 Ibid., III, 19.
3 «Stimmen aus Maria-Laach», 1877, pág. 127.

en cuenta los principios fundamentales de la filosofía escolástica.

El autor pregunta: ¿estará nuestra humanidad envuelta en el movimiento general de la evolución? Para satisfacer las exigencias del transformismo, ¿debemos concederle por lo menos la formación del *cuerpo* del hombre? A estas preguntas así formuladas contesta que *no* categóricamente, y esto en varios puntos de su libro. Pero una respuesta tan explícita en apariencia da mucho que pensar leyendo lo que sigue:

"Si el cuerpo del hombre fué formado directamente por Dios, ¿no podría admitirse, con todo eso, que el *substratum* destinado á recibir el alma humana y á llegar á ser, por consiguiente, el cuerpo del hombre (ó del organismo humano) es la obra de las causas segundas, y y que siempre bajo la acción del Creador fué preparado por la evolución? Sin constituirme apóstol de esta idea, me limito á mostrar lo que tiene de plausible y aceptable... No tan sólo yo no desecho la idea como temeraria, *sino que la considero como probable.*"

El P. Leroy trae á la memoria en seguida las razones que antes propuso, como son, el texto del Génesis, la inutilidad aparente de los innumerables tipos de individuos extinguidos antes del hombre, y el carácter antiquísimo de los órganos rudimentarios [1]. Al terminar ruega

1 Ya hemos advertido (cap III, n. 3) que la hipótesis transformista sobre la atrofia gradual más ó menos completa de los miembros hechos inútiles ha dado una línea de ventaja á la

á sus adversarios que tomen en cuenta las distinciones escolásticas, y no confundan el *substratum* de que hace mención, y que nada tiene de humano, con el organismo humano, aun con el cuerpo del hombre. Y dirigiéndose en particular á los redactores de los *Estudios religiosos*, añade: "Los que dicen que yo aplico la evolución aun al organismo humano, me levantan una calumnia gratuitamente, salvo la

teoría de nuestro origen animal. ¿Afirmaría el P. Leroy que el hombre, ó, mejor dicho, el *substratum* tiene vínculos de parentesco con las diversas especies á que se aproximan nuestros órganos rudimentarios? Esta es la consecuencia que se deduce de sus premisas. Debemos llamar, por otra parte, la atención sobre la circunstancia de que la distribución de pelos tan característica en el hombre, le constituye tipo aparte en la serie animal, y no tiene analogía alguna con los tegumentos vellosos de las demás especies inferiores.

En cuanto á la razón de ser que hayan tenido los innumerables tipos é individuos que en otras eras geológicas han precedido á la aparición del hombre sobre la tierra, la solución del P. Leroy no da explicación alguna.

Todo católico que sea partidario de la evolución aplicada á nuestra especie, debe admitir que un solo antropomorfo fué el que sirvió al Creador para la formación del cuerpo del primer hombre. Sostener lo contrario es negar la unidad del linaje humano y la solidaridad de todos los hombres en el pecado de Adán. Ahora bien; este antropomorfo y sus antepasados directos sólo constituyen una rama del árbol genealógico, según lo conciben los transformistas. Y si es así, ¿qué fin han podido tener las otras ramas colaterales del árbol, nacidas todas sucesivamente, como la principal, de un organismo primitivo? Y si se supone, como hacen algunos evolucionistas, que en el origen la vida fué comunicada por el Criador á varios tipos diferentes bien definidos, ¿qué diremos de los troncos que entonces resultan distintos del que dió nacimiento al hombre? Su evolución progresiva, ¿será capaz de originar un día, en un momento dado, especies inteligentes tan perfectas ó más que la actual generación humana? Con seguridad no fué este el pensamiento del P. Leroy.

¿Abandonaría, por fortuna, la *ley de la permanencia de los*

buena intención. ¿Qué dirían nuestros doctos redactores, partidarios sin duda de la clásica estatua de arcilla [1], si yo les echase en cara que derivan el cuerpo del hombre del barro de la tierra? Con seguridad y con razón exclamarían "La arcilla no se trocó en carne humana sino después de recibir el soplo de Dios. Permítanme que yo diga lo mismo de mi *substratum*, y quedaremos todos amigos [2]. „

tipos, para admitir con Vogt, pero de una manera más general y radical, *una suerte de transformación por la convergencia de los caracteres?* ¿Dirá con Testut y Topinard (véase la primera nota del cap. III, n. 2) que todas las especies animales del orden de los vertebrados, por divergentes que sean, concurrieron á la producción del hombre? ¿Echará mano de la promiscuidad normal ó accidental entre las especies?

Mucho estimaríamos al P. Leroy que concretara mejor su pensamiento y desvaneciera las nieblas que acompañan á sus escritos y han contribuido á propagar las ideas evolucionistas. No conviene que el lector se vea á cada paso expuesto á llamarse á engaño sobre la significación del valor real de los argumentos que se le ponen delante.

Ello es que no bien da el sabio dominico una nueva interpretación, cuando surgen nuevas dificultades. Quédale la incumbencia de justificar la producción de tantas especies fósiles de organización elevada que desaparecieron sin dejar rastro de sí, antes de la aparición del hombre.

La objeción que presenta el P. Leroy á sus contradictores resulta en contra suya quizá algo aminorada, pero igualmente ardua de resolver, porque el principio sentado no admite restricción alguna: "*En las obras de Dios todo tiene un fin digno de su infinita sabiduría.*„

1 El P. Leroy parece no anduvo muy atinado al convertir lo que él llama "clásica estatua de arcilla„ en espantajo para asustar á los partidarios de la tradición. Sus palabras, algo irónicas y desdeñosas, pierden la fuerza ante las reflexiones profundamente justas del doctor Carl Keil, con motivo de la interpretación del texto mosáico. (Keil: "Biblischer Commentar über die Bücher Mose's, I Band: "Genesis und Exodus„, pág. 53.)

2 *Revista Tomista*, Sept., 1893, pág. 533.

Las sutilezas del P. Leroy probarán la flexibilidad de su ingenio, pero en realidad quedan reducidas á juegos de palabras, y no afectan á la esencia del sistema. Libre de las *explicaciones* con que se esfuerza en justificarla, la tesis del sabio religioso puede resumirse en esta proposición:

Es probable que Dios, al crear á Adán, no trabajó en materias térreas, sino que por el hecho de la infusion del alma racional, transformó en hombre un animal antropomorfo, llegado por la evolución, y debajo de la Divina Providencia, al mayor grado de afinidad con nuestro cuerpo.

Esta viene á ser, en puridad, la tesis de Mivart; nosotros no intentamos defenderla; el lector sabe por qué. Sin entrar en razones, esta tesis es gratuita, pues no descansa en fundamento ninguno que sea de peso; es poco satisfactoria, porque no suprime la necesidad del milagro, no sólo para la formación del cuerpo de Eva, sino que también para el de Adán; es anticientífica, porque llama en su favor los principios darwinistas y luego los despide y contraría.

Oigamos el testimonio, nada sospecho al P. Leroy, del Cardenal Fr. Zeferino González, de la Orden de Predicadores. En su magnífica obra *La Biblia y la ciencia*, dice así: "Si nos atenemos á las reglas generales de la hermenéutica y á una exégesis racional, es preciso admitir que la narración bíblica entraña el sentido de que Dios, al crear el primer hom-

bre, lo hizo comunicando al polvo la forma de hombre, tanto más cuanto que el texto hebraico, en lugar de decir como el de la Vulgata, *formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terre*, dice que *formavit Dominus Deus hominem pulverem de terra;* palabras que parecen expresar que el objeto de Moisés fué significar que el polvo fué el sujeto en que se recibió la acción formadora de Dios [1].„

Bajo el punto de vista filosófico y científico, el sabio escritor demuestra gran repugnancia en admitir el oficio que en el sistema de Mivart desempeñan nuestros inmediatos progenitores. Si el sistema contuviese verdad, deberíamos decir que el macho y la hembra que engendraron el animal antropomorfo destinado á convertirse en hombre, contribuyeron á la producción de Adán, de la misma suerte que los padres procrean á sus hijos. En ambos casos la acción de los engendradores se limita, según enseña Santo Tomás [2], á predisponer la materia en orden á la recepción del alma racional. Nuestros dos antecesores inmediatos, podrían ser llamados con todo rigor los *Padres* del primer hombre [3].

La teoría de Mivart, mal definida por su autor, puede entenderse de una manera más moderada, diciendo que Dios utilizó para formar

1 "La Biblia y la ciencia„, tomo I, segunda ed., 1892, pág. 508.

2 "Homo generat sibi simile in quantum per virtutem seminis ejus disponitur materia ad susceptionem talis formae.„ S. Thom., I.ª II.ae, q. 118, a 2 ad 4.m.

3 "La Biblia y la ciencia„, pág. 150.

el cuerpo de Adán, no ya el polvo inerte del suelo, sino un cuerpo organizado, que no poseía aún toda la perfección anatómica exigida por la introducción del alma racional, al cual Dios concedió el último complemento, necesario para formar con el alma el armonioso compuesto que se llama hombre [1].

Según el parecer del Cardenal González, esta explicación se aleja menos de la narración bíblica, pues salva la acción directa é inmediata de Dios en la formación del cuerpo de Adán, y parece conformarse con las ideas de San Agustín y Santo Tomás, sobre el primer origen y reproducción de los animales y plantas; pero (y no dudamos en declararlo) deja en pie las principales razones que hemos traído en favor de la interpretación literal del texto mosáico.

A la vez que no consideramos aceptable la opinión de Mivart y del P. Leroy, aun de este modo restringida, nos complacemos en reconocer que el sabio dominico pone al frente de su obra testimonios de aprobación, que le alientan á seguir en su demanda. El primero es una carta del ilustre Lapparent, profesor de Geología en la Facultad católica de París, dice así:

"Siempre he creído que van fuera de camino los que toman, respecto de la evolución, una actitud agresiva... Hay ideas á las que hemos de acostumbrarnos, pues el porvenir les pertenece, por lo visto... Tomar posiciones en este terreno personas cuya ortodoxia no consiente

1 Ibid., pag. 512.

duda, es prestar un gran servicio, y, en mi sentir, es mirar por el porvenir.„

Sigue una apreciación no menos halagüeña del Rdo. P. Monsabré. Ahí van algunos párrafos que más relación tienen con la presente controversia.

"He leído vuestro estudio sobre *La Evolución de las especies,* y creo, con Lapparent, que su publicación ha de ser conveniente. A ciertos hombres amedrenta esa teoría, y esto, á mi entender, proviene, ó de que lastima opiniones científicas cuyo abandono cuesta sacrificio á sus autores, ó de la equivocada idea que se forman los que suponen que el evolucionismo ha de conducir fatalmente al materialismo. „

"Vuestra obra, con prudente reserva desvanece ambos abusos. Resulta de vuestro libro, que esta teoría, lejos de comprometer la creencia ortodoxa de la acción creadora de Dios, reduce dicha acción á un corto número de actos trascendentales, más conformes con la unidad del plan divino y con la Sabiduría Infinita del Omnipotente, que sabe valerse de las causas segundas para el logro de sus intentos. Los textos bíblicos no padecen menoscabo de vuestras demostraciones; antes bien, ciertas palabras significativas del Génesis parecen justificarlas.

„Tal vez no participen de vuestra opinión algunos sabios, siendo asunto libre el que se discute, pero no veo por dónde se podría poner tacha en vuestra ortodoxia [1].„

1 Séanos lícito hacer algunas reflexiones sobre el sentido y alcance de estos documentos.

Finalmente, el *imprimatur* oficial otorgado por la censura ordinaria de la Orden, sirve de sello á las dos adhesiones precedentes.

Estamos muy ajenos de querer juzgar el

Lapparent, al estilo de Quatrefages, nunca abandona el terreno puramente científico, como se desprende de los términos de su carta al P. Leroy. Creemos fundadamente que el eminente geólogo no ha querido dar aquí su opinión sobre el origen del hombre. Por muchos aspectos que ya hemos analizado, esta cuestión no está sujeta al criterio experimental, pues los descubrimientos paleontológicos, cuanto más definidos están, más dudas suscitan en el ánimo del observador. Lo más que puede decirse de la transcrita carta de Lapparent, es que no se muestra hostil á la idea de la *evolución en general*. Ya en los dos pasajes copiados en otra parte (cap. II, n. 1,) tomados de la última edición de su *Tratado de Geología*, muestra claramente con cuánta cautela ha de tratarse la hipótesis de la transformación de las especies en las épocas geológicas.

El P. Monsabré estudia á la vez el aspecto teológico y científico del problema. "El texto de los libros sagrados no sufre detrimento alguno con vuestra demostración, justificada por algunas palabras significativas del relato bíblico.„

Esta frase no sabemos si es una alusión al relato de la creación de la primera pareja humana, ó si se refiere á la exposición del origen del mundo orgánico.

Según las declaraciones del mismo P. Leroy (edición 1891, página v, nota), la carta del eminente predicador de Nuestra Señora hace referencia á la primera edición de su opúsculo, en la que el autor discute con amplitud la cuestión del transformismo respecto de los animales y plantas. Pero el asunto especial del origen del hombre se trata de paso (páginas 33 y 193), á pesar de ser un punto en que indicaba sus personales ideas, sin aludir á ciertas dificultades que á ellas se refieren.

No sabemos si el P. Monsabré prodigaría los mismos elogios á la larga disertación que con el título de "La evolución y el cuerpo del hombre„, corona la segunda edición. No podemos hacer comentario alguno sobre este particular, pero nuestras dudas parecen tanto más justificadas, cuanto que en su conferencia de 1875 sobre "La naturaleza del hombre„ y en las notas que la acompañan, el P. Monsabré condena formalmente bajo todos sus aspectos la hipótesis del P. Leroy:

"En esta hipótesis (pág. 356) aparece que Adán, antes de la infusión del alma racional, era un animal vivo y sensitivo, y de

sistema de Mivart y sus partidarios en lo concerniente á la fe católica. El Cardenal Conzalez, cuyas ideas participamos á grande honra, da ejemplo de reserva, cuando dice: "No seré

ninguna manera hombre. El antepasado animal padre del hombre debió presentar en un grado de relativa perfección los caracteres físicos de la raza humana, y una vez introducida el alma, quedó ennoblecida esta forma preexistente, constituyendo un tipo de armonía y belleza sin igual en el mundo orgánico.„

A pesar de ser, lo confesamos, estas expresiones menos estudiadas que las del P. Leroy y de no responder exactamente al pensamiento de Mivart, es cierto que el orador de Nuestra Señora quiso notar en el párrafo anterior las dos opiniones del naturalista inglés y del religioso dominico. Veamos ahora el juicio que de ellas hace el P. Monsabré:

"Confieso que si no debiera yo torturar las Sagradas Escrituras, declinar las definiciones de la Iglesia y ponerme en contradicción con toda la teología, me costaría poco admitir que el barro de la tierra, de que Dios se valió para formar el cuerpo del primer hombre, haya recorrido todo el reino animal, no tomando su forma definitiva sino después de múltiples evoluciones; porque, á la postre, la cosa es posible.„

La fórmula del cuarto Concilio de Letrán, á que el P. Monsabré alude, no habla del *modo* cómo fué criado Adán, y por lo tanto no puede dirimir la cuestión. Si se observa que el mismo P. Leroy menciona (2.ª ed., pág. 258) un canon mucho más explícito del Concilio provincial de Colonia de 1860, Concilio que fué aprobado por Roma "*con grandes elogios*„, será preciso extender á las ideas del Padre dominico *todas* las censuras formuladas contra la teoría del naturalista inglés.

El P. Monsabré añade (pág. 356):

"Por lo demás, esta hipótesis, *á pesar de todos los esfuerzos* que hace Mivart *para conciliarla con la ortodoxia*, no excusa todas las dificultades. Cómo explicar la formación de la primera mujer por la *evolución*, si damos crédito á la narración bíblica, que nos muestra á Dios formando á la mujer de una costilla del hombre.„ Esta venía á ser la principal objeción que hicimos contra el sistema del P. Leroy.

El P. Monsabré se manifiesta aún más despiadado cuando considera en la cuestión su aspecto científico.

Plácenos mencionar su réplica, modelo de una excelente argumentación *ad hominem*, que nos introducirá por unos instantes en el corazón de la controversia:

yo quien se permita calificar con nota alguna desfavorable la opinión del teólogo inglés, mientras que sea respetada ó tolerada al menos por la Iglesia, único juez competente para

" Puesto que sólo invocan el transformismo para evitar un milagro, justo fuera que nos demostraran por qué trámites regulares de las leyes naturales se formó el grupo de Adán. Ni lo hacen ni lo pueden hacer los transformistas ortodoxos; porque, una de dos: ó por la sola incorporación del alma racional perdió el cuerpo del mono en el acto su tegumento velloso, se agrandó su cavidad craneal, se triplicó el volumen del cerebro, la frente adquirió su aspecto de viva nobleza, y las manos se convirtieron en ese admirable compás de cinco puntas que supone ya todas las facultades del geómetra, *lo cual nadie admitirá en el terreno científico, y excluyendo la existencia del milagro;* ó bien el grupo animal que había de ser la raíz del género humano hubiera sido una verdadera anomalía en la naturaleza animal, si, reuniendo todas las causas de inferioridad que caracterizan físicamente al hombre, no hubiese poseído la inteligencia para suplirlas y hubiese sucumbido en la lucha por la existencia. El tronco de la humanidad no es posible que hubiera podido existir en estas circunstancias.

„ Forzoso es, pues, concluir que la creación del hombre tal como queda referida en la Biblia, *está fuera de las leyes naturales;* la hipótesis que criticamos aquí es la *destrucción completa de esas leyes* y el milagro más notable que puede darse. Y sin embargo, para evitar la intervención del *milagro* en el hecho de la creación del hombre, se inventa esa nueva historia de la creación de nuestra especie. „ (Pág. 357.)

¿Ha adivinado el P. Leroy la solución de estas dificultades, ya formuladas en parte por Wallace (" La selección natural „, capítulos IX y X), y tan embarazosas en concepto de Darwin, que atrajeron sobre la cabeza de aquél todos los anatemas de éste?

¿Podrá expresarnos su opinión respecto á las etapas recorridas por nuestros pretendidos antecesores, haciéndonos remontar hasta los primeros organismos á través del indescifrable dédalo de nuestra genealogía, en el que se enredaron y perdieron hombres como Wallace, Darwin, Huxley, Vogt, Cope, Topinard, Gaudry, y cuyo hilo de Ariadna, Haeckel fué el único que pretendió haber encontrado?

Esperamos una palabra de explicación antes de suponer que el P. Monsabré está en guerra con los teólogos y con los hombres de ciencia y consigo mismo.

fijar y calificar las aserciones teológico-dogmáticas, y para decidir acerca de su compatibilidad é incompatibilidad con la Sagrada Escritura [1]. „

Y otro tanto declaró el P. Corluy, S. J., hace poco, con ocasión de un debate análogo: "Hemos de llevar el escrúpulo hasta el extremo, siempre que quieran en *nombre de la ortodoxia,* estorbar el peso de ideas que demandan la luz pública en nombre de la ciencia [2]. „

Resumamos. La parte que el P. Leroy señala á la Divina Providencia en los fenómenos de la evolución, mantiene la *especial* intervención de Dios en la formación del cuerpo de Adán. Puede preguntarse si la Escritura exige algo más. La concepción escolástica del compuesto humano, parece muy conforme con la acción inmediata de Dios. "El alma humana, dicen, criada especialmente por Dios para ese cuerpo, es su forma substancial en el sentido escolástico y católico de la dicción; efectivamente, ella es la que lo modela y le hace verdaderamente cuerpo humano, sea cual fuere el *substratum* preexistente destinado á recibirla [3]. „

En cuanto á los dogmas que tienen conexión íntima con la creación de Eva, todos los transformistas los interpretan al pie de la letra, reparando poco en ser inconsecuentes.

En nuestro sentir, el P. Leroy adelanta su

1 González: "La Biblia y la Ciencia „, tomo I, pág. 508.

2 Corluy: *Boletín escriturario.* Contestación al P. Brucher á propósito del diluvio universal. — "La Ciencia católica „, 1887, tomo IV, pág. 245.

3 "La Ciencia católica „, 1892, tomo VII, pág. 245.

idea favorita muy lejos, fuera de los límites necesarios. En la cuestión del origen de la humanidad, se coloca en la vanguardia sobre la ciencia de su siglo, olvidando que todos los descubrimientos paleontológicos y etnográficos modernos, son *cada vez* más contrarios al darwinismo antropológico, y que los sabios más aferrados al materialismo, repiten en este punto el famoso *ignorabimus* de Du Bois-Reymond. Finalmente, el sabio dominico abusa, en defensa propia, de la teoría escolástica sobre el compuesto humano. No podemos persuadirnos á que Santo Tomás hubiera firmado sus explicaciones. Sin duda, Claparède le llamaría el *niño travieso* de la escuela.

¿Por qué, en definitiva, mostrar tanto afán de volver, en nombre de la ciencia, por una fantástica conjetura, haciéndola ver, siquiera como probable, cuando la ciencia no la justifica y cuando los materialistas serios y sinceros, tan sólo de una manera vergonzante hablan del origen animal del hombre? ¿No hay otras teorías racionales sobre este particular, que se pueden defender científicamente?

Las ideas caminan acordes con los descubrimientos, y quizá las generaciones sucesivas vean triunfante el sistema que hoy día por falta de pruebas hemos de rechazar. Con todo, sería temeridad pronosticarle un tan brillante porvenir. Mucho gusto tendríamos en ser desmentidos, por lo menos, pero nos cabe la convicción de que el origen del hombre ha de permanecer siempre en insondable misterio.

CONCLUSIÓN

Los flamantes descubrimientos de la arqueología prehistórica, de la paleontología, anatomía y fisiología comparadas, han arrojado mucha luz en una porción de hechos interesantes. Lejos de contradecir la doctrina espiritualista en lo relativo á la acción divina en la naturaleza, los nuevos datos proporcionan un arsenal de armas defensivas, tanto más seguras, cuanto que son producto de los trabajos emprendidos para combatirla. Ni las tendencias progresistas de Virchow, ni los prejuicios irreligiosos de Huxley, ni el criticismo afectado de Vogt, ni el doctrinarismo sectario de Haeckel, ni mucho menos el genio extraviado de Darwin, han logrado convertir el transformismo en materialismo ó ateísmo.

En 1892, el profesor Virchow, confesó de plano esta verdad en el Congreso Internacional de Moscou.

"En la cuestión que concierne al hombre, nos han derrotado en toda la línea. Cuantas pes-

quisas se han intentado para hallar la solución de continuidad en el desenvolvimiento progresivo, no han dado resultas ningunas. No existe en manera alguna el *Pro-anthropos;* tampoco existe el hombre-mono: el *eslabón* intermediario de la cadena es un fantasma [1].„

No podía Vogt hablar más claro. En su opinión, el fracaso es total, y resultará irremediable, si no cambian los rumbos de la ciencia, renunciando á las temerarias generalizaciones, que la práctica á cada paso desmiente.

"Decididamente, tenemos que acudir en estas interesantes investigaciones, no á representaciones generales que han aturdido al mundo, sino á pesquisas especiales concernientes á hechos de observación, reducidas á estrechos límites, que no deben generalizarse sino después de haberlas estudiado minuciosamente y en todas sus circunstancias. De esta suerte, y armándose de gran paciencia, podrán resolverse ciertas cuestiones que están aún en el aire; y si sale vana la pretensión, vale más confesar los fracasos, que esforzarse en cubrir con betún barroso los huecos que dejamos, pues, con seguridad al más ligero chaparrón se transformaría en fango [2].„

Nada queremos añadir á declaraciones tan poco sospechosas. Igualmente dignos de estima por su alta significación científica, Vogt y Virchow, están al abrigo de toda sospecha.

1 *Revista científica*, 1892, tomo L, pág. 591.

2 Vogt: "Los dogmas de la ciencia„, en la *Rev. Scient.*, 1891, tomo XLVIII pág. 79.

Treinta años de esfuerzos perdidos no bastan para abrir los ojos á la escuela antirreligiosa; anda en busca del campo futuro de las peleas antropológicas. ¿Cómo no recordar aquí las predicciones que ya desde el origen de esta controversia formuló un sabio eminente, admiración de todos los naturalistas?

Transcurría el año de 1870. Darwin no había aún publicado su obra *La Descendencia del hombre,* y ya estaba en la conciencia de todos la conclusión que había de deducir, vistas las premisas asentadas en el tratado fundamental del *Origen de las especies.* Todo el mundo suponía que el hombre habría de convertirse en el nieto, ó siquiera sobrino del mono. El ilustre profesor del Museo, Quatrefages, vióse forzado á publicar un libro *(Carlos Darwin)* para deshacer esa opinión general, observando que el sabio inglés apenas hacía dos ó tres alusiones indirectas á la posibilidad de aplicar los principios fundamentales de su tratado al caso concreto del hombre. Añadió Quatrefages:

"Si algún día Darwin trata determinadamente y sin vaguedad este asunto, sin duda será su trabajo curioso, y en él abundarán las pruebas de su sagacidad y portentoso talento. Pero á buen seguro que, tanto al maestro como á sus discípulos, les saldrá en blanco la demanda; tanto de Darwin como de Vogt puede decirse que sus gigantescos esfuerzos caerán en el abismo de lo *desconocido* [1]."

1 De Quatrefages: "Carlos Darwin y sus precursores en Francia", 1870, pág. 372.

Ante esta reconocida incapacidad de los enemigos de nuestra fe, harían mal los católicos si trataran de limitar el movimiento científico. En la cuestión de nuestro origen, la Revelación nada tiene que temer de los futuros adelantos científicos, pues está libre de todo ataque, con tal que nos guardemos muy bien de tomar nuestro criterio personal por autorizada interpretación de la Biblia, opiniones probables por dogmas ciertos, explicaciones disputables por la palabra de Dios.

Mientras no progresen los actuales conocimientos, creemos será prudente interpretar literalmente el Génesis en lo concerniente á la creación de Adán y Eva. Eso no obstante, varios distinguidos teólogos se apartan de esta opinión sin que la Iglesia los llame á la tradicional. ¿Con qué derecho los podríamos condenar? No ha sido puesta en evidencia la falsedad de sus teorias, y á pesar de las últimas decepciones, quizá un día puedan gozar el favor de la ciencia.

Mientras aguardamos que amanezca la luz, unámonos contra el enemigo común, combatiendo sin tregua á los que, so capa de progreso, niegan los debidos servicios al Creador del mundo, á la fuente de la vida y foco de la inteligencia, y se van á quemar incienso á la repugnante personificación de las pasiones, el ídolo disforme y quebradizo del *materialismo*.

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN.... 1

CAPITULO PRIMERO.

El hombre mono según Darwin y Haeckel.

I.—Retrato del hombre-mono 5
II.—Genealogía..... 8
III.—Crítica de la genealogía de Haeckel..... 15
a) La generación espontánea..... 17
b) El encadenamiento de las especies.... 24

CAPITULO II.

El hombre-mono y la paleontología.

I.—La sucesión de los fósiles y la evolución... 33
II.—El hombre y los monos fósiles..... 42
III.—Los cráneos fósiles del hombre cuaternario..... 51

CAPITULO III.

El hombre-mono, la anatomía y la fisiología.

I.—Exposición de la cuestión..... 55
II.—El cerebro, la microcefalia y el atavismo.. 60
III.—Los órganos rudimentarios 73
IV.—Semejanzas anatómicas entre el hombre y los monos..... 78
V.—Nuestro inmediato antecesor..... 85
VI.—La embriogenia y la evolución. 92

CAPITULO IV.

El hombre-mono y los precursores de Adán ante la Teología.

I.—Tendencias religiosas de Darwin y Haeckel..... 101
II.—El transformismo y la fe católica.. 107
III.—Los peadamitas y la Biblia..... 110
IV.—El cuerpo humano y la evolución..... 118
a) Sistema de M. Mivart.—La Sagrada Escritura y la tradición católica..... 120
b) El sistema de M. Mivart justificado por el P. Leroy..... 132
Conclusión..... 151